

sinpermiso

república y socialismo,
también para el siglo XXI

Rusia 1917

La revolución mes a mes

por Miguel Salas



Mujer leyendo "Diez días que conmovieron al mundo"
en un cartel soviético de promoción de la lectura

Índice

Enero 1917. Cuando la revolución estaba a punto de suceder.....	3
Febrero 1917: Las mujeres inician la revolución	7
Marzo 1917. El doble poder	12
Abril 1917. Y entonces llegó Lenin	17
Mayo 1917. La conquista de la tierra	22
Junio 1917: La paciencia se agota. En España, Juntas militares	27
Julio 1917: Más que una demostración, menos que una revolución	31
Agosto 1917: Huelga general en España	36
Septiembre 1917: Pan, paz y tierra	41
Octubre 1917: Los días que conmovieron al mundo	45
Noviembre 1917: La democracia en el socialismo	49
1917-2017. El porvenir de la revolución	54
Anexos.	
1. La emancipación de la mujer.....	57
2. La autodeterminación nacional	61

Este folleto reúne la serie de artículos publicados en Sin Permiso durante el año 2017 en conmemoración del centenario de la revolución rusa. Los Anexos son originales para esta edición.

Enero 1917

Cuando la revolución estaba a punto de suceder

Cuando se hallaba el mundo a punto de que el prodigio sucediese
José Hierro (1922-2002)

En enero de 1917, Lenin ofreció una conferencia en una reunión de la juventud obrera de Zúrich sobre el aniversario de la revolución rusa de 1905. En los últimos párrafos, dijo: “Nosotros, los de la vieja generación, quizás no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante [...] la juventud, que está trabajando tan magníficamente en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no solo tendrá la dicha de luchar, sino también de triunfar en la futura revolución proletaria”.

Pocas semanas después estallaba la revolución en Rusia. Es realmente difícil predecir una revolución, porque sus inicios no están sujetos a hechos predeterminados; en cambio, sí que existen muchos elementos para deducir que se están reuniendo las condiciones para su estallido. El inicio de la Guerra Mundial en 1914 fue uno de ellos. Otro de esos elementos es el hartazgo de las masas, la sensación de que ya no se podían aguantar más los sufrimientos causados por la guerra. En enero de 1917 hacía 29 meses que había comenzado la carnicería imperialista, que llegó a movilizar a 65 millones de personas y acabó con 20 millones de muertos y 21 millones de heridos. Las grandes batallas libradas durante 1916, la de Verdún (desde febrero a julio) o la del Somme (desde junio hasta noviembre) tuvieron un balance devastador -alrededor de 1.750.000 bajas entre muertos y heridos- agotaron a los ejércitos y las mismas bases económicas de los países contendientes; y, además, ni siquiera lograron proclamar a un eventual ganador de la guerra. La muerte, la destrucción y la miseria generaron la conciencia de que había que poner fin a la guerra, de que su continuidad ya no tenía sentido, de que la paz debía ser un objetivo inmediato. Se multiplicaron las desertiones y, en no pocos casos, se produjeron actos de confraternización entre los soldados de los distintos ejércitos enfrentados en el campo de batalla. El soldado ruso Pireiko escribe en sus *Recuerdos*: “Todo el mundo sin excepción concentra su interés en la paz; lo que menos le interesaba al ejército era saber quién saldría vencedor y qué clase de paz se sellaría. El ejército necesitaba, quería la paz a toda costa, pues estaba cansado ya de la guerra”.

El hambre se extendió por casi toda Europa. En Alemania, se perdió la cosecha de patatas en el otoño de 1916, y la población más pobre tuvo que subsistir a base de nabos. “La conquista de un jamón nos emocionaba – contaba una ciudadana alemana- ya más que la toma de Bucarest por las tropas alemanas, y una medida de patatas tenía ahora más importancia para nosotros que un ejército inglés cogido prisionero en Mesopotamia”. Las huelgas y los enfrentamientos con la policía se convirtieron en algo habitual en prácticamente todos los países de Europa. En Rusia, el 9 de enero se celebraba el aniversario de la revolución de 1905, que durante los últimos años apenas había tenido repercusión. Sin embargo, en 1916 desató un movimiento huelguístico que fue en aumento durante el transcurso del año. La represión policial ya no bastaba para detenerlo. Los obreros arrestados por las huelgas fueron enviados al frente, lo que facilitó una más estrecha relación entre los soldados y los obreros de las ciudades. Se estaba preparando el movimiento revolucionario.

El agotamiento de los países contendientes es también el de sus clases dirigentes. En un intento de dar un giro a la guerra, Alemania declaró la guerra total submarina a los barcos mercantes, fuera cual fuera su nacionalidad. Pero, al mismo tiempo, las diversas potencias iniciaron contactos secretos para lograr una paz por separado. Alemania lo intentó con Rusia y Austria con Francia. La guerra seguía porque ni siquiera sabían cómo ponerle fin. El conjunto de estos elementos anuncia que la revolución está llamando a la puerta. Lenin escribió en 1915: “Para que estalle la revolución no suele bastar que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta, además, que “los de

arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces”, y es necesaria, añade, “la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca caerá, ni siquiera en las épocas de crisis, si no se le hace caer”. (Lenin. *La bancarrota de la II Internacional*)

Lenin no acertará en el calendario de la revolución, pero desde que empezó la guerra imperialista analiza su contenido de clase (una guerra de reparto y de disputa colonial entre los países imperialistas) y desarrolla una campaña política entre los socialistas de toda Europa defendiendo que la respuesta de las clases trabajadoras a la guerra no puede ser la vuelta al *statu quo* anterior (el mantenimiento del poder de los capitalistas), ni la defensa de la patria (que es defender el interés de quienes se aprovechan de la guerra), sino luchar contra la guerra en nombre de la revolución social.

Los debates sobre la guerra

Hay una cierta tendencia historiográfica a presentar la guerra como una expresión de la incapacidad de los dirigentes políticos del momento, como si hubiera sido posible evitarla si los gobernantes hubieran sido más inteligentes. Es una manera, como otras, de tergiversar la historia, de hacerla depender de los individuos y no de las clases sociales y sus intereses en un momento determinado. La guerra que empezó en 1914 formaba parte de la evolución del capitalismo en su época imperialista. No fue un accidente, ni el atentado de Sarajevo el detonante; más bien fue la excusa, si no la tendencia natural en la evolución del imperialismo. A menudo se oculta que desde el inicio del siglo había una carrera armamentística de todas las potencias, que de 1899 a 1902 tuvo lugar la guerra de los *boers* en Sudáfrica; la guerra ruso-japonesa de 1904; el conflicto de Agadir (Marruecos) entre Alemania y Francia en 1911; el de Italia con los turcos sobre Libia en 1912-1913; la guerra de los Balcanes entre 1912-1913. El capitalismo, en su etapa imperialista, está íntimamente ligado a la guerra. Para los socialistas internacionalistas una paz democrática exigía derrocar a los gobiernos, no buscar acuerdos que permitieran la continuación de la dominación capitalista.

La guerra abre una crisis en el seno del movimiento obrero y revolucionario, pone a prueba a las clases sociales y a las organizaciones políticas. Para los marxistas no todas las guerras tienen el mismo sentido. Hay guerras de liberación nacional que deben ser apoyadas; por ejemplo, la de un país oprimido que quiere conquistar su libertad. Hay guerras, como la de 1914, que son un conflicto inter imperialista por la conquista de mercados y el reparto colonial, y éstas no pueden ni deben ser apoyadas sino combatidas. Parecía que el movimiento socialdemócrata se había preparado para un conflicto como éste, pero, a la hora de la verdad, un sector se colocó detrás de su burguesía, mientras que el sector revolucionario, manteniendo la tradicional posición del movimiento socialista, defendió que la oposición a la guerra debía transformarse en un movimiento revolucionario contra la burguesía de cada país.

En el congreso de la socialdemocracia celebrado en Basilea (1912) se adoptó por unanimidad un manifiesto ante la amenaza de guerra. En él se puede leer: “Si una guerra amenaza con estallar, es deber de las clases trabajadoras y de sus representantes parlamentarios en los países involucrados [...] hacer todo lo posible para evitar el estallido de la guerra por los medios que consideren más eficaces [...]. En caso de que la guerra se desencadene de todos modos, es su deber intervenir en favor de su pronta terminación y aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para despertar al pueblo y así acelerar la caída del régimen capitalista [...], (la guerra) no puede justificarse con la mínima excusa de interés popular de ninguna índole [...], (por parte de los obreros) será un crimen disparar los unos contra los otros”. El manifiesto citaba como ejemplo que tras la guerra franco-alemana de 1870 los obreros de París respondieron con la Comuna, el primer gobierno obrero; y que tras la guerra ruso-japonesa de 1904, la respuesta fue la revolución rusa de 1905.

Pero las palabras y los manifiestos no se correspondieron con los hechos. Un sector de la socialdemocracia - “social chovinista” lo denominará Lenin- prefirió colocarse detrás de cada una de sus burguesías y votar a favor de la guerra. Cada uno en su país apoyó que los obreros se enfrentaran con sus hermanos de clase de otros países; apoyó la política de conquista de su propia burguesía y quebrantó el principio internacionalista de que los obreros y obreras de todos los países debían unirse en la lucha contra la dominación capitalista.

Que un sector socialista facilitara la guerra explica que, al principio, una parte de las masas trabajadoras siguieran a la burguesía y se enrolaran para luchar contra sus hermanos de clase. Pero los sufrimientos de la

guerra, la inutilidad de las batallas y el enriquecimiento de unos pocos a costa de la mayoría fueron modificando la conciencia de la mayoría de la población. Los socialistas internacionalistas previeron esa situación, denunciaron el carácter de la guerra y defendieron que había que transformarla en una revolución social. La derrota del gobierno "propio" acercaba la posibilidad de derrocarlo y transformar la sociedad. Los socialistas que se colocaron detrás de sus gobiernos temían la revolución que la propia guerra preparaba. El ministro zarista Guchkov escribió al general ruso Alexéiev en agosto de 1916: "La revolución está en boca de todos".

La escisión del movimiento obrero internacional era inevitable. No era posible la convivencia entre quien defendía a su gobierno y enviaba a la clase obrera a las trincheras y quien, en el campo, las fábricas y las trincheras se oponía a la guerra y preparaba la revolución social. El filósofo alemán Ludwig Feuerbach (1804-1872) lo expresó así: "Quien consuela al esclavo en vez de empujarlo a la sublevación contra la esclavitud, ayuda a los esclavistas".

Los que serán dirigentes

En enero de 1917, los que dentro de pocos meses serán reconocidos por millones de personas y dirigirán la revolución están dispersos por el mundo, en el exilio o en la cárcel, perseguidos por las policías, sean de un bando o de otro, e incluso repudiados por los que hasta no hace mucho habían sido sus camaradas, los llamados socialistas que ahora son aliados de los ministerios burgueses. La guerra ha transformado todo de tal manera que esos "apestados" serán dentro de poco los que dirigirán la revolución y un país inmenso.

Ya hemos dicho que Lenin estaba en Suiza, donde llevaba años exilado. Zinoviev, otro de los dirigentes bolcheviques, reside también en Suiza. Llegarán a Rusia en el mes de abril. Kámenev y Stalin están deportados en la lejana Siberia. La revolución los liberará. A finales de 1916, Trotsky había sido expulsado de Francia a España. Después de entrar por San Sebastián, pasará por Madrid y por su cárcel Modelo, y acabará en Cádiz. Pero para coger un transatlántico que lo llevará a Nueva York tendrá que volver hasta Barcelona, donde se embarcará con su familia el día de Navidad. Llegará a Estados Unidos el 13 de enero. Empieza a colaborar en el periódico ruso *Novy Myr* (El Nuevo Mundo) y da conferencias en varias ciudades de la Costa Este. En enero de 1917 publicará un artículo sobre el aniversario de 1905. "El movimiento revolucionario fue aplastado -escribirá-. Muchos pobres "socialistas" rápidamente sacaron la conclusión de nuestras derrotas de diciembre de que una revolución en Rusia era imposible sin el apoyo de la burguesía. Si esto fuese verdad, sólo significaría que una revolución en Rusia es imposible [...]. Pero un escéptico puede preguntar: "¿Hay alguna esperanza en una revolución victoriosa en Rusia en estas circunstancias?". Es una pregunta particular. Desde las columnas de *Novy Mir* nos esforzamos por demostrar que las esperanzas existen y tienen bases sólidas. Pero algo está claro: si llega una revolución, no será el resultado de la cooperación entre el capital y el trabajo. La experiencia de 1905 muestra que ésta es una miserable utopía. Familiarizarse con esas experiencias, estudiarlas, es el deber de cada obrero pensante que esté ansioso por evitar los trágicos errores. Es en este sentido en el que hemos dicho que los aniversarios revolucionarios no sólo son días para conmemorar, sino días para sacar lecciones de las experiencias revolucionarias". Hasta mayo no llegará a Petrogrado, y será "reincorporado" a la dirección del soviét, que ya dirigió en la revolución de 1905.

En Nueva York, Trotsky se encontrará con Bujarin, que ha sido expulsado de la península escandinava. Logrará llegar a Moscú en el mes de mayo, después de pasar por Japón. Alexandra Kollontai, una de las mujeres que desempeñó un papel dirigente en la revolución, se encontraba también en Estados Unidos. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, que serán los dirigentes de la revolución alemana de 1918, estaban encarcelados por su oposición a la guerra.

La España neutral

Cuando se estaban conformando los imperialismos modernos, España perdió en 1898 sus últimas colonias, Cuba y Filipinas. Al inicio de la guerra mundial, España no tenía ningún peso en el panorama internacional; era un país atrasado que arrastraba las pérdidas coloniales y numerosos conflictos sociales. Ninguno de los bandos en conflicto contaba con España para participar en la guerra, y la propia clase dirigente española veía más peligros que ventajas en tamaña aventura. El ejército, que tenía un enorme peso en la configuración del Estado, era un peso muerto, con casi tantos oficiales como tropa, anticuado y hasta con dificultades para sostener la presencia colonial en el norte de Marruecos. El primer ministro, Eduardo Dato, en una nota dirigida al rey Alfonso XIII opina que "Con sólo intentarla [la participación en la guerra] arruinaríamos a la nación, encenderíamos la guerra civil y

pondríamos en evidencia nuestra falta de recursos y de fuerzas para toda la campaña. Si la de Marruecos está representando un gran esfuerzo y no logra llegar al alma del pueblo, ¿cómo íbamos a emprender otra de mayores riesgos y de gastos iniciales para nosotros fabulosos?”. El país se declara formalmente neutral, lo que no evita la división entre “germanófilos” (gente cercana al Rey, Romanones, Lerroux, etc.) y “aliadófilos” (sectores democráticos, los socialistas, etc.) Quienes se sentían más satisfechos eran, sobre todo, los industriales, financieros y latifundistas, que piensan que la guerra les puede proporcionar ingentes beneficios.

Efectivamente, la neutralidad permite que España venda sus materias primas y productos a ambos bandos y haga de la guerra un espléndido negocio. La producción de carbón en Asturias, el hierro y acero en Vizcaya, la producción de armas, el textil en Catalunya, los cereales y el aceite, etc. Todo para la exportación, poco para las necesidades nacionales. Se amasaron ingentes fortunas, los precios se dispararon y los salarios fueron contenidos. La España capitalista de buena parte del siglo XX se configurará en torno a los beneficios extraídos de la guerra imperialista. La alianza entre banqueros, grandes industriales del norte, latifundistas y sectores de la burguesía catalana (configuración de la clase dominante) tiene sus orígenes en la “neutralidad” beneficiosa de la guerra. El Estado triplicó las reservas de oro, a pesar de que disminuyó la presión fiscal. Sobre una base de 100 en 1913 la fiscalidad pasó al 46,4% en 1919.

Para las clases populares la situación fue bastante diferente. La jornada de trabajo habitual era de 60 horas semanales, en el campo se trabajaba de sol a sol, y el aumento de los precios era muy superior al de los salarios. Entre 1914 y 1916, el precio de las patatas subió un 90%; los garbanzos el 70%; el trigo el 62%; el aceite el 51%. En ese mismo periodo de tiempo, el promedio de los salarios de obreros cualificados pasó de 5 pesetas a 5,50 (un aumento del 10%). En el campo los jornales eran de entre una peseta a 1,50.

Las huelgas en demanda de aumentos salariales, las manifestaciones contra el encarecimiento del coste de la vida y contra la especulación se generalizaron por todo el país. Las mujeres encabezaron muchas protestas en demanda de pan. Sirva como ejemplo la marcha de mujeres de Lanaja (Huesca), que caminaron con sus hijos en brazos más de 50 kilómetros para pedir pan más barato al gobernador.

Los conflictos de clase se iban agudizando. En el verano de 1916, ante el anuncio de una huelga ferroviaria por un aumento salarial de 25 céntimos diarios y el reconocimiento del sindicato, el gobierno militarizó el servicio y declaró el estado de guerra. Los mineros fueron a la huelga en solidaridad. La tendencia de la movilización ya no cesará. Por primera vez en la historia del movimiento obrero español, UGT y CNT se ponen de acuerdo para organizar un paro general de 24 horas contra la carestía de la vida. El 18 de diciembre tendrá lugar la llamada *huelga de las subsistencias*, que fue un éxito total. El ministro de Gobernación de la época lo reconocerá diciendo: “Pararon hasta en Belchite”.

En la conferencia, citada al inicio, Lenin manifestó: “No debemos dejarnos engañar por el silencio sepulcral que ahora reina en Europa. Europa está colmada de revolución”. Empieza 1917. Los acontecimientos que cambiarán el mundo están a punto de comenzar. ■

Febrero 1917

Las mujeres inician la revolución

*Al avanzar juntas, bajo la bella luz del día,
Mil oscuras cocinas, mil lúgubres fábricas
Se alumbran con el esplendor de un rayo de luz,
Porque la gente nos oye cantar: "Pan y Rosas, Pan y Rosas"*
(James Oppenheimer.

Poesía inspirada en la huelga de obreras textiles
en 1912 en Lawrence, Massachusetts)

Entre las diversas complejidades de la revolución rusa, una consiste en llamar revolución de febrero a lo que en realidad empezó el 8 de marzo. Bajo el zarismo, Rusia mantenía el calendario juliano, que difería en 13 días del calendario occidental. Así que, mientras en España amanecía un 23 de febrero, en Rusia era 8 de marzo, el Día Internacional de la Mujer. Parece que ese día amaneció frío y soleado. Uno de los temas de conversación en el Petrogrado burgués era el estreno en el teatro Alexandrinskii de la obra teatral *Mascarada*, dirigida por Meyerhold (dramaturgo que se unirá a la revolución y que ejercerá una gran influencia en el teatro del siglo XX). En los barrios obreros las preocupaciones eran muy diferentes. A mediados de enero comenzó a faltar el pan; en febrero, Petrogrado recibió apenas la mitad de lo percibido en diciembre, y en el resto de Rusia la situación no era mejor. Desde el inicio de la guerra el precio del carbón se había quintuplicado y los alimentos multiplicado por siete. El pan se había convertido en la comida principal y casi única. La policía política, la Ojrana, tiene los ojos bien abiertos y advierte: "Los niños se mueren de hambre en el sentido más literal de la palabra". Otro informante escribe: "Si hay una revolución, será una revuelta del hambre". "Un abismo se abre entre las masas y el gobierno", advertía otro agente.

Para el 8 de marzo no estaban previstas grandes acciones, más allá del reparto de octavillas y alguna asamblea. El primer Día de la Mujer en Rusia fue conmemorado el 3 de marzo de 1913. En 1914, cuando se instituyó el 8 de marzo, las organizadoras cayeron presas y no hubo convocatoria. Los años siguientes, en plena guerra imperialista, la conmemoración no tuvo una especial importancia. Nadie había previsto que ese día las mujeres obreras iniciaran la revolución.

En febrero de 1917, el 47% de la clase obrera de Petrogrado eran mujeres. Muchos hombres estaban en el frente. Las obreras eran mayoría en la industria textil, del cuero y del caucho, y numerosas en oficios que antes habían tenido vedados: los tranvías, las imprentas o la industria metalúrgica, donde había unas 20.000. Las obreras eran también madres: debían garantizar el pan de sus hijos. Y, antes de ir a la fábrica, hacían interminables colas (unas 40 horas semanales) para conseguir algo de comida, acampando durante la noche, en pleno invierno ruso. Los informes policiales recogen que allí aprendieron "a insultar a Dios y al zar, pero más al zar"; y alertan de que: "Son material inflamable que sólo necesita una chispa para estallar".

El hecho fue que las mujeres de algunas empresas textiles del barrio de Viborg decidieron declararse en huelga. A las diez de la mañana se habían reunido unas veinte mil. Al llamamiento de las mujeres, los obreros de algunas fábricas se unieron a la manifestación. Un trabajador de la fábrica mecánica Nobel recuerda: "Podíamos oír las voces de las mujeres en las calles desde las ventanas de nuestro departamento: '¡Abajo la carestía! ¡Abajo el hambre! ¡Pan para los trabajadores!'. Varios camaradas corrimos a las ventanas... las puertas del molino número 1 Bolshaia Sampsonievskaja habían sido abiertas. Masas de mujeres trabajadoras llenaban las calles. Aquellas que nos habían visto comenzaron a mover sus brazos y gritaban '¡Vengan! ¡Dejen de trabajar!'. Arrojan bolas de nieve a las ventanas. Decidimos unirnos a la manifestación". Se calcula que alrededor de 90.000 obreras y obreros participaron en la huelga. En sus *Memorias*, el que era gobernador de la ciudad, Alexander P. Balk, escribe: "Al retirarse, el general Goblachev me informó, una vez más, de que la manifestación del día era un completo misterio para él y que era posible que nada ocurriera al día siguiente". Se equivocaba.

Al día siguiente, 24 de febrero, el movimiento se amplía aún mucho más. Casi la mitad de las obreras y obreros están en huelga. A la exigencia de “Pan” se le unen las consignas de “Abajo el zar” y “Abajo la guerra”. Grandes manifestaciones se dirigen hacia el centro de la ciudad. La policía ha levantado los puentes que separan los barrios obreros del centro, pero el río Neva todavía está helado y miles de huelguistas se atreven a cruzarlo. Se suceden los enfrentamientos con la policía y aparecen también los temidos cosacos. El obrero Ilya Mitrofanovich Gordienko recuerda la jornada: “Las obreras tomaron la iniciativa, rodearon a los cosacos con una compacta cadena humana. Gritaban: ‘Nuestros esposos, padres y hermanos están en el frente. Y aquí soportamos el hambre, la carga de trabajo, los insultos, las humillaciones y los abusos. Ustedes también tienen madres, esposas, hermanas e hijos, ¡exigimos pan y el fin de la guerra.’ Los oficiales, temiendo la influencia de la agitación sobre los cosacos, dieron una orden. Los cosacos se prepararon. Todos corrieron a cubrirse, agarrando piedras o piezas de metal, listos para lanzarlos. Sin embargo, los cosacos cabalgaron, pasaron sin atacarnos; luego dieron media vuelta y regresaron. Las masas los saludaron con gritos de ‘¡Viva!’; pese a que el corazón no podía creerlo y la mente dictaba precaución”.

El movimiento ya es imparable. La huelga es ya una huelga general, sobre todo después de que el día 25 la fábrica Putilov, en la que trabajaban 30.000 personas, decidiera unirse. También se sumaron los estudiantes. Al final del día algunos barrios están en manos de los rebeldes. Las comisarías han sido asaltadas o abandonadas. “Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede imponer y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, registrando todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de los éxitos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y patina, puede ser el fracaso” -escribe Trotsky en *La Historia de la Revolución Rusa*.

El 26 es domingo y están cerradas las fábricas, el lugar natural donde reunirse. Surgen algunas dudas. ¿Es posible seguir adelante? ¿Cuál será la actitud del ejército? En el recuerdo está presente la experiencia de 1905. El zar Nicolás II ha dado la orden de acabar con los disturbios “mañana mismo”. Durante el día, miles de personas siguen manifestándose por la ciudad. Se suceden los enfrentamientos, pero también el contacto entre los obreros y obreras y los cosacos y los soldados. Crece la confianza de la masa obrera, a pesar de las cargas e incluso ametrallamientos, las manifestaciones no se disuelven, vuelven a reunirse, vuelven a encontrarse con los soldados, y les dicen: “No dispaes contra tus hermanos y hermanas”, y añaden: “Únete a nosotros”. Las dudas comienzan a surgir. Los soldados ya no son los de 1905. Muchos han estado en el frente y han visto lo que supone la guerra. Saben del sufrimiento y hambre de la población, y también de sus madres y hermanos y hermanas. Las dudas empiezan a asaltar las conciencias. También las mujeres jugaron un papel decisivo. Escribe Trotsky: “La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: “Desviad las bayonetas y venid con nosotros”. Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide y las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución ha dado otro paso hacia adelante”.

El momento decisivo ha llegado. Se organizaron mítines a las puertas de los cuarteles. En algunos, los oficiales lograron disolver a la masa obrera, en otros no se atreverán. Al caer la noche, se rebeló el regimiento Pavlovsky. En las primeras horas de la mañana del 27, los oficiales del regimiento Volynski intentaron movilizar sus tropas contra los trabajadores. Los soldados se negaron a marchar. Frente a las amenazas de los oficiales, un sargento disparó contra un comandante; en el tiroteo murieron varios oficiales. Con esos disparos, los soldados del Volynski se unen a la revolución: sólo su victoria podrá salvarlos de la horca. Copiando la táctica de las obreras y obreros, se dirigieron al resto de cuarteles para animarles a unirse a la lucha de todo el pueblo. Las condiciones estaban maduras, sólo encontraron oposición en algunos oficiales. La insurrección ha triunfado. Las obreras y obreros, toda la clase trabajadora, los soldados, en su mayoría campesinos con uniforme, han vencido. Es el fin de una monarquía, de supuesto origen divino, de más de 300 años de existencia que apenas logró encontrar fuerza social o armada que la defendiera.

La emancipación de la mujer

En febrero de 1917 las mujeres iniciaron la revolución y, sin embargo, en la memoria ha quedado poco reconocimiento de sus hazañas. Apenas se recuerdan los nombres de Alexandra Kollontai o de Nadiezna Krupskaja, mujeres que ocuparon un puesto dirigente durante el proceso revolucionario o en el gobierno

soviético. Las obreras de Petrogrado simbolizaron con su acción también una ruptura con su opresión específica como mujeres, y la revolución reconoció de inmediato que las grandes transformaciones sociales y políticas serían incompletas sin lograr la plena emancipación de las mujeres.

Desde febrero a octubre de 1917, participaron en el movimiento revolucionario y se organizaron autónomamente en la defensa de sus propias reivindicaciones. Sirva como ejemplo que en los días previos a la insurrección de octubre se reunió una conferencia de mujeres representantes de 50.000 trabajadoras de toda Rusia. Para las mujeres la victoria de la revolución era también el primer paso para su emancipación. Las leyes zaristas declaraban que la mujer debía “obedecer a su marido como cabeza de familia, ser amante y respetuosa”; no podía tener pasaporte o trabajar sin el consentimiento del marido; el divorcio estaba en manos de la Iglesia, o sea, prácticamente no existía; el marido se convertía incluso en dueño de cualquier herencia que recibiera la mujer; en las fábricas, las mujeres debían soportar jornadas agotadoras cobrando menos que los hombres y sin ninguna protección por la maternidad. En el campo, la situación aún era peor, la mujer campesina era casi una esclava, del trabajo y del hogar.

El gobierno surgido de la revolución de Octubre estableció leyes que permitían o hacían posible la igualdad política y social de la mujer. Se estableció el derecho al voto y a ser elegidas para cargos públicos; se legalizó el derecho al divorcio y la igualdad absoluta ante la ley entre marido y mujer, se acabó con la dominación legal del marido y las mujeres podían elegir sus propios apellidos; se legalizó el aborto; se abolieron las leyes en contra de la homosexualidad; se legisló a favor de la igualdad del salario entre hombres y mujeres; se aprobó la licencia por maternidad de 4 meses antes y después del alumbramiento, la gratuidad del cuidado de los niños y medidas para la protección en el trabajo para las mujeres embarazadas. Puede que hoy algunas de estas medidas no parezcan extraordinarias, pero en los inicios del siglo XX, y más en la atrasada Rusia, cambiaron radicalmente las bases sociales de la opresión de la mujer.

No obstante, una cosa son las leyes y otra la dura realidad. No es este el lugar para profundizar en los déficits, errores y retrocesos que la emancipación de la mujer sufrió en la Rusia soviética. Digamos sólo que se quebró la esperanza de que el desarrollo económico facilitaría la igualdad real, que no fue capaz de imponerse a la realidad de un país atrasado y aislado por el fracaso de la revolución en el resto de Europa; y que posteriormente se encontró con la reacción social que a partir de los años 30 representó el estalinismo, especialmente en el ámbito de los derechos de la mujer (prohibición del aborto, enaltecimiento de la mujer como madre, limitaciones al divorcio, etc.) Estudiar y recuperar las experiencias de la emancipación de la mujer en el proceso revolucionario pueden ser útiles para el actual proceso de su liberación. Las tendencias de la sociedad, hacia adelante o hacia atrás, tienen siempre su línea más sensible en el reconocimiento de los derechos de la mujer, no sólo legales sino también en el establecimiento de las bases materiales para lograr la igualdad real.

Alexandra Kollontai, una de las revolucionarias rusas que más trabajó y luchó por la igualdad, se imaginó así el futuro: “1. Igualdad, con la desaparición de la poderosa autosuficiencia masculina y de la sumisión servil de la mujer. 2. Reconocimiento mutuo y recíproco de los derechos y desaparición de los sentimientos de propiedad. 3. Sensibilidad fraterna, junto con un arte que permitirá la asimilación y comprensión de las transformaciones psíquicas que se reproducen en el alma del amado”.

La paradoja de febrero

Bastó el levantamiento de la población de Petrogrado para acabar con el zarismo. Moscú, la segunda ciudad de Rusia en ese momento, se unió cuando el triunfo ya estaba asegurado y así fue también en el resto del país. No hay ninguna duda del carácter de clase de la revolución. Un economista liberal de la época, Tugan Baranovski, lo explicó con precisión: “No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la insurrección; no los generales, sino los soldados quienes se personaron ante la Duma (parlamento ruso). Los soldados apoyaban a los obreros no porque obedecieran dócilmente las órdenes de sus oficiales, sino porque [...] sentían el lazo que les unía a los obreros como una clase compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a cuyo cargo ha corrido la revolución rusa”. Otra de las complejidades del movimiento revolucionario consiste en entender por qué si las fuerzas que lucharon tenían un contenido de clase tan determinado, el poder acabó, en primera instancia, en manos de la burguesía, que nada había hecho para acabar con el zarismo. A menudo, las revoluciones no son capaces de expresar una relación directa entre las clases sociales y el poder. En todo movimiento revolucionario las clases trabajadoras y los campesinos, los

estudiantes o los soldados han sido la base movilizadora de los procesos revolucionarios, pero, en la mayoría de las ocasiones, al vencer, algún sector de la burguesía o la pequeña burguesía les ha arrebatado lo que habían conquistado en la calle.

En febrero de 1917, los burgueses temían más a las masas que al zarismo, con el que habían establecido estrechos lazos. En los primeros días de la revolución intentaron buscar un acuerdo con el zar, y cuando vieron que era imposible, intentaron mantener el zarismo eligiendo a su hijo o, como regente, a un hermano del zar. Era tanta su desesperación que a Miliukov, el dirigente del partido de la burguesía, no le importaba decir: “Uno de ellos es un niño enfermo y el otro un hombre completamente tonto”, pero que lo importante era salvar a Rusia, o sea, sus negocios.

En los mismos días, incluso en el mismo edificio (el palacio de la Duma) donde los burgueses suspiraban por la continuidad del zarismo, se formó el soviét, el organismo que representaba legítima y directamente a las masas trabajadoras. Los soviets surgieron en la revolución de 1905, y desde entonces formaron parte del imaginario de la clase trabajadora. Su formación fue un hecho natural, impulsado y aceptado por todas las tendencias políticas del movimiento obrero como expresión de la huelga general y la insurrección. Al principio fue una coordinación de dirigentes políticos y representantes reconocidos de la clase trabajadora, pero inmediatamente se procedió a la elección de representantes directos en las fábricas, barrios y cuarteles. En la práctica, los soviets empezaron a ejercer el poder, eran los únicos organismos reconocidos por la población. Un diputado del bloque burgués recuerda: “El soviét se apoderó de todas las oficinas de Correos y Telégrafos y de Radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin autorización, era imposible cursar un telegrama, salir de Petrogrado o escribir un manifiesto”. Un representante del zarismo les dice a dirigentes de la izquierda: “El poder está en vuestras manos; nos podéis mandar detener a todos nosotros”. Y, sin embargo, el gobierno provisional que surge de la revolución de febrero está encabezado por los burgueses.

La paradoja consiste en que los socialistas moderados, los mencheviques, que en ese momento tienen la confianza de la mayoría trabajadora, consideraban que la revolución que derrocará al zarismo debía ser “una revolución burguesa”, limitarse al reconocimiento de las libertades y a algunas reformas. Esa visión escolástica de que el desarrollo de la sociedad está predeterminado y debe seguir unas etapas fijadas de antemano no encajaba con la evolución de la sociedad, y menos aún con el estallido de la guerra imperialista. Las masas trabajadoras habían realizado la revolución; no confiaban en los partidos burgueses y empezaban a construir sus organismos de gobierno (los soviets), y los socialistas moderados dejaban al margen la solución de los graves problemas de la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas, etc. para dar el poder a los burgueses. Paradojas de los procesos revolucionarios. Serán necesarios unos cuantos meses para que la experiencia convenza a las masas trabajadoras de que deben tomar el destino en sus propias manos, adueñarse del poder para lograr la paz, repartir la tierra, ejercer todos los derechos democráticos e iniciar el camino hacia el socialismo.

Lenin, que todavía no había podido viajar a Rusia, escribió en sus *Cartas desde lejos*: “La revolución fue obra del proletariado [...], exige pan, paz y libertad; exige una república y simpatiza con el socialismo [...], (los burgueses) quieren burlar la voluntad, o los anhelos de la inmensa mayoría de la población”. Ante los supuestos disturbios y anarquía, Lenin insistía: “Los obreros quieren una república, y una república es un gobierno más “de orden” que la monarquía [...]. Son precisamente los capitalistas quienes introducen la anarquía y la guerra en la sociedad humana”.

Atraso en derechos

Las condiciones de las mujeres en la España de 1917 no eran mejores que las de Rusia bajo el zarismo. La mujer necesitaba la autorización del marido para cualquier iniciativa; firmar contratos, realizar compras, ni siquiera podía vender propiedades que fueran suyas por herencia. El Código Penal imponía duras sanciones para aquellas esposas que insultasen o desobedeciesen al marido. Las mujeres no tenían derecho al voto, no existía el divorcio, ni mucho menos el derecho al aborto. La influencia de la Iglesia Católica en todos los ámbitos de la vida social y política impuso condiciones terribles a las mujeres. En esa época, el 70% de la población femenina era analfabeta, frente a un 55% de los hombres. En 1910, unas 729.628 mujeres recibían enseñanza, lo que supone el 23'6% de aquellas que se encontraban en edad de hacerlo. Hasta 1910, no se le reconoció el derecho a la educación superior. La primera catedrática, la escritora Emilia Pardo Bazán, lo fue en 1916. En 1919 sólo había 300 universitarias en toda España.

En el ámbito laboral la situación no era mejor. La neutralidad española facilitó durante los primeros años de la guerra un desarrollo industrial y comercial muy importante. De 1910 a 1918, el número de mineros pasó de 90.000 a 133.000; el de metalúrgicos de 61.000 a 200.000; en el textil de 125.000 a 213.000 y en los transportes de 155.000 a 212.000. (Juan A. Lacomba. *La crisis española de 1917*). Eso representó también una importante incorporación de la mujer, difícil de cuantificar porque en muchos casos se trató de empleo irregular. Las mujeres eran mayoría en el sector del textil, cuero o alimentación, y su presencia era notable en sectores muy masculinizados. Por ejemplo, a principios de siglo, el 10% de la plantilla del carbón en Asturias eran mujeres; también el 7% en la minería de hierro de Vizcaya y en las minas de plomo de Córdoba, por lo que es fácil deducir que en 1917 su presencia debía de ser mayor. Se ocupaban del acarreo y del machaqueo del mineral en superficie y de otras tareas. Su sueldo, sin embargo, solía ser un 50% inferior al del hombre; se consideraba que formaba parte del complemento salarial del hombre y poquísimas, si había alguna, ocupaban puestos de responsabilidad. Para minusvalorar el peso de la mujer en el mundo del trabajo, las campesinas, como las empleadas del hogar, muy numerosas en las ciudades, apenas existían en las estadísticas.

Durante el primer decenio del siglo se fundaron las primeras asociaciones de mujeres socialmente muy diferenciadas, las que tienen un origen socialista o anarquista o las que surgen como iniciativa de mujeres de clase media. Todas defendían la mejora de las condiciones de vida y de reconocimiento social de las mujeres, aunque con perspectivas sociales y políticas diferentes. Debido al atraso económico y social español y al peso de la Iglesia Católica, existió un evidente retraso con respecto a otros países en la conquista de los derechos de las mujeres. Sin embargo, hay que destacar que a finales del siglo XIX y primeros del XX se crearon las primeras organizaciones de mujeres y que el 10 de julio de 1910 más de 10.000 se manifestaron en Barcelona en defensa de la enseñanza laica.

El año 1917 representó también un cambio de tendencia en la lucha y en la incorporación de las mujeres. En febrero, Alemania decidió un bloqueo general de los puertos europeos que afectó enormemente a la economía española. Las importaciones y exportaciones marítimas quedaron seriamente dañadas y repercutió en casi todos los sectores productivos. Empezó el final de la “alegría” económica. La guerra había ensanchado aún más la desigualdad entre las clases. Para mantener el trabajo, para comer, para criar a los hijos, para poder vivir habría que luchar, y muchas mujeres ya habían ocupado su lugar en la fábrica y en la sociedad. Para la mayoría de ellas, la participación en la huelga general de agosto de 1917 fue su prueba de fuego social, pero también de exigencia de sus propios derechos. Ese año, confluyeron diferentes crisis: las protestas de la oficialidad del ejército (Juntas de Defensa) el conflicto que se agudiza con Catalunya (Asamblea de Parlamentarios opuesta al bipartidismo) y una huelga general revolucionaria convocada por UGT y CNT. A diferencia de lo que ese mismo año sucedió en Rusia, en nuestro país cada una de esas crisis irá por separado y eso retrasará el hundimiento de la monarquía hasta 1931. Las obreras rusas iniciaron la revolución para acabar con el zarismo y conquistar sus derechos como mujeres, incluso los más mínimos. En España, también hubo que echar a la monarquía para que se reconocieran los derechos de las mujeres.

Años antes, Teresa Claramunt, una de las pioneras anarquistas organizadora de las mujeres trabajadoras, lo expresó así: “Ya lo ves, mujer proletaria, nuestros hijos no inspiran a nadie ningún sentimiento noble. Nosotras, las mujeres obreras, no pertenecemos al sexo débil, ya que esos sietemesinos consideran muy natural que recaiga sobre nosotras el trabajo pesado de las fábricas. No pertenecemos tampoco al sexo bello, porque nuestros cuerpos destrozados no les despiertan el sentimiento de justicia [...]. Nada de eso ven. Ya lo sabéis, obreras, en la sociedad actual existen dos castas, dos razas: la de nosotras y nuestros compañeros y las de esos zánganos con toda su corte. No tendremos pan, ni dicha, ni vida, ni seguridad para nuestros seres queridos y para nosotras, hasta que desaparezca del todo esa maldita raza de parásitos. ¡A trabajar, pues, proletarias; nuestra dignidad y nuestro amor lo exige!”. ■

Marzo 1917

El doble poder

*Nuestra táctica: ninguna confianza
y ningún apoyo al nuevo gobierno*
(Telegrama enviado a Rusia por Lenin)

La noticia de la caída del zarismo y el inicio de la revolución causó entusiasmo, perplejidad e inquietud en una Europa agotada por una guerra que ya duraba casi 3 años. El gobierno alemán imaginó que se debilitaría el frente ruso y facilitaría su victoria. Pero también temía la revolución. El titular de Interior se refirió en el Consejo de Ministros al “efecto embriagante de la revolución rusa” y dio la orden tajante de censurar “todo cuanto explique o ensalce los hechos de los revolucionarios en Rusia”. A los aliados de Rusia (Francia y Gran Bretaña; Estados Unidos no entraría en la guerra hasta abril de 1917) les inquietaron los acontecimientos revolucionarios y movilizaron sus recursos diplomáticos para que el nuevo gobierno ruso mantuviera sus alianzas y presencia militar.

En España, el periódico anarquista *Tierra y Libertad* deseaba “al proletariado ruso fuerte empuje revolucionario”. Los socialistas se mostraron más parcos. *El Socialista* publicó información sobre los acontecimientos, pero cuesta encontrar opiniones o editoriales. Tres meses después, en un manifiesto para el 1º de Mayo, ni siquiera se menciona la revolución rusa. El revolucionario Víctor Serge, en ese momento exilado en Barcelona, escribió en sus *Memorias*: “Hasta los obreros de mi taller, que no eran militantes, comprendían instintivamente las jornadas de Petrogrado, ya que su imaginación las trasponía a Madrid y a Barcelona. La monarquía de Alfonso XIII no era ni más popular ni más sólida que la de Nicolás II; la tradición revolucionaria de España remontaba, como la de Rusia, a los tiempos de Bakunin; causas sociales semejantes obraban aquí y allá, problema agrario, industrialización retrógrada, régimen político atrasado en más de un siglo y medio respecto del Occidente europeo”. El intelectual Salvador de Madariaga habló de que “las espléndidas noticias de la Revolución rusa habían corrido por España como la pólvora”. Desde Italia, el revolucionario Antonio Gramsci escribió: “La noticia de la revolución fue acogida en Turín con una alegría indescriptible. Los obreros lloraban de emoción al recibir la noticia de que el zar había sido derrocado”. En toda Europa, en la conciencia de millones de hombres y mujeres se abría la esperanza de acabar con la guerra y el sufrimiento.

Un gobierno vigilado

Analizamos anteriormente la “paradoja” de que la revolución la hubieran encabezado las obreras, obreros y soldados y, sin embargo, el poder hubiera pasado a manos de la burguesía. El gobierno provisional que se formó fue una combinación de antiguos dignatarios zaristas, grandes industriales que se habían enriquecido con la guerra, abogados y propietarios agrícolas, dirigentes del partido kadete (algo así como el Partido Popular actual) con Miliukov a la cabeza, que era el verdadero dirigente de la burguesía, y Kerensky como representante de la “izquierda” no revolucionaria. Como primer ministro, ¡agárrese el lector!, eligieron a un príncipe, el príncipe Lvov. No es de extrañar que el pueblo trabajador respondiera irónicamente: “Hemos cambiado un zar por un príncipe”. Más seriamente, otros se preguntaban: “¿Acaso ha corrido la sangre de los obreros solo para reemplazar a un terrateniente por otro?”.

El gobierno se movía entre decisiones que ya habían sido superadas por los acontecimientos o que no podía cumplir, o trataba de mantener en la medida de sus posibilidades a elementos del antiguo régimen. Por ejemplo, los miembros del Consejo de Estado del zarismo seguían cobrando sus emolumentos, y el gobierno asignó una pensión a los ex ministros.

El 2 de marzo abdicó el zar. El 7 de marzo Kerensky declara que el zar “se dirige a Inglaterra bajo mi vigilancia personal”. El escándalo fue impresionante y el 9 de marzo tuvo que desmentirlo y el zar fue arrestado

formalmente. No había zar, pero el gobierno seguía sin declarar la república. Ese mismo día, el soviet de Petrogrado organiza una comisión dedicada al reparto de subsistencias entre la población. La organización de la clase trabajadora empieza a tomar decisiones para ejercer el poder.

El 5 de marzo, el soviet decide que se reanude el trabajo, pero las protestas siguen. Los partidos y periódicos de la burguesía lanzan una campaña para que los soldados vuelvan a los cuarteles y los obreros a las fábricas. Es decir, “¿que todo sigue como antes?”, se preguntan. Hasta el 10 de marzo, los patronos no aceptan la jornada de 8 horas en Petrogrado. En Moscú, el acuerdo se adoptará el día 21. La presión y el desarrollo de huelgas espontáneas obligan a los empresarios a aceptar aumentos salariales de entre un 30% y un 50%. No se hace una revolución para que casi todo siga igual. En la fábrica Putilov se dejó de aplicar la reglamentación fabril, con sus multas punitivas y sus registros humillantes. En esta empresa, y en otras, fueron creados comités de fábrica para representar los intereses de los trabajadores ante la patronal. En las grandes empresas estatales, los nuevos comités tomaron temporalmente la gestión, dado que los administradores habían huido. El 13 de marzo, los miembros de los comités de las fábricas pertenecientes al Departamento de Artillería definieron como objetivo “la autogestión a la mayor escala posible”; y las funciones de los comités fueron especificadas como “de defensa de los intereses de los trabajadores frente a la administración de la fábrica y el control sobre sus actividades”.

Existe un gobierno, pero la acción de las masas es quien acaba imponiéndose por los hechos. Nominalmente el gobierno ostenta el poder, pero la fuerza y la decisión están en los soviets. Por ejemplo, el 5 de marzo, el soviet decide clausurar las publicaciones monárquicas y someter a su decisión la aparición de nuevos periódicos. La revolución tiene derecho a defenderse. El 8 de marzo, el gobierno aprueba un decreto sobre la amnistía, cuando los presos ya están en la calle y los desterrados en Siberia ya están llegando a las ciudades. El 12, aprueba la abolición de la pena de muerte. Cuatro meses después Kerensky la restablecerá para los soldados.

El reparto de la tierra era uno de los principales problemas de la revolución. El atraso del campo y la gran concentración latifundista entre la Corona, la Iglesia y los grandes propietarios convertía a los campesinos en un elemento clave para el futuro de la revolución. El gobierno no decía nada, su política consistía en aplazarlo todo. Pero los campesinos no podían esperar. A finales de marzo ya son muchas las regiones agrícolas que están en movimiento, se ocupan tierras, se detiene a terratenientes, se forman comités agrícolas y soviets. La revolución también llega al campo. Hasta el 25 de marzo no se creó una Comisión para estudiar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, que según el gobierno debía decidirlo todo, y redactar una ley electoral. La Comisión nunca llegó a funcionar. La guerra, una de las principales causas de la revolución, seguía presente y había que darle alguna respuesta. El ejército quería medidas ante su situación. El 6 de marzo, el soviet aprobó el llamado Decreto número 1, por el que se acordaba la elección de representantes de los soldados a los soviets, la conservación de las armas bajo el control de los comités de compañía y batallón; en el servicio, disciplina militar; fuera de él, completos derechos civiles, abolición del saludo, prohibición de los castigos físicos y nombramiento de comisarios en todas las armas e instituciones militares.

Los derechos democráticos entraban por primera vez en los cuarteles y en las trincheras. Para el gobierno y los dirigentes del ejército, que continuaban siendo los mismos que bajo el zarismo, la continuación de la guerra era completamente necesaria. El 20 de marzo, el gobierno declaró que “cumplirá fielmente con todos los tratados que nos comprometen con otras potencias”. Más claro imposible. Así lo explicó Trotsky: “La continuación de la guerra justificaría la conservación del aparato militar y burocrático del zarismo, el aplazamiento de la Asamblea Constituyente, la subordinación del interior revolucionario al frente, o lo que es lo mismo, a los generales que formaban un frente único con la burguesía liberal”. Si la guerra continuaba, todo podía aplazarse: las reformas sociales, el reparto de la tierra, la emancipación nacional. La lucha entre la revolución (los soviets) y el gobierno representante de los intereses de la burguesía apareció desde el primer momento. Una resolución de la fábrica Izhora lo expresaba así: “Todas las medidas del Gobierno Provisional que destruyan los remanentes de la autocracia y fortalezcan la libertad del pueblo deben ser plenamente apoyadas por la democracia. Toda medida que conduzca a la conciliación con el viejo régimen y que sea dirigida contra el pueblo debe enfrentarse con una protesta y contraataque decisivos”. Lenin, todavía en Suiza, en sus *Cartas desde lejos* escribirá: “Ahora nos encontramos en un periodo de transición de esta primera etapa de la revolución a la segunda, de “pelear” con el zarismo a “pelear” con el imperialismo terrateniente y capitalista”.

Qué son los soviets

El significado de una palabra puede cambiar en el transcurso del tiempo. Es lo que ocurre con la palabra rusa soviet. Significa consejo o junta, y de ser la representación democrática del movimiento de la clase trabajadora se ha acabado asociando al régimen político que surgió de la degeneración que impuso la burocracia estalinista en la antigua URSS. Sería una pequeña victoria si en este centenario de la revolución rusa lográramos rehacer el buen sentido de la palabra soviet. El lector puede encontrar una sencilla y clara explicación de su origen y función en [este pequeño folleto](#) escrito por Andreu Nin.

Los soviets surgieron en la revolución de 1905 como una expresión natural y espontánea de la movilización. Eran organismos democráticos de representación de la clase trabajadora. En las asambleas de empresa se elegían a los delegados o diputados obreros, por ejemplo, uno por cada 500 trabajadores, que se coordinaban con el resto de empresas de la ciudad. Al principio, fueron herramientas para la huelga general, para representar a cientos de miles de trabajadores y trabajadoras. No se opone al sindicato, ni a los comités de fábrica, sino que cada uno ocupa su lugar en la organización de la clase trabajadora y de la nueva sociedad que pugna por surgir.

Tras la experiencia de 1905, fue natural su renacimiento en 1917. Al principio se forman como un acuerdo entre los partidos socialistas, pero inmediatamente se eligen delegados en las empresas. Para dar representación a los soldados, cuyo papel ha sido tan decisivo, se acuerda que su denominación sea de soviets de delegados obreros y soldados. Se forman también soviets de barrio y, posteriormente, el movimiento se extiende a las aldeas con la formación de soviets campesinos. Por toda la extensa Rusia el soviet es reconocido como la expresión genuina de la revolución.

Si bien lo conocemos por su nombre ruso, en prácticamente todos los procesos revolucionarios han surgido expresiones parecidas. En Alemania se llamaron consejos obreros en la revolución de 1918. Así los conocieron en la revolución húngara del mismo año, y también en la de 1956. Los italianos los llamaron consejos de fábrica. En la revolución española de 1936 fueron los comités. Sea cual sea su denominación concreta, se trata de una necesidad de expresión y organización de la clase trabajadora en un momento en el que la revolución plantea la posibilidad de que una nueva clase social arrebatase el poder a la burguesía.

Doble poder

Los corresponsales de los periódicos *The Times* de Londres y *Le Temps* de París tuvieron que admitir en sus crónicas que “en Rusia había dos gobiernos”. En un artículo publicado en *Pravda* (periódico de los bolcheviques) Lenin subraya que “La más notable característica de nuestra revolución es un poder dual [...]. Nadie pensó o podía haber pensado con anticipación sobre el poder dual”. El 9 de marzo el general Alexéiev, jefe del Ejército, telegrafió al ministro de la Guerra: “Pronto seremos esclavos de los alemanes, si seguimos mostrándonos indulgentes con el Soviet”. Guchkov le contestó: “Por desgracia, el gobierno no dispone de poder efectivo; las tropas, los ferrocarriles, el telégrafo, todo está en manos del Soviet, y puede afirmarse que el gobierno provisional sólo existe en la medida en que el Soviet permite que exista”.

La cuestión del doble poder es un problema al que se enfrentan prácticamente todas las revoluciones y hay que comprenderlo para guiarse bien en un proceso revolucionario. Toda revolución crea nuevas formas, nuevas instituciones que representan a la clase social, o a las clases sociales, que tienen la iniciativa. En Rusia fueron los soviets. La burguesía, que desde que empezó la guerra estaba dirigiendo prácticamente el país, quería desembarazarse del zar, al tiempo que temía a la clase trabajadora. A la caída del zarismo, a la burguesía le cae el poder en sus manos, pero su única capacidad consiste en mantener o adaptar el viejo aparato del Estado; mientras, la clase trabajadora está construyendo y ejerciendo el poder que le ha dado la revolución a través de los soviets. Pero la existencia de “dos gobiernos” es imposible. Pueden coexistir durante un tiempo, el tiempo que una clase social u otra necesita para organizarse, para tomar conciencia y ganar los aliados necesarios para imponerse sobre la otra. Ahí está la clave del doble poder.

Ese debate surgió entre los revolucionarios rusos. Los socialistas moderados, los mencheviques, que durante los primeros meses de 1917 tuvieron la mayoría en los soviets, cedieron el poder a la burguesía y consideraron que los soviets debían ser un complemento del gobierno; de hecho, se formó un comité de enlace entre el ejecutivo de los soviets y el gobierno. El intento de coexistencia chocó desde el primer momento. Los

bolcheviques comprendieron que los soviets podían ser la nueva forma de gobierno, más democrática y representativa de las masas obreras y campesinas organizadas -Lenin decía que eran como la Comuna de París de 1871-, y por eso se orientaron en el sentido de preparar la conciencia y organización, de ganar la mayoría de la clase trabajadora y del campesinado para que los soviets se adueñaran del poder. No se puede dividir el poder entre clases sociales opuestas. Para conquistar la paz, el pan y la tierra los soviets debían tomar el poder.

Si repasamos otros procesos revolucionarios veremos que el problema del doble poder siempre estuvo presente. En la **revolución francesa**, se expresó primero en la etapa que va desde la toma de La Bastilla hasta que el Rey Luis XVI intentó huir (1789-1792). En ese periodo la Asamblea Constituyente coexistió con el Rey. Fue la etapa de la abolición del feudalismo, de las servidumbres, los diezmos, etc., en la que aún se mantuvo la monarquía y la nobleza y el clero empezaron a organizar la guerra civil con la ayuda de los monarcas extranjeros. En la siguiente etapa, la de la Convención (1792-1795), se proclamó la república, el Rey fue ejecutado, y la radicalización de los sectores populares dio la mayoría a los jacobinos, encabezados por Robespierre y Sant Just. Con el Directorio (1795 a 1799) la revolución dio un nuevo giro que permitió imponerse a los sectores burgueses más moderados que cerraron el periodo revolucionario. En cada uno de esos pasos el doble poder expresó los intereses de las clases sociales: los de la monarquía y la nobleza por un lado y los de los sectores burgueses y pequeños burgueses por el otro, mientras por abajo, empujando y buscando su lugar, los *sans-culottes*, los sectores más populares a quienes todavía no les había llegado su hora histórica.

En la **revolución alemana de 1918**, siguiendo el ejemplo de Rusia, se formaron consejos obreros que se extendieron por todo el país y acabaron con la monarquía. Lograron coordinarse y reunir un congreso de toda Alemania, pero la socialdemocracia apostó por mantener la república burguesa y neutralizar los consejos supeditándolos a la Asamblea Nacional. El resultado es conocido: la revolución fue derrotada por las armas y los socialdemócratas permitieron el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

El balance de la **revolución española** de 1936 arrastra también una vieja polémica. El golpe fascista fue derrotado por las masas trabajadoras, en muchos lugares se formaron comités que organizaron la producción, la vigilancia y los primeros batallones de milicianos para enfrentarse a los fascistas. En Catalunya, se formó el Comité de Milicias Antifascistas, que reunía a las fuerzas obreras y republicanas y a los comités, y las izquierdas se enfrentaron al dilema de mantener la república burguesa o que el proceso revolucionario avanzara hacia una nueva sociedad, hacia el socialismo. Se dijo que primero había que ganar la guerra y luego ya vendría la revolución; se impuso la opción de “ganar la guerra”. No hace falta decir cuál fue el resultado. Años antes, el socialista reformista francés, Jules Guesde, había dicho algo parecido: “Primero la victoria (en la guerra imperialista), después la república”.

No es solo historia

El historiador Josep Fontana explicó en una conferencia la necesidad de estudiar la revolución rusa “para llegar a entender nuestra propia historia; pero es evidente que este estudio no lo veo como un puro ejercicio intelectual sin fines prácticos”. Efectivamente, el estudio histórico puede ser un interesante ejercicio de conocimiento, pero más apasionante es poder relacionarlo con los debates políticos actuales.

La revolución de 1917 condicionó todo el siglo XX y muchas generaciones de luchadores y revolucionarios se educaron en torno a sus lecciones y experiencias, y en muchos casos con una lectura más que discutible, si no tergiversada por la tradición estalinista. Por eso, este aniversario nos exige repensar y/o reaprender con los ojos de las experiencias de este inicio de siglo. Porque, salvando la distancia histórica y lo que ha cambiado el mundo, los problemas básicos no son tan diferentes: ¿Se puede o no cambiar el sistema capitalista? ¿Qué papel puede jugar la clase trabajadora? ¿Qué relación puede establecerse hoy entre clase social y ciudadanía? ¿Qué organizaciones políticas hay que construir para el cambio político y social? ¿Y la relación entre movimientos sociales y parlamentarismo? ¿Cómo se puede practicar hoy el internacionalismo y la solidaridad entre los pueblos? Estas preguntas, y otras, tienen que ver con la construcción de herramientas políticas, con la definición de estrategias políticas que permitan combatir la desigualdad, no para reformar el sistema, sino para construir uno nuevo, solidario, democrático, igualitario, lo que en la tradición de los revolucionarios de 1917 se llamaba socialismo.

Con los procesos de cambio iniciados en muchas ciudades, con la ruptura del bipartidismo, con el reconocimiento de la crisis del régimen del 78, con lo que significó el movimiento del 15-M, con el proceso soberanista en Catalunya, se suele hablar de que estamos en un proceso de revolución democrática. Entonces,

¿cuáles podrían ser los objetivos, qué medios y qué movilización para lograrlos? Como siempre en la vida, lo que valen son los hechos.

En una reciente entrevista en *La Tuerka*, el dirigente gallego Xosé Manuel Beiras señala que: “pensar que se pueden cambiar las cosas en las instituciones del enemigo, cuando sabes que no vas a ser profundamente mayoritario, puede atraparte en el engranaje”. Son reflexiones que enlazan con la experiencia de estos cien años transcurridos y que el conocimiento de la revolución y sus lecciones pueden ayudarnos a resolver mejor. Durante los meses en que las opiniones de Lenin y los suyos estaban en minoría y pedía paciencia para convencer a la gente, daba estos consejos: “No queremos que las masas nos crean bajo palabra. No somos charlatanes. Queremos que las masas superen sus errores por la experiencia”. ■

Abril 1917

Y entonces llegó Lenin

¡Tomad en vuestras manos vuestro propio destino!
(Octavilla repartida en Leipzig en abril de 1917)

El mes de abril empezó en Petrogrado con una protesta de 40.000 personas exigiendo igualdad de derechos para las mujeres. Si en febrero ellas habían encendido la mecha de la revolución, no se iban a quedar sin derechos. El gobierno provisional no había acordado nada al respecto, lo dejaba para un futuro indeterminado. No se empieza una revolución para ir aplazando derechos, hay que conquistarlos y ejercerlos. Las mujeres ocuparon el centro de la ciudad con grandes pancartas: “Derecho de voto”, “Si una mujer es esclava, no hay libertad”, “¡Viva la igualdad para las mujeres!”. Se presentaron ante la residencia del gobierno y allí permanecieron hasta que lograron el compromiso de legalizar el derecho de voto para las mujeres. Al gobierno no le quedó otro remedio. ¡Así son los procesos revolucionarios! En la primavera de 1917, las mujeres rusas conquistaron un derecho que no tenía ningún otro país europeo. Dos días después, el 3 de abril, Lenin llegará a Rusia y dará un vuelco a los contenidos políticos de la revolución.

Todo proceso revolucionario exige audacia y valentía, hay que convertir en posible lo que parecía imposible. Audaz fue la decisión de Fidel Castro y 82 revolucionarios que navegaron en el Granma para desembarcar en Cuba en 1956 e iniciar la guerra de guerrillas que llevó a la victoria de la revolución en 1959. Lo fue también la decisión de Mao Tse Tung de replegar sus fuerzas recorriendo durante los años 1934-1935 más de 10.000 kilómetros, la llamada Larga Marcha; o en julio de 1936, el ímpetu de los anarquistas y revolucionarios saliendo de Barcelona hacia Aragón para enfrentarse a los fascistas. Pero, probablemente, no existe en la historia una decisión tan audaz como la que impulsó a Lenin y a otros 31 revolucionarios rusos para llegar a Rusia. El escritor austríaco Stefan Zweig lo escribió así: “Durante la guerra mundial millones de balas alcanzaron su objetivo. Los ingenieros idearon los proyectiles más violentos, más potentes y de más largo alcance. Pero ninguno lo tuvo mayor ni fue más decisivo para la historia reciente que ese tren que, cargado con los más peligrosos y más decididos revolucionarios del siglo y procedente de la frontera suiza, atraviesa silbando toda Alemania, para llegar a Petrogrado y allí hacer que el orden de la época salte en pedazos”. (*Momentos estelares de la humanidad*).

Con la caída del zarismo, los exilados deseaban participar activamente en la revolución. Las potencias imperialistas, de cualquiera de los bandos en guerra, no se fiaban y ponían todas las trabas posibles. Las peticiones para poder viajar eran denegadas, e incluso el nuevo gobierno provisional ponía dificultades. En Zurich, donde residía Lenin, se hacían todo tipo de planes de imposible realización. Finalmente, mediante el concurso de diputados socialdemócratas suizos y alemanes, se establecieron negociaciones con el Alto Estado Mayor alemán que llegaron a buen término. Los revolucionarios rusos podrían atravesar Alemania en un tren al que nadie tendría acceso -de ahí su denominación de *tren blindado*- a cambio de interceder por la liberación de presos alemanes en Rusia. No es fácil imaginarlo. Unos revolucionarios -bolcheviques, mencheviques y socialrevolucionarios- subieron a un tren al que nadie podía acceder. En el mismo tren una raya en el suelo hecha con tiza marcaba la zona neutral de soberanía rusa frente al compartimento de los dos oficiales alemanes que acompañaban el transporte, y que ni siquiera podían tener contacto con los exilados rusos. [[Ver relato de Grigory Zinoviev](#) en *Sin Permiso*]

Al abandonar Zurich, firmaron con otros revolucionarios franceses, alemanes, suizos, suecos, etc. una declaración de intenciones: “Los internacionalistas rusos que se dirigen a Rusia con el fin de ponerse al servicio de la revolución nos ayudarán a levantar a los proletarios de los demás países, sobre todo a los de Alemania y Austria, contra sus gobiernos”. Esta audaz decisión, por la que la burguesía y los socialistas moderados acusarán a Lenin de estar pagado y al servicio del gobierno alemán, permitió que el 3 de abril llegara a la estación de Finlandia en Petrogrado.

Las Tesis de Abril

Unos miles de personas fueron a recibirle y les dirigió unas palabras: “Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros: Me siento feliz al saludar en vosotros a la revolución rusa triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional [...]. La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era. ¡Viva la revolución socialista mundial!”. No era el tipo de mensaje que esperaban los que en ese momento tenían mayoría en los soviets, ni siquiera algunos de sus camaradas de partido. Cuando posteriormente expuso sus propuestas para el desarrollo de la revolución, el escándalo fue mayúsculo. Estos son algunos de los calificativos que recibió: “¡Esto es el delirio de un loco!” (Bogdanov, menchevique). “¡Lenin se ha constituido en candidato para uno de los tronos europeos que ha estado vacante por treinta años –el trono de Bakunin! Las nuevas palabras de Lenin recuerdan algo de las anticuadas verdades del anarquismo primitivo” (Goldenberg, antiguo bolchevique). “Es una vieja gloria que está fuera de las filas del movimiento [socialdemócrata]”. “Lenin quedará como una figura solitaria fuera de la revolución y nosotros seguiremos nuestro propio camino” (Cheidse, dirigente del soviets). “No olvidaré nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me conmovió y asombró” –escribió Nicolás Sujánov en sus recuerdos sobre la revolución. “Su programa –escribió el socialrevolucionario Zenzinov– fue entonces acogido más con burla que con indignación. Tan absurdo le parecía a todo el mundo”. “Las tesis de Lenin cayeron como una bomba. En aquel día, el camarada Lenin no encontró un partidario resuelto ni aun dentro de nuestras filas” (Zalechski, bolchevique).

Efectivamente, Lenin puso patas arriba las ideas hegemónicas del momento, incluso las de su propio partido. Lo que propuso en sus Tesis de Abril se puede resumir en los siguientes puntos:

- 1.- La guerra sigue siendo imperialista. Sin abatir el capital es imposible poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática.
- 2.- La peculiaridad del momento en Rusia es el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y los sectores pobres de los campesinos.
- 3.- Ningún apoyo al gobierno provisional.
- 4.- Reconocer que el partido está en minoría en los soviets. Manifestar que los soviets son la única forma posible de gobierno revolucionario. La tarea es explicar de manera paciente para que, sobre la base de la experiencia, las masas superen sus errores.
- 5.- Sustituir el ejército regular por el armamento del pueblo. Los salarios de los funcionarios no excederán el salario medio obrero. Elegibilidad y revocabilidad de los funcionarios públicos, jueces, policías, etc.
- 6.- Confiscación de las tierras de los terratenientes. Reparto de la tierra a partir de los soviets.
- 7.- Fusión de los bancos en un banco nacional único, bajo el control de los soviets.
- 8.- Poner la producción social y la distribución bajo el control de los soviets.

[\[Tesis de Abril\]](#)

Hasta entre los suyos le costó encontrar partidarios. La redacción de *Pravda*, el periódico bolchevique, publicó: “Por lo que se refiere al esquema general del camarada Lenin, lo juzgamos inaceptable, en cuanto arranca del principio de que la revolución democrático-burguesa ha terminado ya y se orienta en el sentido de transformarla inmediatamente en revolución socialista”. Desde el punto de vista político es un momento decisivo. Hay que elegir un camino: o continuar como oposición en el marco de un gobierno de la burguesía, manteniendo el esfuerzo de la guerra y aplazando *sine die* las reformas urgentes, o luchar para que la revolución se encamine hacia el poder de la clase social que ha encabezado la caída del zarismo y ha levantado los soviets, y así poner fin a la guerra y en marcha las transformaciones sociales a favor de las clases trabajadoras y los campesinos. No se pueden conciliar ambos caminos.

Para el lector o lectora, puede resultar difícil esta reflexión. Actualmente, no vivimos un periodo revolucionario, el movimiento obrero y social ha retrocedido estos años y sólo en ciertos ámbitos, básicamente municipales, se ven perspectivas de cambio a favor de la gente de abajo, pero una elección de ese tipo está planteada en todos los procesos revolucionarios, es una de esas leyes no escritas que se cumple inexorablemente. Es la duda, incluso entre los revolucionarios y revolucionarias, de si es suficiente con las primeras conquistas (en este caso, el final del zarismo) o es posible continuar hasta lograr un cambio, no solo político sino también social. Hay que analizar correctamente la situación, la fuerza de las clases sociales, su determinación y organización, y, sobre todo, si existe una organización capaz de encabezar la acción de las masas trabajadoras hacia el cambio revolucionario.

Esa necesidad de elegir abrió una crisis en el partido de los bolcheviques. Trotsky escribirá más tarde: “De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante”.

La guerra lo determina todo

Los acontecimientos ayudaron a convencer al partido, y posteriormente a la mayoría de la clase trabajadora, de que había que preparar la segunda etapa de la revolución. La guerra seguía presente y el gobierno hacía oídos sordos. Los problemas de abastecimiento se agudizaban, había nerviosismo en los cuarteles y en las fábricas. En las trincheras crecía la impaciencia. Solo entre el 1 y el 7 de abril, el Alto Mando reconoce que más de 8.000 soldados han desertado. La masa de los soldados solo deseaba una cosa: que acabara la guerra y volver a casa.

El 5 de abril el gobierno declara que “respetará escrupulosamente las alianzas que nos unen a otras potencias y cumplirá concienzudamente con los acuerdos pactados con los aliados”. O sea, mantendrá el esfuerzo militar. La chispa estalló cuando el 18 de abril, Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores y dirigente del partido kadete, declaró que Rusia seguía manteniendo sus objetivos de guerra: la liberación de los pueblos eslavos del dominio austro-húngaro; la fusión con Rusia de los territorios ucranianos actualmente bajo control de Austria-Hungría (entre ellos Galitzia) y la adquisición de Constantinopla y los Estrechos. ¿Empezar una revolución para que todo continúe igual? ¡De ninguna manera!

Algunos cuarteles decidieron salir armados en manifestación. Cuando las noticias llegaron a las fábricas, muchas pararon y desde los barrios obreros se unieron a los soldados. Una muchedumbre de más de 25.000 personas se dirigió hacia el palacio del gobierno. Las pancartas y los gritos eran unánimes: “¡Abajo Miliukov!”. Los dirigentes del soviet a duras penas lograron apaciguar los ánimos. La crisis expresó un enfrentamiento claro con el gobierno provisional (recordemos que era un gobierno burgués apoyado por los socialistas reformistas desde los soviets); la exigencia clara a favor de la paz (los soldados estaban dispuestos a luchar para defender la revolución, pero no para atacar); reforzó el papel de los soviets, que pasaron en la práctica a ser el único “gobierno” que aceptaban las masas. La crisis de abril acabó con la salida de Miliukov del gobierno y con un crecimiento de la influencia del partido de Lenin.

En Europa se precipitan los acontecimientos

La guerra imperialista duraba ya 33 meses y la muerte, el hambre y la miseria hacía tiempo que campaba por todo el continente. En las trincheras, en los pueblos y en las ciudades se suspiraba por la paz, pero los gobernantes continuaban la guerra. El 2 de abril, Estados Unidos decidió entrar en la guerra y dar el paso para empezar a convertirse en el imperialismo hegemónico, política y económicamente. Después de meses sin grandes batallas, el día 9 los británicos lanzaron una ofensiva en Artois (norte de Francia). El 16, fueron los franceses quienes iniciaron la batalla conocida como *Le Chemin des Dames* (cerca de Reims) y también *ofensiva Nivelle* (por el general que la dirigió), en la que fallecieron o resultaron heridas cerca de 200.000 personas, tres cuartas partes pertenecientes al ejército francés. Fue también un desastre para las tropas africanas que combatían con los franceses: 7.000 soldados senegaleses de los 16.500 que estaban en el ejército murieron en esa batalla. A partir del 17 de abril comenzaron diversos motines de soldados franceses que se extendieron hasta el mes de julio. De estas experiencias surgirá la *Chanson de Craonne*, uno de los himnos contra la guerra:

“Los que tienen la pasta, esos volverán,
ya que por ellos morimos.
Pero se terminó, los soldados
vamos todos a ponernos en huelga.
Os tocará a vosotros, señores gordos,
subiros a la meseta.
Porque si queréis hacer la guerra,
pagadla con vuestra piel”

El estallido de la revolución en Rusia abrió la esperanza de las clases trabajadoras europeas. En **Alemania** empezó a extenderse la idea de “poner fin a la guerra mediante huelgas”. Los primeros días de abril aparecieron en Berlín octavillas de Spartakus (el grupo de Liebknecht y Rosa Luxemburg) llamando a seguir el ejemplo ruso. En ciudades como Hamburgo, Bremen y Nuremberg se produjeron paros en algunas empresas.

Pero fue en Leipzig donde el movimiento tomó mayor fuerza. El 12 de abril, una manifestación de mujeres se reunió frente a la alcaldía en demanda de pan. El 14, una manifestación de obreros exigió en el mismo lugar la mejora de abastecimientos. El 15, se anunció la reducción de pan semanal de 1.350 a 450 gramos. La noticia se envolvió con comunicados celebrando los éxitos de la guerra submarina lanzada por la Armada alemana. Ya había pasado el tiempo del entusiasmo militar. En Berlín, las fábricas respondieron. El día 16, alrededor de 300.000 personas pertenecientes a más de 300 empresas se declararon en huelga y se manifestaron por las calles. Los dirigentes sindicales y de la socialdemocracia, que, recordemos, habían apoyado la guerra, intentaron detener el movimiento. Una asamblea masiva en Leipzig aprobó una resolución exigiendo el aumento de las raciones alimentarias y de las cantidades de carbón para calentar los hogares; se incorporaron reivindicaciones políticas: una declaración del gobierno a favor de una paz sin anexiones; la supresión de la censura y el levantamiento del estado de sitio; la liberación de los presos políticos y el sufragio universal en todas las elecciones. En algunas asambleas de fábrica se exigió la libertad de Karl Liebknecht, el único diputado de la izquierda que votó contra la guerra y que permanecía detenido desde mayo de 1916. En otras, se eligen consejos obreros al estilo ruso.

El gobierno reaccionó militarizando al personal de las empresas en huelga y deteniendo a los dirigentes obreros partidarios de seguir la movilización. Días después, el general Groener declaró: “Nuestros peores enemigos están entre nosotros [...], son los agitadores huelguistas [...]. Quienquiera que se ponga en huelga mientras nuestros ejércitos están frente al enemigo es un perro” (no es un error, dijo “perro”). Una etapa había sido superada. Las masas habían aprendido cómo actuar, y les sirvió en los meses siguientes.

El movimiento, con mayor o menor intensidad, se desarrolló por toda Europa. En **Francia**, durante el mes de enero hubo algunas huelgas en los alrededores de París protagonizadas por mujeres. La mayoría de los hombres estaban en el frente y ellas tenían que soportar largas jornadas y bajos salarios –todo sea por la guerra, decían los capitalistas. En el mes de mayo estalló [la huelga de las costureras](#) que se prolongó durante semanas y que, junto a los motines en el ejército, puso nerviosos a gobernantes y capitalistas.

Se sintió la amenaza expresada años antes por Joseph Joffre, comandante en jefe del ejército francés, cuando declaró: “Si las mujeres que trabajan en las fábricas se detuvieran veinte minutos, los Aliados perderían la guerra”. Hubo también un “brusco aumento de la actividad huelguística en **Inglaterra** [...], en **Austria-Hungría** tumultos por los comestibles y, en las ciudades del norte de **Italia**, violentas manifestaciones contra la guerra” (*La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*. Gerald H. Meaker).

También en **España** las nubes amenazaban tormenta revolucionaria. El bipartidismo de la época se estaba agotando. Las huelgas y movilizaciones contra la carestía de la vida y el aumento de salarios recorrían todo el país. En marzo se produjo una oleada de huelgas en Barcelona, Valencia, Bilbao, Sabadell, Algeciras, Alcira, etc. Del 1 al 3 de abril tuvo lugar una fuerte movilización obrera en Valladolid. El gobierno, temeroso de que se extendiera, declaró el estado de sitio y eso aún agravó más la situación. El 19 de abril dimitió el conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros. “Se iniciaba la crisis más aguda de la España contemporánea” (*La crisis española de 1917*. Juan Antonio Lacomba).

El papel de las personalidades en la historia

En pocas semanas las propuestas de Lenin ganaron la confianza de la mayoría del partido bolchevique y este cambio político representó un giro que preparó el triunfo de la revolución en el mes de octubre. Durante los cien años transcurridos desde 1917 se han escrito miles de páginas para intentar explicar cómo en tan pocos meses esas ideas, tan minoritarias y denostadas, pudieron ganar la confianza de millones de personas. Unos pretendieron explicarlo por el supuesto régimen personalista del partido; otros por el atraso de la sociedad rusa o incluso por una supuesta “alma eslava”. Aun y así, ¿cómo pudo suceder? En realidad, la explicación es más materialista: fue posible por la evolución de las contradicciones sociales y políticas del desarrollo revolucionario, que Lenin supo comprender y a las que dio una formulación adecuada.

No hay duda de que en los procesos históricos ciertas personalidades juegan un papel determinante en la evolución de los acontecimientos. Los dirigentes políticos, como los pensadores o científicos, son siempre el resultado de su tiempo. No son accidentes, ni surgen de la nada, son el producto de la historia y, al mismo tiempo, con capacidad para intervenir en ella. Esa es la grandeza de determinadas personalidades.

Rusia era un país atrasado, pero también con una industria avanzada; con un régimen político autoritario y represivo bajo el zarismo, con una clase burguesa débil, temerosa y dependiente del capital internacional. Esas condiciones habían permitido el desarrollo de una clase obrera concentrada, formada y experimentada en duras luchas, tanto contra la explotación capitalista como contra la falta de libertades (recordemos que en 1905 ya vivió una revolución) y con una intelectualidad en relación con la cultura y la tradición política europea. En ese caldo de cultivo se forjó la personalidad de Lenin.

Más aún, se forjó también en contacto con las luchas obreras y populares, aprendió de esas experiencias y, al mismo tiempo, formó en el marxismo a los futuros dirigentes de la clase trabajadora. Ese inmenso trabajo no podía hacerse de una manera individual, necesitaba de una organización, de un partido en el que compartir y socializar la teoría y la práctica, sin las cuales no puede haber acción revolucionaria. “Las ideas no viven sin organización” –escribiría más tarde el revolucionario italiano Antonio Gramsci-. Lenin jugó un papel decisivo en el desarrollo de la revolución, pero pudo hacerlo por las circunstancias históricas y porque dispuso de una organización que permitió transmitir a millones de hombres y mujeres las propuestas políticas.

Tanto a nivel internacional como en Rusia, el mes de abril anunció un giro, pero todavía quedaba mucho por hacer. “Tenemos poco tiempo y mucho trabajo” –escribirá Lenin-, y recomendará: “Organizar, organizar y una vez más organizar... en cada fábrica, en cada taller, en cada barrio, en cada manzana”. ■

Mayo 1917

La conquista de la tierra

*Todos los viejos vallados y límites caerán,
la tierra no tendrá cercos;
la tierra será libre y libre el trabajo.
(Canción campesina rusa)*

El gran literato ruso Alexander Pushkin escribió en *La hija del capitán*: “El gobierno había creído con demasiada facilidad en el falso arrepentimiento de los astutos rebeldes, los cuales, llenos de rencor, esperaban una ocasión propicia para reanudar la insurrección”. Si a la expresión “astutos rebeldes” le añadimos “campesinos”, tendremos una mejor aproximación a la historia rusa y a los innumerables levantamientos campesinos, que tan a menudo aparecen en la literatura rusa, desde Lermontov (*Vadim*), Belinski (*Dimitri Kalinin*), Gogol (*Almas muertas*), Tolstoi (*Hadji Murat*, *La semilla milagrosa*) a Chejov (*Los campesinos*). Según Friedrich Heer en su libro *Europa, madre de revoluciones*, de 1826 a 1861 están registradas 1.184 sublevaciones campesinas; de 1861 a 1917, 1.200. ¡Son 26 por año durante casi un siglo! No es de extrañar que una de las cuestiones centrales de la revolución fuera el problema agrario.

El atraso ruso y el mantenimiento del régimen zarista estaban muy ligados al régimen de propiedad de la tierra y al sometimiento de los campesinos. Hasta 1861 existió en Rusia el régimen de servidumbre. Los campesinos fueron liberados de ese yugo feudal (tenían que ofrecer tres días de trabajo a la semana al propietario), pero quienes más se aprovecharon fueron los nobles y burgueses, que compraron las mejores tierras comunales. Cuarenta años después, las tierras en manos del campesinado se habían reducido en un 36%. Esta distribución no se había hecho gratis. Los campesinos tuvieron que pagar el rescate de su liberación y el Estado les gravó con derechos de arrendamiento. A principios del siglo XX, los campesinos tenían que pagar como impuesto directo al Estado 1,56 rublos por cada deciatina (medida rusa que equivale a 1,09 hectáreas), mientras que los grandes propietarios sólo pagaban 0,23 rublos. Lo que podía haber permitido un cierto desarrollo capitalista del campo, mediante la creación de una burguesía y una pequeña burguesía ligada a la producción agrícola, la mejora de las condiciones de producción y la elevación del nivel de vida de los campesinos se convirtió en una nueva losa.

En la primera década del siglo XX había en la Rusia europea unos 305 millones de hectáreas de tierra cultivable, seis veces la extensión de España. El zar era el mayor latifundista, poseía más de 5 millones de Ha., una extensión como la suma de Catalunya y la Comunidad Valenciana. Casi 3 millones de Ha. eran propiedad de la Iglesia, como toda Galicia. Más de 76 millones de Ha. estaban en manos de 30.000 grandes hacendados, la misma extensión que poseían unos 10 millones de campesinos. Los grandes propietarios podían disponer como media de unas 2.500 Ha. Para las familias campesinas esa media era de 7,6. Parecen suficientes razones para una revolución en el campo.

El problema agrario siempre estuvo en el centro de la lucha política y social. A mediados del siglo XIX los fundadores del marxismo, Marx y Engels, se ocuparon del problema: “Está claro que la propiedad comunal en Rusia se halla ya muy lejos de la época de su prosperidad y, por cuanto vemos, marcha hacia la descomposición. Sin embargo, no se puede negar la posibilidad de elevar esta forma social a otra superior, si se conserva hasta que las condiciones maduren para ello y si es capaz de desarrollarse de modo que los campesinos no laboren la tierra por separado, sino colectivamente. Entonces, este paso a una forma superior se realizaría sin que los campesinos rusos pasasen por la fase intermedia de propiedad burguesa sobre sus parcelas. Pero ello únicamente podría ocurrir si en la Europa Occidental estallase, antes de que esta propiedad comunal se descompusiera por entero, una revolución proletaria victoriosa que ofreciese al campesino ruso las condiciones necesarias para este paso y, concretamente, los medios materiales que necesitaría para realizar en todo su sistema de agricultura la revolución necesariamente a ello vinculada” (*Acerca de la cuestión social en Rusia*. F. Engels. Abril de 1875). Muchos años después la historia acercaría la predicción a la realidad.

Tras la derrota de la revolución de 1905, el zarismo aprobó la llamada reforma Stolypin, un intento de crear una clase social de propietarios agrícolas que diera una base social y política al zarismo, repartiendo terrenos comunales, o sea, volviendo a “expropiar” a los campesinos y sus bienes comunales. La posición política de los nobles era contraria a cualquier apertura que implicara la más mínima pérdida de sus privilegios. En palabras del conde Saltikov, representante en 1906 en la I Duma (Parlamento): “¡Ni una pulgada de nuestras tierras, ni un grano de arena de nuestros campos, ni una brizna de hierba de nuestros prados, ni una rama de nuestros bosques!”.

El resultado de la reforma Stolypin fue más bien modesto. Efectivamente, surgió una débil clase social burguesa, los *kulaks*, pero al mismo tiempo produjo una mayor proletarización de los campesinos, expulsados de sus pocas tierras y arrebatados sus derechos sobre la propiedad comunal. Unos tuvieron que emigrar a las ciudades y la mayoría malvivieron y subsistieron. La guerra vino a cambiarlo todo. Diez millones de campesinos fueron movilizados. Dos millones de caballos fueron dedicados a tareas militares. La revolución de febrero hizo saltar todo por los aires, también en el campo.

La tierra para el que la trabaja

En la distribución de la propiedad de la tierra, en España había zonas con minifundios y pequeños propietarios, pero la situación de la gran propiedad era comparable a la de Rusia. La mitad de la provincia de Sevilla (unas 738.000 hectáreas) pertenecía a 900 propietarios, algunos de ellos con extensiones de entre 25.000 y 30.000 Ha. En un estudio en 17 municipios de la misma provincia se contabilizaron 118.000 Ha. sin cultivar. En el término municipal de Jerez, 23 individuos poseían 47.730 Ha. En la provincia de Córdoba, 664 propietarios poseían un promedio de 992 Ha. cada uno y 176 un promedio de 2.246. Parecidas cifras podían decirse de provincias como Ciudad Real, Toledo, Cádiz o Zaragoza. Refiriéndose a la Salamanca de esa época se puede leer en el diario *La Publicidad*: “La propiedad rústica se encuentra en poder, casi toda ella, de absentistas, que viven en la Corte y pertenecen a las casas más linajudas y viejas de la nobleza española”. Se refería a los duques de Alba, Sotomayor, Medinaceli, marqués de Cerralbo, etc., lo más granado de la nobleza de la época.

En el año 1917 no hubo agitación social en el campo español, pero desde 1918 a 1921 fueron los de mayor movilización (el historiador Juan Díaz del Moral lo llamó el trienio *bolchevista*), con huelgas generales en el campo, ocupaciones de fincas y ayuntamientos y un enorme crecimiento de la influencia sindical entre los campesinos pobres. En 1919, la Regional andaluza de la CNT contaba con más de 100.000 afiliados. Entre mediados de 1918 y 1919 se afiliaron más de 20.000 trabajadores agrícolas. La exigencia de “la tierra para el que la trabaja” representó el deseo que la revolución rusa puso en práctica: la abolición de la gran propiedad latifundista y el reparto de la tierra. Las movilizaciones lograron aumentos salariales, la eliminación del destajo y el reconocimiento de los sindicatos, pero no lograron confluir con la clase trabajadora de las ciudades, y la represión y el estado de sitio que impuso el gobierno acabaron con ellas. Fue en la Segunda República cuando renació el movimiento campesino.

Llega Trotsky

Los acontecimientos en Rusia siguen su curso. Tras la crisis de abril se formó el primer gobierno de coalición, que nombró a diez ministros representantes de los partidos burgueses y a seis de los socialistas moderados. Nicolás Sujánov, que vivió los acontecimientos y no era nada partidario de los bolcheviques, escribió: “La alianza formal de la mayoría pequeño-burguesa del soviét con la alta burguesía quedaba sellada”. El 4 de mayo, León Trotsky, que había presidido el soviét en la revolución de 1905, llegó a Petrogrado. El “democrático” gobierno de su Majestad del Imperio Británico lo había tenido prisionero durante un mes en la ciudad canadiense de Halifax. Como era habitual, una muchedumbre lo recibió con banderas y cánticos. Al día siguiente se presentó ante el soviét, que le incorporó como miembro sin derecho a voto. Ese mismo día el soviét votaba sobre la formación de un gobierno de coalición entre mencheviques y socialrevolucionarios y los partidos burgueses.

Trotsky tomó la palabra: “No puedo ocultar que disiento mucho de lo que está sucediendo aquí. Considero que esta participación en el gobierno es peligrosa [...]. Debemos recordar tres mandamientos: desconfiar de la burguesía, supervisar a nuestros propios dirigentes y depender de nuestra propia fuerza revolucionaria [...]. Creo que nuestro próximo paso será poner todo el poder en manos de los soviets”. Desde ese momento, se convirtió en uno de los portavoces de las propuestas bolcheviques. En la votación sobre el

gobierno de coalición no lograron reunir más que cien votos de los más de 500 presentes. Había que seguir trabajando pacientemente.

Desde el inicio de la guerra la posición de Trotsky fue coincidiendo con la de Lenin. El proceso revolucionario les acercó aún más, y en las siguientes semanas Trotsky y sus partidarios se integraron en el partido bolchevique, dejando atrás antiguas divergencias y duros debates políticos. Hasta que se impuso la degeneración estalinista sus nombres estuvieron ligados al triunfo de la revolución. La incorporación de probados dirigentes políticos, organizadores y propagandistas, junto con lo mejor y más avanzado de la clase trabajadora reforzó enormemente al partido que iba ganando la confianza de la clase trabajadora y avanzando en su representación en los soviets.

Congreso campesino

Ya hemos analizado que la insurrección de febrero fue básicamente una acción de la clase trabajadora y los soldados. Los campesinos tardaron en reaccionar. Tras la derrota de la revolución de 1905, tuvieron que soportar una represión muy generalizada; además, una parte importante de los jóvenes estaban en el ejército. La prudencia campesina apostó por esperar acontecimientos. Sin embargo, a finales de marzo la agitación empezó a recorrer el campo, las ocupaciones de fincas y las medidas contra los nobles y terratenientes se extendieron y, con altibajos, ya no pararían hasta el triunfo de la revolución en octubre. Estadísticas oficiales reconocieron que en el mes de mayo en 152 casos se apoderaron a la fuerza de fincas; 112 en junio, 387 en julio, 440 en agosto, 958 en septiembre. El número de propiedades en las que se extendieron los conflictos agrarios se elevó en septiembre un 30% en relación con agosto; en octubre, en un 43% en relación con septiembre. A septiembre y las tres primeras semanas de octubre corresponde más de un tercio de todos los conflictos agrarios registrados desde marzo. Hacia el otoño, el territorio de los levantamientos campesinos se extiende por casi todo el país. De los 624 distritos que componían la antigua Rusia, el movimiento se produjo en 482, o sea, el 77%; y si se exceptúan regiones con condiciones agrarias especiales (la región del norte, la Transcaucasia, la región de las estepas y Siberia) la insurrección campesina alcanzó a 439, o sea el 91%.

El 4 de mayo se reunió en Petrogrado el Primer Congreso Campesino de toda Rusia. La formación de soviets en el campo estaba en sus inicios. Las delegaciones eran una mezcla variada de los diferentes sectores que convivían en la sociedad agrícola, desde el mediano y pequeño propietario hasta el obrero agrícola; pero, de una u otra forma, al Congreso llegaron las exigencias campesinas. El Congreso tomó una posición unánime y radical frente a la gran propiedad agrícola: “Todas las tierras pasarán a ser de dominio público, sin indemnización, para ser explotadas y trabajadas de un modo igualitario”. No todo el mundo la interpretó de la misma manera, pero fue el reconocimiento de lo que la mayoría campesina demandaba. Las decisiones de las asambleas campesinas eran tomadas como leyes. “Los campesinos locales -se quejaba el comisario de Nizhny Novgorod- tienen como una idea fija que todas las leyes civiles han perdido su fuerza y que todas las relaciones legales deben ahora ser reguladas por las organizaciones campesinas”. Así empezaron a generalizarse las ocupaciones de tierras. La asamblea provincial de Kazán resolvió el 13 de mayo transferir toda la tierra al control de los comités campesinos. Días después, la asamblea campesina de Samara hizo lo mismo. En la provincia de Kaluga, uno de los comités agrarios quitó a un convento la mitad de la siega de un prado; cuando el prior del convento expuso sus quejas al comité del distrito, éste tomó el acuerdo siguiente: apoderarse del prado entero.

La indignación en el campo iba creciendo. En muchos lugares, los grandes propietarios parcelaban y/o vendían sus propiedades, casi siempre de manera ficticia o a través de testaferros, para evitar ser expropiados. Los medianos propietarios compraban propiedades con la convicción de que las nuevas leyes no les afectarían. Los campesinos exigieron la prohibición de las transacciones de tierras. El gobierno y el partido de los socialrevolucionarios, muy mayoritario en el campo, les decían que debían tener paciencia. Según el historiador E.H. Carr: “El gobierno provisional defendía un “acuerdo voluntario con los propietarios” y retrasarlo todo a la asamblea constituyente, y amenazaba con castigos “si tomaban la ley en sus propias manos” (*La revolución bolchevique. Tomo II*).

Pero los hechos eran testarudos. Una resolución del soviet de Akkerman es un ejemplo de lo que ocurrió por todo el país: “Ante la existencia en el distrito de una enorme área de tierra sin cultivar, que no ha sido arrendada debido al elevado arriendo, el soviet ha recomendado a todos los comités de aldea y de distrito requisar para su cultivo, por medio de comisarios, todas las tierras no cultivadas de propiedad privada, si es imposible llegar a un acuerdo voluntario”.

En el Congreso Campesino tomó la palabra Lenin: “Votamos -dijo- por la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, con un grado máximo de organización. Somos adversarios irreconciliables de las expropiaciones anárquicas. ¿Por qué no estamos conformes con esperar hasta la Asamblea Constituyente? Para nosotros, lo importante es la iniciativa revolucionaria, de la que la ley debe ser el resultado. Si esperáis a que se escriba la ley y os cruzáis de brazos, sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra”.

Alianza obrero-campesina

Resolver el problema agrario era una de las tareas básicas de la revolución. En su *Historia de la Revolución Rusa*, León Trotsky lo expresa así: “Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el Estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917”.

Se trataba de acabar con todos los vestigios de la servidumbre y del poder de los nobles y terratenientes, lo que significaba, en primera instancia, la posibilidad de un desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo. Sin embargo, la débil burguesía rusa llegó tarde y se encontró con un potente movimiento obrero que podía ofrecer a los campesinos una salida diferente.

Por eso, los bolcheviques propusieron la confiscación de las tierras de los terratenientes y su entrega a los campesinos de manera organizada, sin que hubiera daño a los bienes y tomando medidas para incrementar la producción, alertando de que la reforma agraria sólo sería exitosa si se democratizaba completamente el Estado y se caminaba hacia el poder de los soviets de obreros, soldados y campesinos. En una *Carta Abierta* al Congreso Campesino se decía: “para que toda la tierra pase a manos de los trabajadores, es esencial establecer una estrecha alianza entre los obreros de la ciudad y los campesinos pobres. Sin esta alianza no se puede vencer a los capitalistas [...]. La tierra no se come, y sin dinero, sin capital, no pueden comprarse instrumentos de labranza, ni ganado, ni semillas. Los campesinos no deben confiar en los capitalistas [...], sino solo en los obreros de las ciudades”. Los bolcheviques no tenían mucha presencia entre los campesinos, pero, a diferencia de otras tendencias políticas, no había divorcio entre lo que decían y lo que hacían (probablemente, ahora les llamarían “populistas”), por eso su influencia creció rápidamente en las zonas agrícolas y en las aldeas. [Algunos de los debates sobre el problema del campo los aborda [Antoni Domenech en su artículo](#) publicado en *Sin Permiso*, especialmente a partir de la nota 48].

En la práctica, esa alianza se fue forjando de maneras bien diversas. En ciertas fábricas, ya controladas por los trabajadores, se recogían los restos metálicos para fabricar útiles y herramientas que se ofrecían a los campesinos. Los soldados que volvían a las aldeas, heridos o con permiso, contaban lo que pasaba en las trincheras y en las ciudades, y cómo la clase trabajadora intervenía en el proceso revolucionario. Los campesinos acudían a Petrogrado o Moscú a plantear sus reivindicaciones, y del gobierno sólo recibían largas o buenas palabras, mientras que los soviets de obreros y soldados les escuchaban y ofrecían ayuda práctica. Con el paso de los meses, y de los acontecimientos políticos, esos lazos se fueron estrechando y generaron la confianza política necesaria.

Por primera vez en la historia, el campesino iba a encontrar a su director y guía en el obrero. En esto es en lo que la revolución rusa se distingue fundamentalmente de cuantas la precedieron.

La revolución cumplió su palabra. Uno de los primeros decretos aprobados cuando los soviets conquistaron el poder en octubre fue el *Decreto sobre la tierra*:

- 1.- Queda abolida en el acto sin ninguna indemnización la gran propiedad agraria.
- 2.- Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y todas las dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios comarcales y de los Soviets de distrito de diputados campesinos hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.
- 3.- Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revolucionario. Los Soviets de distrito adoptarán todas

las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso en la confiscación de las fincas de los terratenientes, para determinar exactamente los terrenos confiscables y su extensión, para inventariar con detalle todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas, edificios, aperos, ganado, reservas de víveres, etc., que pasan al pueblo.

En el siglo XXI

La situación en el campo ha cambiado mucho en estos cien años, y, sin pretender profundizar en un tema tan importante como éste, podemos plantear algunos elementos. La transformación de la producción agrícola, la mecanización, los grandes avances técnicos y químicos, la explotación intensiva y la mejora de los cultivos han modificado las relaciones sociales en el campo. En su conjunto, el capitalismo ha evolucionado concentrando cada vez más la propiedad, convirtiéndose en más monopolista y extendiéndose por todo el globo; es lo que llamamos globalización. El campo también se ha visto afectado por esas tendencias generales, la propiedad se ha ido concentrando, por un lado, en manos de los grandes terratenientes y, por el otro, en las grandes empresas que han invertido en la compra de tierras para explotarla con los más avanzados métodos de producción capitalista. Eso ha supuesto la expulsión de millones de campesinos de sus tierras y la proletarianización de quienes se han quedado.

El hambre de tierra no se ha resuelto. La lucha de los campesinos en muchas zonas del globo sigue siendo por el reparto de la tierra, por disponer de medios para gestionar su vida. Recordemos el levantamiento zapatista de principios del siglo XXI, las luchas del MST en Brasil, o en países asiáticos como India, Indonesia, o las exigencias del Sindicato de Obreros del Campo de Andalucía.

La modernización del campo y el gran aumento de productividad no han evitado que el hambre siga presente en muchas zonas del globo. El beneficio capitalista siempre se antepone a las necesidades de la humanidad. En la organización capitalista de la producción agrícola se imponen precios de miseria a los agricultores a cambio de comprarles toda la producción, lo que traslada toda la presión económica a los obreros agrícolas, muchas veces inmigrantes, con unos sueldos ridículos y unas jornadas de trabajo inacabables. Y ni siquiera eso supone un descenso generalizado de los precios agrícolas para el consumo.

La concentración capitalista no sólo se expresa en la propiedad de la tierra, también lo hace en la propiedad de las semillas y en la limitación de la diversidad; de este modo las variedades más rústicas y mejor adaptadas a las condiciones climáticas de cada zona acaban de facto relegadas al olvido (¡cuando no desaparecen!) en beneficio de otras más productivas y con patente privada que no están adaptadas, lo que implica a su vez un mayor consumo de fertilizantes y pesticidas. Se cierra así el círculo para algunas de estas empresas del sector agroquímico, como Monsanto, que controlan e imponen determinadas variedades a nivel mundial.

Además, el sistema capitalista agrícola tiende cada vez más a producir cultivos industriales, sustituyendo cultivos que durante siglos se han producido en cada área, limitando la biodiversidad por la tendencia a producir unos pocos cultivos.

La soberanía alimentaria solo puede garantizarse si la investigación y los medios de producción y distribución agrarios, empezando por la producción de semillas y acabando por el consumo de proximidad, están en manos de la mayoría y obedecen a sus intereses.

De hecho, a pesar de los cambios en el campo, siguen sin resolverse las contradicciones entre la gran propiedad capitalista de la tierra, las exigencias de tierra para los campesinos y la necesidad de producir la cantidad de alimentos suficientes en condiciones ecológicas adecuadas y a precios asequibles. Resolver tales contradicciones está ligado a la ruptura con el sistema capitalista. Habrá que continuar lo que empezaron las masas obreras y campesinas en la Rusia de 1917, teniendo en cuenta los cambios producidos y las diferentes circunstancias históricas. ■

Junio 1917

La paciencia se agota. En España, Juntas militares

*“No solo necesitamos ponernos al día
con las clases contra las que estamos luchando,
sino superarlas.*

*Ahora somos los dueños de nuestras propias vidas
y por eso debemos ser maestros
de todas las armas del conocimiento”.*

(De un boletín de actividad cultural de la empresa Putilov)

Han pasado poco más de tres meses desde que en febrero la revolución acabó con el zarismo. Se logró por el esfuerzo y la acción de las masas trabajadoras, pero el poder pasó a manos de la burguesía, que tuvo que convivir con los soviets en una situación de doble poder. Tras las jornadas de abril, la presión de las masas obligó a la formación de un gobierno de coalición formado por diez ministros capitalistas y cinco socialistas moderados. El gobierno seguía siendo incapaz de responder a las exigencias de la revolución: paz, pan, tierra y mejores condiciones de vida, y en junio se abrió una nueva crisis. Mientras, en España, ese mismo mes los cuadros medios del ejército pusieron en un brete al régimen de la Restauración, inaugurando así un trimestre convulso. En julio, una reunión de parlamentarios exigirá una mayor autonomía para Catalunya y en agosto los sindicatos convocarán una huelga general.

En España, los militares entran en acción

La evolución política en nuestro país tenía un desarrollo mucho más lento. La organización y conciencia del movimiento obrero estaba mucho más atrasada si la comparamos con el resto de Europa, y aunque España no participó en la guerra, beneficiándose económicamente de ella, sus repercusiones abrieron una profunda crisis en la monarquía de Alfonso XIII.

Durante todo el siglo XIX, el Ejército fue la columna vertebral de la vida política. Los numerosos golpes de Estado, los pronunciamientos, las guerras carlistas y la presencia colonial le dieron un papel por encima de las instituciones y, en todo caso, solo supeditado a la Monarquía. La pérdida de las colonias de Cuba y Filipinas en 1898 lo dejó desorientado y sin un papel específico. Un Ejército nacionalista con grandes ideales de antiguas conquistas, pero de “escasa paga, servicio monótono y sin aliciente, ante una sociedad que consideraba la milicia como innecesaria”. (*La crisis española de 1917*. Juan Antonio Lacomba).

La guerra de Marruecos (1909-1926) le dará un sentido, mantener la opresión colonial, y será una de las causas de la crisis militar de junio de 1917. Las Juntas de Defensa tuvieron su origen en el malestar de los cuadros medios del ejército, desde tenientes hasta comandantes, debido al sistema de ascensos militares. Para poder ascender, y por lo tanto aumentar salario y nivel social, era casi imprescindible ir a Marruecos. Pero para ir había que contar con el enchufismo y favoritismo tan típico en nuestra tradición. Según el historiador Vicens Vives, las Juntas se formaron “como expresión de reivindicaciones profesionales y amenaza potencial contra la incompetencia de los gobiernos parlamentarios”.

Las reivindicaciones profesionales, un único escalafón y que los ascensos fueran por antigüedad se convirtieron en un desafío contra los altos mandos y contra el sistema de funcionamiento de la Restauración borbónica de Alfonso XIII. Las Juntas, con una fuerte implantación en Barcelona, se extendieron por todo el Estado -aunque fueron débiles en Madrid-, logrando imponer sus condiciones al gobierno. Pusieron patas arriba

la disciplina militar, ya que los mandos sólo obedecían a las juntas, y eso ponía en cuestión a los generales y a los capitanes generales de las regiones militares. La detención de la Junta de Barcelona fue el desencadenante de un movimiento de solidaridad en todo el Estado. Las Juntas declararon que la tropa solo les obedecería a ellas; en algunas regiones se presentaron de forma amenazadora ante los gobernadores o capitanes generales y le dieron al gobierno un plazo de doce horas para que liberara a los detenidos. El Consejo de Ministros tuvo que reunirse de urgencia y decidió liberar a la Junta de Barcelona y también a las que habían sido detenidas en La Coruña, Vitoria, Sevilla y Badajoz. Además, tuvo que aceptar que los ascensos se realizaran por antigüedad. El escritor catalán Josep Pla escribió: “El Ejército en bloque se puso detrás de la infantería. El golpe estaba dado y el Ministerio quedaba como un cadáver flotante. El hecho iniciaba, en realidad, la supeditación de la vida civil y política española a la exigencia militar”.

Lo que empezó como una rebelión contra los mandos del Ejército y contra el sistema corrupto de la Restauración borbónica se transformó en una intervención militar que determinó la evolución política. Los mismos militares que formaron las Juntas participaron directamente en la represión de la huelga general del mes de agosto, pero también hirieron de muerte al régimen de la Restauración monárquica. Desde junio de 1917 hasta la dictadura militar de Primo de Rivera en 1923 se produjeron en España 14 crisis totales de gobierno, se convocaron cuatro elecciones generales y hasta tres presidentes del Consejo de Ministros cayeron por directa presión militar. El escritor Miguel de Unamuno lo reflejó así: “¿Qué pasa en España? Lo que aquí está pasando es algo así como una revolución, sin revolucionarios”.

Una catástrofe inminente

Bien diferente era en Rusia. Un proceso revolucionario significa la aceleración de los conflictos sociales y de la conciencia de las clases. Toda revolución exige claridad de propuestas y medidas enérgicas para realizarlas. El gobierno y los socialistas moderados iban perdiendo la confianza de las masas con la misma rapidez que crecía la confianza en los bolcheviques.

“¿Cuándo va acabar esto? –escribe Lenin. ¿Debemos esperar a que el desastre arrase el país y la gente comience a morir de hambre por cientos y miles?”. La situación económica iba de mal en peor. La producción metalúrgica cayó un 40% y la textil un 20%. El precio del pan se multiplicó por tres. En junio se racionó el consumo de azúcar. En las ciudades había escasez de carne. El ferrocarril, medio básico de comunicación en un país tan enorme, estaba muy desorganizado. En algunas líneas el número de locomotoras fuera de servicio alcanzaba el 50%.

Este desbarajuste agudizaba las dificultades para el transporte de mercancías y el abastecimiento, las ciudades apenas recibían el 10% de sus necesidades. La carestía de la vida estaba completamente descontrolada. La inflación llegó al 400% anual. Comparando los precios con los existentes antes del inicio de la guerra, el azúcar había aumentado un 2.600%, la patata un 1.900%, el pan un 1.500% y la carne un 400%. La situación de las masas trabajadoras oscilaba entre la penuria y el hambre.

Los patronos, que durante la guerra habían tenido beneficios multimillonarios, se enfrentaban a la presión y exigencias de la clase trabajadora. Recordando la experiencia de la revolución de 1905, intentaron imponer un *lockout* (el cierre generalizado de las empresas). La prensa de derechas empezó una campaña para amedrentar. *Riech*, el periódico de los kadetes (algo así como el PP actual) publica: “Pasarán dos o tres semanas y las empresas empezarán a cerrarse una tras otra”. Durante marzo y abril cerraron 129 pequeñas empresas que daban trabajo a 9.000 personas; en mayo fueron 108, con igual número de trabajadores; en junio 125, que afectaron a 38.000 obreros y obreras; en julio fueron 206, que daban ocupación a 48.000. La situación era insostenible.

Durante este mes de junio, los sectores más atrasados y explotados se pusieron en huelga (lavanderas, tintoreros, dependientes de comercio, zapateros, etc.) Por el contrario, los metalúrgicos tendieron a contener el movimiento, conscientes de que las luchas parciales ya no resolvían nada, que hay que “remover los cimientos”. Una resolución de la asamblea de la fábrica Putilov, en la que trabajaban unas 30.000 personas, llama a “contener la legítima protesta” para prepararse y organizarse mejor, pero la situación es tan grave que también se alzaron voces impacientes contra los bolcheviques. Delegaciones de obreros y obreras de todo el país acudieron a Petrogrado a pedir que el Estado se hiciese cargo de las empresas, en unos casos porque los empresarios habían huido y, en otros, porque pretendían cerrar. Desde febrero, en muchas empresas se habían

formado comités de fábrica que se ocupaban de controlar a los empresarios y la producción. Pero el gobierno ni respondía ni quería afrontar ese problema. Conclusión: cada vez más sectores de la clase trabajadora opinaban que había que cambiar el gobierno, que los soviets debían adueñarse del poder. Así iba creciendo la autoridad de los bolcheviques.

Pero no solo era eso. En realidad, buena parte de la producción que funcionaba estaba determinada por las necesidades de la guerra, y, sin embargo, una mayoría importante de la población trabajadora consideraba que la guerra no debía continuar. Las necesidades de alimentar al frente se anteponían a las de la población de la retaguardia, y no pocas veces eso fue causa de enfrentamientos. El gobierno seguía empeñado en su política imperialista: preparaba una nueva ofensiva militar en el frente y apoyaba la ocupación de Albania por Italia, o de Persia por Gran Bretaña y la conversión de Grecia en un protectorado británico. El 12 de junio, el gobierno de coalición volvió a imponer la pena de muerte en el frente para los soldados que se insubordinaran o desertaran. La población quería acabar con la guerra; el gobierno seguía detrás de los planes imperialistas. No tardará en llegar el choque, máxime cuando la patronal explicita que “el origen del mal no está solamente en los bolcheviques, sino que está también en los partidos socialistas. Sólo una mano firme, una mano férrea puede salvar a Rusia”. La advertencia de un golpe militar no podía ser más clara.

Recuento de fuerzas

El mes de junio se convirtió en la ocasión para recontar las fuerzas de la clase trabajadora. Se celebran tres reuniones importantes: la de los comités de empresa, la de los sindicatos y el congreso de los soviets de obreros y soldados de toda Rusia. Estas organizaciones, junto a las de los campesinos, representan al conjunto de las fuerzas organizadas de las clases trabajadoras. De ellas dependerá el futuro de la revolución en los próximos meses.

Los **comités de fábrica** surgieron de los comités de huelga elegidos durante la huelga general de febrero. Se mantuvieron como representación obrera ante la huida de empresarios o para controlar el proceso productivo y progresivamente fueron interviniendo en casi todos los aspectos de la organización del trabajo, y también fueron ocupándose de otras actividades en las empresas: culturales, guarderías, coros, conferencias, actividades de ayuda mutua, etc. En su conferencia, celebrada entre el 30 de mayo y el 3 de junio, se reunieron 499 delegados y delegadas (el sector del metal aportó 261), en su mayoría de Petrogrado y sus alrededores. Se debatieron temas relativos al estado de la industria, al control y regulación de la producción, su relación con los sindicatos y también sobre la actitud ante el gobierno de coalición. Las propuestas bolcheviques obtuvieron 297 votos, 21 en contra y 44 abstenciones. Fue una confirmación del avance de su influencia. Se eligió un Consejo General de 25 personas. Los comités de empresa jugaron un papel muy importante en la puesta en marcha del control obrero sobre la producción, que fue decisivo para la organización del trabajo tras el triunfo en octubre. Los comités de empresa encabezaron también la organización de las milicias obreras para luchar contra la contrarrevolución.

En Rusia no habían existido **sindicatos** obreros legales. En los pocos meses que duró la revolución de 1905 apenas hubo tiempo para su constitución. Los intentos del zarismo para controlar a la clase trabajadora, como hicieron los fascistas mientras duró el franquismo, fueron fracasando. Por eso, la revolución supuso un gran impulso para la organización sindical de la clase trabajadora. A la conferencia de los sindicatos de toda Rusia, que se reunió entre el 21 y el 28 de junio, asistieron 211 delegados con voz y voto en representación de alrededor de 1.400.000 afiliados. 73 de ellos eran bolcheviques. Reaparecieron debates antiguos sobre la neutralidad o no del movimiento sindical, sobre si sólo debían ocuparse de las reivindicaciones laborales, y debates del momento sobre la actitud que el movimiento sindical debía tomar frente a la guerra imperialista o el gobierno de coalición. Por tan solo 12 votos se impusieron las opiniones de los mencheviques, los socialistas moderados.

Sin duda, el acontecimiento más importante fue el Congreso de los **soviets**, que se celebró en Petrogrado del 3 al 24 de junio. Estuvieron presentes todos los revolucionarios que habían combatido al zarismo. Entre todos sumaban siglos de cárcel, de persecución y de exilio. Se reunieron 1.090 delegados -822 de los cuales tenían voz y voto- que representaban a 305 soviets, más 53 soviets regionales y 35 organizaciones del ejército. Tenían voz y voto los soviets con más de 25.000 miembros. Los que representaban de 10.000 a 25.000 sólo tenían voz. Con esos datos se calcula que en el congreso estaban representadas más de 20 millones de personas. De los 777 delegados que facilitaron datos sobre su filiación política, 285 eran socialrevolucionarios, 248 mencheviques y 105 bolcheviques; después venían otros grupos menos nutridos y 73 independientes. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados.

Los debates giraron en torno a dos cuestiones principales: a/ la actitud ante el gobierno de coalición y las medidas para luchar contra la crisis y b/ la guerra. La posición mayoritaria, representada por los mencheviques y los socialrevolucionarios, proponía supeditar los soviets al gobierno de coalición y, presionados por los aliados británicos y franceses, propusieron que el congreso apoyara una resolución a favor de una ofensiva militar contra los alemanes. Los bolcheviques defendieron que los soviets representaban a la mayoría de las clases trabajadoras, que esa mayoría estaba en condiciones de tomar el poder y propusieron que este pasara a los soviets.

En el desarrollo del congreso, para defender su posición de alianza con la burguesía, Tsereteli, ministro de Correos, dirigente del soviets y socialista moderado, dice desde la tribuna: “En este momento no hay en Rusia ningún partido que diga: “Dadnos el poder. Marchaos, nosotros ocuparemos vuestro lugar. Ese partido no existe entre nosotros”. Una figura se levantó de su butaca y declaró: “Sí, ese partido existe” (*¿Cuándo amanecerá, camarada?* Jean-Paul Ollivier). Es Lenin quien responde. La mayoría del congreso se burla, pero la idea de que el poder debe pasar a los soviets es cada día más popular.

Los partidarios de mantener la coalición con la burguesía obtuvieron una amplia victoria: 543 votos favorables frente a 126 contrarios. Sin embargo, la moción aprobada limitaba la confianza a los ministros socialistas y al programa gubernamental, pero no a los ministros burgueses del gobierno. La mayoría del congreso acordó también dar apoyo a la ofensiva militar que preparaba el gobierno de coalición. Será un fracaso militar y político y una pérdida de vidas humanas.

Una lección de táctica

La grave situación económica y el anuncio de una ofensiva militar tensaron aún más la situación a lo largo del mes de junio. Los bolcheviques decidieron convocar una manifestación pacífica para el 10 de junio, con el Congreso de los soviets reunido. Sin embargo, la mayoría del soviets recibió esta convocatoria como una amenaza y decidió prohibirla con la excusa de que la contrarrevolución podría aprovechar la situación. El escándalo fue mayúsculo. Es la primera vez que se prohibía una manifestación. El dilema tenía una difícil solución. ¿Hay que ceder a las amenazas y suspender la manifestación? ¿Hay que defender el derecho a manifestarse y enfrentarse a la mayoría del soviets? Después de muchos y difíciles debates, los bolcheviques deciden suspenderla. Envalentonados, los socialistas moderados deciden convocar una manifestación para el domingo siguiente con el objetivo de que las masas expresen su apoyo al gobierno de coalición y a la ofensiva militar.

El 18 de junio, las calles de Petrogrado se llenan de manifestantes. Más de 500.000 personas ocupan el centro de la ciudad, pero, para sorpresa de muchos, en las pancartas y los gritos solo se leen y escuchan las consignas de los bolcheviques: “Todo el poder a los soviets”, “Guerra a los palacios. Paz en las cabañas”, “Abajo los diez ministros capitalistas”, “No a la guerra”. Es la constatación de un cambio en la conciencia y en las exigencias de las masas: quieren que se acabe la guerra y echar a los burgueses del gobierno. Algunos sectores obreros, que sienten la presión y desesperación de la gente, quisieron aprovechar el momento para ir más allá, hasta provocar la caída del gobierno. Lenin tuvo que emplearse a fondo para convencer a quienes querían ir más rápido que la conciencia y organización de la mayoría.

“Cualquier movimiento errado de nuestra parte –dice– puede arruinar todo [...]. Dijimos muchas veces que la única forma posible de gobierno revolucionario es la del soviets de los diputados soldados, obreros y campesinos. ¿Cuál es el peso exacto de nuestra fracción en el soviets, incluso en el soviets de ambas capitales, por no hablar del resto? Estamos en una minoría insignificante. Este hecho no puede ser ignorado. Muestra que la mayoría de las masas está protestando, pero todavía cree en los mencheviques y socialistas revolucionarios”. Concluye Lenin: “Por todos los medios están tratando de provocarnos para una acción aislada y apresurada [...], y no les daremos ese gusto. Y cuando las masas vean que el gobierno de coalición las está defraudando –y los eventos de los últimos días muestran esa decepción– vendrán hacia los bolcheviques, el único partido que no está comprometido con los explotadores. Los hechos no deben ser anticipados. El tiempo está de nuestro lado”. Aún habrá que pasar duras pruebas, pero los hechos le darán la razón. ■

Julio 1917

Más que una demostración, menos que una revolución

*“Los que hacen la revolución a medias
no hacen más que cavarse su propia tumba”.*
(Louis Saint Just, revolucionario francés (1767-1794))

En Rusia la situación estaba llegando al límite. El gobierno de coalición no daba respuesta ni perspectivas para acabar con la guerra, la situación económica y de miseria de las masas era insoportable, no se había hecho nada respecto a las grandes propiedades latifundistas, la rebelión campesina se iba extendiendo por todo el país y las naciones oprimidas por el zarismo empezaban a exigir sus derechos, especialmente Finlandia y Ucrania. Ningún proceso revolucionario es lineal. No hay un sendero recto hacia la victoria, ni lo hay hacia la derrota. Las revoluciones tampoco son simples expresiones espontáneas de la lucha entre las clases -lo cual no descarta que haya acciones que lo sean-, sino que tienen sus leyes, y los y las revolucionarias tienen el deber de estudiarlas, conocerlas y aprender a guiarse en esos momentos críticos de la conflictividad entre las clases sociales. En el mes de julio ocurrió lo que, con variantes, se produce en toda revolución: el momento en el que las masas intentan dar otro paso adelante y, sin embargo, no disponen todavía de la organización y conciencia necesaria, o no tienen la fuerza para lograrlo. En esos momentos de giro, de cambio brusco y enfrentamientos, es cuando más se necesita una organización política que pueda acompañar a las masas, vivir conjuntamente sus experiencias, incluso si son negativas, y organizar la retirada para que no se convierta en una desbandada; y, sobre todo, para poder sacar las lecciones que permitan preparar nuevas y decisivas batallas. En esas circunstancias es cuando una organización política, un partido, es puesto a prueba.

Las jornadas de julio

2 de julio: Los ministros burgueses (del partido kadete) abandonaron el gobierno después de conocerse la derrota de la ofensiva militar iniciada en junio (más de 56.000 soldados perdieron la vida entre el 18 de junio y el 6 de julio). Utilizaron como excusa las diferencias ante la crisis que había estallado sobre los derechos nacionales en Ucrania, pero la realidad es que querían presionar para que mencheviques y socialrevolucionarios tomaran medidas más exigentes contra el desarrollo de la revolución. En sus *Memorias*, el dirigente menchevique Sujánov escribió: “La ciudad tenía la sensación de hallarse en vísperas de una explosión”.

3 de julio: Demostración espontánea en Petrogrado. El periódico del soviét, *Izvestia*, relató así los hechos: “A las cinco de la tarde salieron armados a la calle el primer regimiento de ametralladoras, parte de los regimientos de Moscú, de Granaderos y de Pavl, a los cuales se unieron grupos de obreros [...]. A las ocho, empezaron a afluir delante del palacio de Ksechinskaya (sede de los bolcheviques) fuerzas de los regimientos, armados y equipados, con banderas rojas y cartelones en los que se pedía la entrega del poder a los soviets. A las diez y media se dio un mitin en el patio del palacio de Táurida (sede del Comité ejecutivo del soviét). Una parte de los regimientos mandaron una delegación al Comité central ejecutivo, al cual formularon las siguientes demandas: separación de los diez ministros burgueses; todo el poder al soviét; suspensión de la ofensiva; confiscación de las imprentas de los periódicos burgueses; nacionalización de la tierra; control de la producción”. Para los bolcheviques la acción era prematura e intentaron que no se realizara, pero el descontento y presión de las masas la hizo inevitable. Durante la noche tuvieron que cambiar de posición y acordaron que la manifestación fuera “pacífica y ordenada”. Kámenev (dirigente bolchevique) declaró: “Nosotros no hemos incitado a la acción; pero las masas populares se han lanzado a la calle por propia iniciativa [...]. Y puesto que las masas han salido, nuestro sitio está junto a ellas. Nuestra misión consiste ahora en dar al movimiento un carácter organizado”. El gobierno llamó a tropas del frente, cosacos y otros regimientos armados para que les defendiera y reprimiera a los manifestantes.

4 de julio: La huelga fue general en toda la ciudad. Unas 500.000 personas ocuparon el centro de la ciudad bajo el lema "Todo el poder a los soviets". Eran columnas organizadas protegidas por soldados armados. También participaron los marinos de Kronstadt, una isla que cierra el golfo de Petrogrado y que era un baluarte revolucionario. "Si se prescindiera de los resultados políticos, hay que reconocer que era imposible contemplar sin embeleso aquel admirable movimiento de las masas populares", escribió Sujánov. Querían presionar a los dirigentes de los soviets para que tomaran el poder, pero éstos se pronunciaron en contra e incluso acusaron a los manifestantes de "hacer el juego a la contrarrevolución". Diversos relatos explicaron una anécdota muy significativa de la situación. Chernov, ministro de Agricultura y uno de los dirigentes mencheviques en el soviets, se encontró con un grupo de manifestantes, y un obrero, dirigiéndose a él, le dijo: "¡Toma el poder, hijo de perra, puesto que te lo dan!". Pero los mencheviques y los socialrevolucionarios no lo hicieron. Siguieron manteniendo su alianza con la burguesía. Pequeños grupos de cosacos, antiguos policías y gente armada de la reacción, escondidos en edificios, dispararon a los manifestantes y se produjeron los primeros enfrentamientos armados. Hubo 29 muertos y 114 heridos, repartidos aproximadamente entre ambos bandos. Cuando ya por la noche las masas de soldados y obreros y obreras se retiraron a sus barrios, el centro de la ciudad empezó a ser ocupado por tropas leales al gobierno.

5 de julio: Empieza a desencadenarse la represión. En la madrugada, un grupo de cosacos y militares asalta la redacción del periódico bolchevique *Pravda* (La verdad) y destruye todas sus instalaciones. Un periodicocho de extrema derecha publica un vil y fantasioso informe que acusa a Lenin de ser un agente a sueldo del gobierno alemán. La prensa de derechas se hace eco inmediatamente y magnifica el infundio. Por todo el país la calumnia se convierte en el método para debilitar y desprestigiar a los bolcheviques. El príncipe Lvov, que había presidido el gobierno provisional, declaró sobre los hechos: "Estoy convencido de que la "profunda brecha" que hemos logrado abrir en el frente de Lenin tiene un significado incomparablemente mayor que la brecha abierta por los alemanes en nuestro frente suroeste". La contrarrevolución está a punto. Lamentablemente, contó con la ayuda de los mencheviques y de los socialrevolucionarios.

6 de julio: Los obreros y obreras vuelven al trabajo. Se llevan a cabo detenciones indiscriminadas de militantes revolucionarios y se desarma a algunos de los regimientos que participaron en las manifestaciones. Lenin y Zinoviev tuvieron que pasar a la clandestinidad para evitar ser detenidos. En el balance de estos días, escribirá Trotsky: "Los obreros y soldados, al tropezar con la resistencia armada precisamente del órgano al cual querían dar el poder, quedaron desorientados con respecto al fin que perseguían. El potente movimiento de las masas se vio privado de su eje político. El ataque de julio quedó reducido a una manifestación realizada, en parte, con los recursos propios del levantamiento armado. Con el mismo derecho se puede decir que fue una semiinsurrección por un fin que no permitía otros métodos que la manifestación" (*Historia de la Revolución Rusa*).

7 de julio: Se forma un gobierno transitorio encabezado por Kerenski. Los kadetes, el partido de la burguesía, han abandonado el gobierno, pero mencheviques y socialrevolucionarios siguen buscando un acuerdo con ellos.

8 de julio: Kornilov, uno de los jefes militares, da orden de que se dispare contra los soldados si se baten en retirada. Previamente había solicitado que se restableciera la pena de muerte.

12 de julio: El gobierno restableció la pena de muerte. En Helsinki no solo se detuvo a bolcheviques, sino también a socialrevolucionarios de izquierda cuyos compañeros estaban en el gobierno. Se prohíben las manifestaciones en la calle, pero ante la amenaza de la rebelión campesina, el gobierno decreta la limitación de la compraventa de tierras.

13 de julio: El gobierno prohíbe que todas las personas inculpadas participen en los comités ejecutivos de los soviets. En la práctica, esto significaba poner a los bolcheviques fuera de la ley. Se proscribió toda la prensa bolchevique.

19 de julio: Se nombra a Kornilov comandante en jefe del Ejército. Éste impone sus condiciones: devolución de la autoridad a los oficiales y restricción del poder de los comisarios (nombrados para vigilar a los oficiales zaristas); arresto y juicio sumarísimo a los agitadores en el frente; prohibición de las asambleas de soldados; censura de los diarios distribuidos entre las tropas; disolución de las unidades más revolucionarias y, posteriormente, la militarización de las fábricas y los ferrocarriles. Cinco semanas después Kornilov encabezará un golpe militar contra la revolución y contra el gobierno que le nombró. La burguesía se reorganiza, exige medidas contra los obreros y casi abiertamente empieza a preparar un golpe de Estado.

24-25 de julio: El comité ejecutivo de los soviets aprueba por 147 votos a favor, 46 en contra y 42 abstenciones la formación del nuevo gobierno. Nunca había habido tanta oposición. Formalmente la mayoría de los ministros eran socialistas moderados, pero la realidad es que estaban en manos de los burgueses y sus medidas políticas así lo confirmaban. Ese mismo día se detiene a Trotsky, Lunacharski y a otros dirigentes bolcheviques.

Las jornadas de julio representaron un pronunciado giro en el proceso revolucionario. Era la tercera crisis importante. En abril, las masas reaccionaron contra la continuación de la guerra; en junio, pidieron que los soviets tomaran el poder; en julio, la demostración armada volvió a exigir lo mismo. Lenin escribió: “Lo común a las tres es el descontento desbordante de las masas, su indignación contra la burguesía y su gobierno”.

Pero en julio, la burguesía logró imponerse a la clase trabajadora. Mediante la calumnia y la represión empezaron a mostrar sus verdaderas intenciones: había que domesticar o acabar con la revolución. Las jornadas de julio mostraron que las posiciones conciliadoras e intermedias, representativas de sectores de la pequeña burguesía, estaban perdiendo peso a pasos acelerados. En palabras del revolucionario francés Saint Just, se estaban cavando su propia tumba. La lucha política y las contradicciones de la revolución se orientaban hacia una dictadura militar de la burguesía o hacia la victoria de la clase trabajadora y los campesinos.

Las experiencias del mes de julio enseñaron a las masas que la toma del poder era un problema más complejo de lo que podían imaginarse. Habían presionado a los dirigentes, y éstos no solo habían hecho caso omiso, sino que les habían llamado contrarrevolucionarios. “Todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa -escribió Lenin- se han desvanecido para siempre”. Este hecho tuvo importantes repercusiones en el futuro. Hasta julio, la fuerza de la revolución y la debilidad de la burguesía hubieran permitido un tránsito pacífico del poder a manos de la clase trabajadora, evitando con ello muchos sufrimientos y muchas pérdidas humanas y materiales. Este tránsito habría dificultado enormemente la capacidad de la burguesía y los militares para reorganizarse y declarar la posterior guerra civil que asoló el país y, finalmente, podría haber anticipado las negociaciones de paz con las potencias imperialistas. Es una reflexión que nunca se podrá comprobar, pero que vale la pena tener en cuenta a la hora de valorar que en un proceso revolucionario las políticas conciliadoras con los enemigos de clase suelen tener peores y más costosas consecuencias para las clases trabajadoras.

Algo se rompió definitivamente entre los obreros y los conciliadores. Los que eran sus dirigentes se habían enfrentado a la gente movilizada no solo con argumentos políticos sino con las armas, causando muertes y deteniendo a centenares de obreros y obreras. Las cosas ya no podían seguir igual. Sirva un hecho como ejemplo: el gobierno de coalición, encabezado por Kerenski y con la presencia de unos cuantos ministros, organizó con todo boato el entierro de los cosacos muertos en los enfrentamientos; los obreros fallecidos tuvieron que ser enterrados casi clandestinamente. La coalición ya no era un imaginario ni un punto intermedio (que nunca fue real), sino una apuesta por las fuerzas reaccionarias de la sociedad.

Espontaneidad y conciencia

La complejidad de las jornadas de julio podría expresarse de la siguiente manera: las masas presionaron de una manera confusa para que la revolución respondiera a sus exigencias; los conciliadores no querían tomar el poder y la burguesía no tenía fuerza para actuar por sí misma. ¿Podían entonces los bolcheviques tomar el poder? Para organizar la calumnia y la represión contra ellos se difundió el bulo de que habían preparado la insurrección. Nada más cierto. Ellos mismos se vieron superados por los acontecimientos; en ese sentido se expresó la espontaneidad de las masas. La conciencia, lo que se le debe exigir a una organización política, la pusieron los bolcheviques. Trotsky lo explica así: “Si el partido bolchevique, obstinándose en apreciar de un modo doctrinario el movimiento de julio como “inoportuno”, hubiera vuelto la espalda a las masas, la semiinsurrección habría caído bajo la dirección dispersa e inorgánica de los anarquistas, de los aventureros que expresaban accidentalmente la indignación de las masas, y se hubiera desangrado en convulsiones estériles. Y, al contrario, si el partido [...] hubiera renunciado a su apreciación de la situación y se hubiera deslizado hacia la senda de los combates decisivos, la insurrección hubiera tomado indudablemente un vuelo audaz, los obreros y soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se hubieran adueñado del poder para preparar luego, sin embargo, el hundimiento de la revolución. A diferencia de febrero, la cuestión del poder en el terreno nacional no habría sido resuelta por la victoria en Petrogrado. La provincia no hubiera seguido a la capital” (*Historia de la Revolución Rusa*).

En ese sentido, acontecimientos como los de julio, que en otras revoluciones significaron una derrota definitiva, no fue decisiva en Rusia. Fue una derrota, desmoralizó a sectores obreros, pero el trabajo de conciencia y organización permitió defenderse y reorganizar las fuerzas y, sobre todo, estar preparados. “No hay que mirar hacia atrás, sino hacia adelante -escribió Lenin-. Hay que partir del hecho de que la contrarrevolución burguesa triunfó; que triunfó porque los mencheviques y socialrevolucionarios pactaron con ella, y que solo puede ser vencida por el proletariado revolucionario” (*Sobre las consignas*). A finales de julio parecía imponerse la contrarrevolución, pero pronto se vería que era un espejismo.

“Si no se actúa viene la revolución”. Reunión de parlamentarios en Barcelona

Si una cosa ha identificado a las clases dirigentes del Estado español -residan en Madrid, Barcelona o Bilbao- a lo largo de la historia ha sido su cobardía, su supeditación a monarcas y militares y su miedo a la acción de las clases trabajadoras. Nunca osaron dirigir a la nación para romper con el pasado, modernizar el país y elevar su nivel material y cultural, ni siquiera cuando las condiciones históricas se lo pusieron en bandeja. Una de esas ocasiones tuvo lugar durante el verano de 1917.

La Restauración borbónica de Alfonso XIII y el bipartidismo de la época estaban tocados de muerte. Desde febrero de 1917 las Cortes estaban suspendidas y se gobernaba mediante decretos. Las consecuencias de la guerra se hacían sentir en la vida cotidiana de la población, el coste de la vida se había incrementado y cundía una enorme conflictividad social (en 1916 se duplicó el número de huelgas en Barcelona; los obreros ganaron el 29% de los conflictos, frente al 18% del año anterior). En el mes de junio, la protesta de las Juntas Militares había obligado al gobierno a ceder a sus exigencias, agudizando aún más la crisis del régimen. Parecía como si las repercusiones de la revolución rusa amenazaran con llegar a España. “La gran mayoría de dirigentes dinásticos empezaban a estar asustados y contemplaban como una posibilidad real el estallido de una revolución social”, se lee en el libro *Alfonso XIII y Cambó*, de Borja de Riquer. En abril de 1917, Francesc Cambó escribe a Joan Ventosa (dirigentes de la Lliga Regionalista de Catalunya): “Alba (dirigente monárquico) está convencido de que, si no se actúa muy internamente, viene la revolución al llegar el hambre”.

Ante esta amenaza de crisis, la burguesía catalana, encabezada por Cambó, tomó la iniciativa. Sus objetivos eran: dar una respuesta al incipiente movimiento nacional catalán, exigiendo una amplia autonomía, y encontrar una salida a la crisis institucional de la Restauración borbónica. En términos de clase, “se ventilaba quiénes debían llevar la dirección política de la nación, si los latifundistas castellanos y andaluces, o los capitalistas catalanes, apoyados en los vascos, asturianos y valencianos” (*La crisis española de 1917*. Juan Antonio Lacomba).

El 5 de julio de 1917 se reunió en el Ayuntamiento de Barcelona prácticamente toda la representación parlamentaria catalana: 20 senadores y 39 diputados. Acordaron solicitar un régimen de amplia autonomía para Cataluña, un régimen autonómico para España y la apertura de las Cortes, y en caso de que no hubiera respuesta, decidieron convocar una Asamblea extraoficial de senadores y diputados de toda España para el día 19.

La alarma estalló en el gobierno. El 7 de julio una nota oficial respondió amenazando con que “su realización constituiría un acto verdaderamente sedicioso, definido y castigado en diversos artículos del Código Penal”. Como ha ocurrido históricamente, las clases poseedoras del Estado español respondieron con amenazas y represión a problemas políticos. El gobierno lanzó una campaña para desacreditar la convocatoria y evitar su realización. Se suprimieron las garantías constitucionales, se estableció una estricta censura y se lanzó una campaña de desprestigio acusándoles de separatismo, movimiento revolucionario e incluso de maniobra aliadófila para que España entrara en la guerra. Nada de eso impidió la celebración de la asamblea.

El escritor Josep M. de Segarra escribió en sus *Memorias*: “Llegó el 19 de julio después de haberse creado en Barcelona uno de los climas públicos de más intensidad que yo haya conocido”. Los convocantes tenían que defenderse de los ataques gubernamentales, pero también expresaban un enorme temor a una posible intervención de las masas. Regionalistas, conservadores y republicanos publicaron una nota llamando a que se “evite toda manifestación pública que pueda dar lugar a conflictos y perturbaciones [...]. Es indispensable que no se suspenda ni interrumpa el trabajo en fábricas y talleres; que no se formen grupos en las calles; que no se profieran ni secunden vivas, ni gritos de ninguna clase y, especialmente, que se dejen completamente libres y despejadas la plaza de San Jaime y calles afluentes”. La Lliga de Cambó envió una comunicación confidencial a sus cargos municipales: “Si saben que se ha producido una situación revolucionaria, cuiden inmediatamente de velar por la conservación del orden”.

A la Asamblea del día 19 acudieron 13 senadores y 55 diputados y 10 enviaron su adhesión (las dos cámaras españolas estaban conformadas por 769 parlamentarios). Que los presentes fueran una minoría no resta importancia política a la asamblea, ya que se trataba de un desacato y un enfrentamiento con el gobierno de la Monarquía. Políticamente estaban representadas la Lliga de Cambó (catalanistas), representantes del capitalismo asturiano (Melquíades Álvarez), republicanos de las clases medias (Giner de los Ríos, Lerroux) y Pablo Iglesias por el Partido Socialista. Acordaron insistir en la convocatoria de Cortes Constituyentes por un gobierno “neutral” y acordaron la formación de tres comisiones, una para estudiar la reforma constitucional y la autonomía municipal, otra para la defensa nacional y la enseñanza y una tercera sobre los problemas económicos y sociales. A pesar de los llamamientos a que no hubiera movilizaciones en la calle, la respuesta del pueblo barcelonés fue impresionante y la mayoría de las tiendas y comercios cerraron de 3 a 6, “como adhesión a la Asamblea de parlamentarios”.

Con la censura de prensa el gobierno de la Monarquía quiso restar importancia a la Asamblea, pero tuvo una gran repercusión política y social. Esta operación política no fue solo un intento de resolver la cuestión catalana, sino también de cambiar el régimen de la Restauración por parte de sectores burgueses. Para entendernos, un cambio controlado desde arriba sin que el pueblo interviniese, una de esas operaciones cosméticas que casi siempre suelen ser un fracaso, más aún cuando al cabo de pocos meses, en noviembre, el propio Cambó traicionó los acuerdos de la Asamblea y decidió integrarse en un gobierno de concentración monárquico. Él mismo lo expresó en un discurso en octubre de 1917: “La Asamblea [...] era el único medio para evitar un estallido revolucionario”.

Aquí acabó el intento de cambio burgués del régimen de la Restauración. En junio, la oficialidad militar hizo tambalear el peso del Ejército en la vida nacional; en julio, los burgueses trataron de hacer sus propios cambios y en agosto la clase trabajadora organizó una huelga general. Los militares no quisieron saber nada de los burgueses y estos no quisieron saber nada de los obreros, que a su vez tampoco fueron capaces de imponer sus reivindicaciones. Tales fracasos permitieron la supervivencia de una Monarquía mortalmente herida. De 1919 a 1923 se impuso el pistolero patronal contra la clase obrera en Catalunya. En 1923 Primo de Rivera dio un golpe de Estado. Hubo que esperar hasta 1931 para que triunfara la República. ■

Agosto 1917

Huelga general en España

*No oye la voz de aprobación
en el dulce murmullo del elogio,
sino en salvajes gritos de indignación.
(N. Nekrasov (1821-1877), poeta ruso)*

El historiador de los movimientos campesinos andaluces, Víctor Díaz del Moral, escribió sobre la situación española de la época: “Y en todas partes se notaba la intensa inquietud precursora de las tormentas sociales”. En junio de 1917, los mandos intermedios del Ejército crearon las Juntas Militares que pusieron en un brete al gobierno de la Restauración; en julio, a iniciativa de la burguesía catalana, se reunió en Barcelona una Asamblea de parlamentarios que pidieron la apertura de un proceso constituyente y una mayor autonomía para Catalunya; en agosto será el movimiento obrero quien alzaré su voz.

España no participó en la guerra, pero los capitalistas hicieron buenos negocios vendiendo todo lo necesario sin tener en cuenta el lado de la trinchera. Al principio eso representó una gran demanda de puestos de trabajo, subieron los salarios, pero mucho menos que los precios, y conforme avanzaba la guerra fueron empeorando las condiciones de vida de la clase trabajadora. El precio de productos cotidianos como las patatas, el azúcar, el bacalao, el carbón, el papel, etc. aumentó más de un 150% desde 1914 a 1917, mientras que los salarios aumentaron entre un 20 y un 40% en el mismo periodo.

En 1916 la situación empezaba a estar al límite. En julio de ese año se reunieron en Zaragoza delegaciones de UGT y CNT y firmaron un pacto para actuar conjuntamente. El 18 de diciembre se convocó una huelga general de 24 horas, “la más unánime que se ha hecho en nuestro país”, en palabras de Ángel Pestaña, dirigente de la CNT. El gobierno, presidido por el conde de Romanones, no cumplió con la promesa de responder a las peticiones obreras.

En enero de 1917 se declaró una huelga ferroviaria que paralizó la cuenca carbonífera del norte y la región levantina. En marzo, una nueva reunión de UGT y CNT acordó un manifiesto anunciando: “Se impone que el proletariado español emplee la huelga general, sin plazo definido de terminación, como el arma más poderosa que posee para reivindicar sus derechos”. En su línea habitual, el gobierno procesó y detuvo a algunos de los firmantes, clausuró la Casa del Pueblo de Madrid y suspendió las garantías constitucionales. Las protestas lo obligaron a retroceder y a liberar a los detenidos. En junio se firmó un pacto entre los partidos republicanos burgueses y los socialistas para generar un movimiento pacífico con el objetivo de instaurar un gobierno provisional que convocara a Cortes Constituyentes. La CNT estuvo ausente. Dicho comité apenas tendría actividad.

El 19 de julio, mientras en Barcelona tenía lugar la Asamblea de Parlamentarios, estalló una huelga ferroviaria en Valencia, a la que se sumaron los obreros del puerto y otros sectores. El 20, según la prensa, “hasta los cafés cerraron”, “todo estaba cerrado y no circulaban ni tranvías, ni coches, ni carros”. El 21, el general Tovar declaró el estado de guerra y en los enfrentamientos murieron dos obreros. La represión acabó con la huelga el día 23. Tras las movilizaciones se despidió a 43 trabajadores, y este hecho fue uno de los desencadenantes de la huelga general de agosto. Marx escribió que los gobiernos son como el Consejo de Administración de la clase capitalista. El de esta época en España era un fiel reflejo de esta afirmación. El presidente del gobierno, Eduardo Dato, así como el de Hacienda, Gabino Bugallal, formaban parte del Consejo de Administración de los ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA). El ministro de Fomento, Vizconde de Eza, era yerno del presidente del Consejo de Administración de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte. Otros ministros eran grandes propietarios de tierra y con directas conexiones con la banca (por cierto, no tan diferente como en la actualidad). En julio se había acelerado el movimiento huelguístico. En Vizcaya los metalúrgicos estaban en huelga por la jornada de 9 horas y

un aumento de una peseta en el salario. También los metalúrgicos de Zaragoza y Vitoria, los panaderos de San Sebastián y la minería en Murcia, Asturias y Peñarroya (Córdoba). El 29 de julio, el ministro Sánchez Guerra admitió que en la situación “había acumulados grandes materiales revolucionarios”.

La huelga

Los ferroviarios presionaron para la readmisión de los despedidos de Valencia, y eso aceleró la convocatoria de la huelga general para el 13 de agosto. En Madrid se formó un Comité de Huelga con los dirigentes del PSOE y UGT Largo Caballero, Besteiro, Anguiano y Saborit y Virginia González, de la Organización Femenina Socialista. En Barcelona se constituyó otro con los dirigentes de la CNT, Seguí (*El Noi del Sucre*), Vidiella, Pestaña y otros. La huelga prendió en la mayoría de las zonas industriales del país. Fue general en prácticamente todas las zonas mineras, y en Madrid, Barcelona -con Terrassa y Sabadell-, Valencia y Vizcaya. Duró cinco días y se alargó unos días más en la cuenca minera de Asturias y León; en el pueblo de Cistierna (León) se llegó a proclamar la República. Fue también importante en Santander, Alicante, Girona y Coruña y, sin embargo, débil en Andalucía y ambas Castillas.

En **Madrid** paró la construcción, las principales fábricas y las artes gráficas. El día 13 sólo se publicaron dos periódicos, la agitación recorrió toda la ciudad y el cierre de los comercios fue generalizado. Hubo numerosos enfrentamientos a las puertas de las fábricas y en los intentos de detener la circulación de los tranvías. El gobierno decretó el estado de guerra y desplegó a la policía y al ejército, desatando una enorme represión. El temor a que los militares no respondieran se disipó enseguida. El día 15, en Cuatro Caminos, se sucedieron los hechos más violentos. Ante una concentración de huelguistas, con muchas mujeres y niños, cargó primero la caballería, y al no lograr dispersarlos, los soldados empezaron a disparar. Según el testimonio de la dueña de una tienda de vinos en la calle Bravo Murillo: “Aquí ha habido fuego [...], pusieron las dos ametralladoras y dieron tres tomas de atención. Al principio tiraban al aire, pero como los grupos no se disolvían, tiraron contra la gente” (*El Liberal*, 15 agosto 1917). Días después, el político conservador Miguel Maura escribía: “La tropa extraordinariamente bien, porque ha pegado con saña y no ha perdonado medio de hacer pupa”. Esa misma noche la policía detenía al Comité de Huelga en la calle Desengaño, 12. La represión y la falta de orientación desinflaron el movimiento, que se disolvió el día 18.

En **Barcelona**, las fábricas, los talleres y el comercio secundaron la huelga y desde el primer día se sucedieron los enfrentamientos. Paralizar los tranvías era fundamental para el éxito del movimiento, ya que habían sido tomados por los soldados y era imposible detener su paso. Un metalúrgico del barrio del Poble Nou resolvió el problema. Se presentó en el sindicato con una nueva “arma”, un trozo de hierro en forma de T adaptable a los raíles que se encajaba a martillazos e impedía la marcha de los tranvías. La circulación se paralizó en prácticamente toda la ciudad. En Sabadell fue cañoneado el local de la Federación Sindical Obrera, en el que se habían hecho fuertes los obreros en huelga. La represión fue dirigida por el coronel Márquez, el dirigente de las Juntas Militares, y causó 32 muertos.

La huelga en **Vizcaya** fue total y movilizó a unos 100.000 obreros. El carácter pacífico de la movilización -“no se cometió la menor violencia”, declaró el dirigente socialista Indalecio Prieto- se truncó por la muerte de un huelguista el día 15 y una mayor represión en los días posteriores. En **Asturias** y en la cuenca minera de **León** la huelga fue también total y la durísima represión no fue capaz de liquidarla hasta días después. El gobernador militar, general Burguete, proclamó que en las minas “se han refugiado alimañas, no hombres” y amenazó con cazarlos “como fieras”. Un observador conservador, Salvador Canals, reconoció que “en rigor de verdad, el movimiento terminó en Asturias cuando la organización de los mineros lo quiso”. Según cifras oficiales, hubo 71 muertos, un número indeterminado de heridos y alrededor de 2.000 detenidos.

¿Qué pasó?

Prácticamente todas las opiniones políticas y de historiadores coinciden en las razones de la derrota de la huelga. “¿Por qué fracasó la huelga? Básicamente, porque aún no estaba preparada, porque el Ejército se le enfrentó y porque la burguesía y los partidos republicanos se desentendieron de ella; junto a esto, el proletariado actuó desunido y el campesinado no participó en el movimiento” (José Antonio Lacomba. *La crisis española de 1917*). La huelga fue “vencida, más que por la represión del Ejército, con ser esta durísima, por la falta absoluta de dirección, la defección de los jefes políticos burgueses [...] (y) la ausencia de la lucha de los trabajadores agrícolas”

(Manuel Tuñón de Lara. *Historia de España del siglo XX*). El mismo Tuñón de Lara explica que “Desde el primer momento, la dirección del movimiento era incoherente; muy pronto, como veremos, desaparecería completamente [...]. La desorientación era total, ya que a unos sitios llegaron las nuevas consignas y a otros no. Los criterios distaban de ser unánimes”.

Parecía que las condiciones estaban preparadas: un previo movimiento huelguístico, una grave crisis del régimen político, división en las filas de la burguesía (un sector seguía apoyando a la oligarquía gobernante mientras que otro participó en la Asamblea de parlamentarios del mes de julio) e incluso una cierta crisis en el Ejército. Pero todo ello no fue suficiente. A esto habría que añadir que la unidad entre UGT y CNT no llegó a ser efectiva, pues cada sindicato tenía su propio plan y apenas hubo coordinación. Víctor Serge, que vivió y participó en la huelga general en Barcelona, escribió: “Íbamos así a la batalla en una especie de oscuridad”. Los objetivos de la propia huelga eran bastante difusos, se exigía respuesta a las reivindicaciones de la población trabajadora y abrir un proceso constituyente, es decir, acabar con el régimen de la Restauración”. Sin embargo, el dirigente socialista Largo Caballero diría meses más tarde que “al hacer la huelga nuestro propósito era el propósito de la Asamblea de parlamentarios”. O sea, el de ese sector de la burguesía que dio la espalda a la huelga general y que meses después pactaría con la Monarquía y entraría a formar parte de su gobierno. Las organizaciones obreras y de izquierdas no habían preparado su propia alternativa. Trotsky había escrito en 1915: “Y la peor ilusión del proletariado ha sido siempre, durante toda su historia, la esperanza en otros”. En ese punto estaba todavía la conciencia y organización en nuestro país. Finalmente, y a la luz de lo que estaba pasando en Rusia, no se logró poner en pie organismos propios que representaran a la mayoría de la clase trabajadora, tipo soviets o comités, que hubieran permitido una mayor amplitud y organización.

Para la oligarquía dirigente y la Monarquía, el fracaso de la huelga representó un alivio, pues habían logrado superar las tres crisis: la militar, la de sectores burgueses y de organización territorial y la obrera, pero su tranquilidad duró poco. En septiembre, un Consejo de Guerra dictó sentencia contra el Comité de Huelga de Madrid “a la pena de reclusión perpetua, accesorias e inhabilitación absoluta perpetua”. Por toda España tuvieron lugar grandes manifestaciones para exigir su libertad y en las elecciones de febrero de 1918 los miembros del Comité de Huelga fueron elegidos como diputados y salieron de la cárcel para entrar en el Parlamento. La huelga general fue una primera prueba de acción independiente de la clase trabajadora. Fue derrotada, pero generó la conciencia de que habría que volver a intentarlo una y otra vez. Ese espíritu lo recogió Víctor Serge en su relato *El nacimiento de nuestra fuerza* cuando puso en boca de Darío, alter ego de *El Noi del Sucre*, estas palabras: “Esta ciudad la hemos hecho los trabajadores, la burguesía nos la ha arrebatado, pero un día la conquistaremos y será nuestra”.

Y mientras tanto, en Rusia

La derrota sufrida por los obreros y soldados en las Jornadas de julio modificó el panorama político del país. La calumnia de que Lenin era un agente pagado por Alemania hizo mella tanto en sectores obreros como en el ejército. La represión se cebó en los bolcheviques, pero también acabó afectando a ciertos sectores mencheviques y socialrevolucionarios. Schliapnikov, un dirigente bolchevique, escribió: “Nuestro partido se hallaba en una situación semiclandestina y sostenía una lucha defensiva, apoyándose principalmente en los sindicatos y en los comités de fábrica”. La burguesía creyó que había llegado su momento y empezó el ataque contra las masas, es decir, contra la revolución. Las treinta patronales más importantes crearon un Comité de Defensa de la Industria, un instrumento para organizar el cierre de empresas y la conexión con los militares para preparar un golpe de Estado. El periodista norteamericano John Reed, autor de *Diez días que estremecieron al mundo*, explicó: “El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete me decía que la ruina económica formaba parte de la campaña realizada para desacreditar a la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre prometí no revelar, me confirmó esto mismo, basándose en sus informes particulares. Me consta que cerca de Jarkov hubo propietarios que incendiaron o inundaron sus minas de carbón; que los ingenieros, en ciertas fábricas textiles de Moscú, abandonaban el trabajo inutilizando previamente las máquinas; que determinados empleados ferroviarios fueron sorprendidos por los obreros cuando estaban estropeando las locomotoras”. El mismo Reed comentó que en una reunión de comerciantes de Moscú se preguntó a los reunidos si preferían a Guillermo (el emperador alemán) o a los bolcheviques. Diez contra uno se pronunciaron a favor de Guillermo. El amor a la madre Rusia valía poco si existía la amenaza de la revolución.

La burguesía y el gobierno provisional presidido por Kerenski quisieron mostrar su victoria organizando una Conferencia Nacional que, según ellos, reuniera a todas las fuerzas de la nación, excluyendo sin duda a los

bolcheviques. Fue el último intento de representar la conciliación entre la burguesía y los partidos socialistas moderados; pero era más el reflejo del fantasma del pasado que un proyecto de futuro y resultó, a la postre, un fracaso. La realidad es que el enfrentamiento entre las clases era inevitable. Dos hechos sirven como ejemplo. En la Conferencia Nacional que se inició el 12 de agosto, Kerenski presentó a Kornilov, el general que dos semanas después organizaría el golpe militar, como “el primer soldado de la revolución”. Ese mismo día, los sindicatos y los comités de fábrica de Moscú organizaron una huelga general. Piatnitski, un dirigente de la huelga, escribiría: “La huelga fue algo magnífico. No había luz ni tranvías, no trabajaban las fábricas, los talleres y depósitos ferroviarios. Hasta los camareros de los restaurantes fueron a la huelga”. Miliukov (el dirigente de la burguesía) ni siquiera lo puso en duda: “Los delegados a la Conferencia [...] no pudieron tomar el tranvía ni almorzar en el restaurante”.

La derrota de julio había sido importante, pero los problemas seguían sin resolverse. La guerra continuaba, las condiciones económicas empeoraban, los campesinos ocupaban la tierra y las nacionalidades exigían sus derechos. No pasó demasiado tiempo antes de que las masas empezaran a reaccionar. Si después del mes de julio la gente era prudente en Petrogrado, otros sectores más atrasados tomaron el relevo. Kiev se vio agitada por una dura huelga de porteros que recorrían las calles, apagaban la luz, arrancaban las llaves de los ascensores, abrían las puertas de la calle, etc. En agosto, los trabajadores del ramo de la piel de Moscú iniciaron una huelga prolongada -que concitó una gran solidaridad en todo el país- en defensa del derecho de los comités de fábrica a encargarse de la admisión y despido de los obreros. Las masas volvían a girar hacia la izquierda, hacia el bolchevismo, y eso se expresaba en casi cualquier elección.

El 20 de agosto se celebraron elecciones a la Duma municipal de Petrogrado. Los socialrevolucionarios obtuvieron más de 200.000 votos, el 37%, aunque perdieron más de 375.000 votos. A los kadetes les correspondió la quinta parte. Los mencheviques se quedaron en 23.000 votos y, sorprendentemente para todos, los bolcheviques obtuvieron casi 200.000 votos, un 33%. En las elecciones a la Duma municipal de Ivanovo-Vosnesensk, celebradas a finales de agosto, los bolcheviques obtuvieron 57 puestos de los 102, los socialrevolucionarios, 24 y los mencheviques, 4.

La burguesía también afilaba sus armas y preparaba casi a la luz del día un golpe militar contra la revolución. Kornilov, el hombre nombrado como jefe del Estado Mayor por Kerenski, era el encargado de encabezarlo. El 27 de agosto fue el día indicado. El golpe fracasó por la respuesta decidida de las masas. Marx había escrito: “Hay momentos en que la revolución necesita ser estimulada por la contrarrevolución”.

El Estado y la revolución

Tras los acontecimientos del mes de julio y la calumnia y represión desatada contra los bolcheviques, Lenin tuvo que volver a la clandestinidad, que solo abandonaría en octubre para asistir al Congreso de los soviets. Durante esos meses se vio obligado a seguir la actualidad a distancia y con retraso. Ese tiempo de “inactividad” lo dedicó a preparar uno de los libros más importantes para la teoría marxista: [*El Estado y la revolución*](#).

En la tradición marxista el problema del Estado no había ocupado un lugar importante en las reflexiones teóricas. Engels estudió sus orígenes históricos en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, y Marx lo analizó concretamente a través de las experiencias de la lucha de clases en Francia en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y especialmente en *La guerra civil en Francia*, sobre las lecciones de la Comuna de París de 1871. La etapa de prosperidad y desarrollo capitalista que trascurrió desde 1873 hasta 1914 permitió un importante desarrollo del movimiento obrero, pero también de las tendencias reformistas. La política parlamentaria e institucional de la socialdemocracia alemana marcó los contenidos del movimiento marxista e hizo concebir esperanzas de que fuera posible acabar con el capitalismo a través de reformas. La revolución rusa de 1905 favoreció que los sectores más a la izquierda, los bolcheviques rusos y Rosa Luxemburg, entre otros, empezaran a cuestionar la teoría y la práctica de la socialdemocracia alemana. En 1912, el marxista holandés Antón Pannekoek (1873-1960) prosiguió la polémica en el trabajo *Acciones de masas y revolución*, y en 1915, el revolucionario ruso Nikolai Bujarin (1888-1938) publica *La economía mundial y el imperialismo*. Ambos trabajos atrajeron la atención de Lenin, que durante 1916 y hasta el inicio de la revolución de febrero se dedicó a reunir el material que completó en los meses de clandestinidad y cuyo resultado apareció publicado en *El Estado y la revolución*.

Lenin relee los escritos de Marx y Engels sobre el Estado y lo que escribieron tras las experiencias revolucionarias en Francia en los años 1848, 1852 y 1871 y los contrasta con la práctica de los socialistas

reformistas, la experiencia de la guerra imperialista y el inicio de la revolución en Rusia para abordar una de las cuestiones básicas de toda acción política: la cuestión del poder y del Estado. Los conceptos esenciales que plantea son:

- a) La clase capitalista pretende ocultar el papel del Estado dándole un supuesto carácter técnico, de simple gestión de los intereses de la sociedad. Pero el Estado es el producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase (contra quienes argumentan que sería un instrumento para la conciliación de las clases o para reducir las diferencias sociales) Para Marx, el Estado no es una institución neutra, es un órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra.
- b) El objetivo de toda revolución es la toma del poder político, pero “los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor” (Marx). Se trata de destruir el Estado capitalista y sustituirlo por uno propio de las clases trabajadoras. Esta conclusión es lo principal, lo fundamental en la doctrina del marxismo sobre el Estado.
- c) La Comuna de París de 1871 fue “la fórmula por fin hallada” (Marx), la primera experiencia de un gobierno de las clases trabajadoras en la puesta en práctica de una nueva democracia que, entre otras cosas, estableció la supresión del ejército permanente y la policía, y su reemplazo por el armamento popular; la desarticulación del aparato burocrático del Estado y su reemplazo por funcionarios electos con mandato revocable que ejercían sus funciones por el equivalente al salario de un obrero. Es la combinación de la máxima democracia con las transformaciones sociales que benefician a la mayoría de la sociedad.
- d) El triunfo de la revolución y la expropiación de la burguesía facilitará el desarrollo de la sociedad y la mejora de todas sus condiciones de existencia: materiales, culturales, democráticas, etc. El gobierno sobre las personas debería sustituirse progresivamente por la administración de las cosas y de los procesos productivos hasta superar la lucha cotidiana por la existencia, que sería garantizada por la sociedad, y la competencia de unos contra otros. “La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y el hacha de bronce” (Engels).
- e) En ese proceso el Estado empieza a “extinguirse”, a perder la función coercitiva y de opresión que tenía, pero, advierte Engels, “El Estado burgués no se “extingue”, sino que “es destruido” por el proletariado en la revolución”. El que se extingue, después de esta revolución, es el Estado o semiestado proletario.
- f) Esta comprensión del lugar y la evolución del Estado se opone al socialismo reformista, que rechaza la destrucción del Estado burgués, y se diferencia del anarquismo en que este no entiende que la abolición del Estado no puede lograrse de un día para el otro.

Para expresarlo de una manera sencilla, Lenin escribió: “Uno podría quizás expresar todo de una manera drásticamente abreviada como sigue: reemplazar la vieja máquina estatal y los parlamentos por soviets de diputados obreros y sus delegados. ¡Esta es la esencia del asunto!”. Recuperar la teoría marxista sobre el Estado significa reconocer el carácter profundamente democrático de la transformación revolucionaria de la sociedad, de alianza entre el ejercicio pleno de las libertades y que la economía esté en manos del conjunto de la sociedad, no en manos de unos pocos capitalistas, significa recuperar la idea de la Comuna, en la que se basaron Lenin y los bolcheviques.

La lucha de clases resultó mucho más compleja y la evolución de la sociedad soviética tomó un camino diferente, con un mayor peso del Estado y limitación de los derechos y libertades, como así ha sido también la evolución del Estado en la sociedad capitalista. El atraso de Rusia y el fracaso de la revolución en Europa facilitaron que el estalinismo se impusiera en la dirección política del país y cambiara las ideas fundamentales del marxismo. El problema del poder y del Estado sigue siendo un debate actual, por eso es tan recomendable repasar el libro de Lenin y confrontarlo con las teorías y prácticas políticas de hoy en día.

Lenin no pudo acabar su trabajo. Escribió: “Tenía ya trazado el plan del capítulo siguiente, el VII: La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Pero [...] vino a “estorbarme” la crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre de 1917. “Estorbos” como éste no pueden producir más que alegría [...], es más agradable y provechoso vivir la ‘experiencia de la revolución’ que escribir acerca de ella”. ■

Septiembre 1917

Pan, paz y tierra

*Ahora habíamos aprendido
a mirar las cosas cara a cara
y nos dábamos cuenta de que,
en su mundo, nada se sostenía.*
(Erich María Remarque.
Sin novedad en el frente)

Los últimos días de agosto de 1917 se produjo el fracasado intento del golpe de Estado dirigido por Kornilov. Su objetivo era bien claro: “Ya es hora de ahorcar a los agentes y espías alemanes, capitaneados por Lenin, y disolver el Soviet de obreros y soldados, pero disolverlo en forma tal que no tenga la posibilidad de reunirse en ningún sitio” (conversación de Kornilov con uno de sus subalternos). Tuvo el apoyo de la clase capitalista, los terratenientes, los oficiales del ejército y algunos regimientos; enfrente se encontró a las clases trabajadoras y a la mayoría de los soldados. A la burguesía y a los generales zaristas acostumbrados a mandar y a ser obedecidos les costaba comprender que la revolución había liberado el ánimo y la conciencia de trabajadores y campesinos, que no aceptaban las órdenes de los de siempre y menos el látigo. El golpe militar se encontró aislado, los ferroviarios levantaron los raíles o desviaron las tropas hacia vías muertas, los empleados de Correos y Telégrafos informaron a los soviets de las comunicaciones de los golpistas, se organizó la defensa obrera y campesina, miles de obreros fueron armados para proteger las fábricas y los barrios, se llamó a los marineros de Kronstadt, a los que el gobierno Kerenski había injuriado y perseguido, para la defensa de Petrogrado, en torno a los soviets se formaron “comités para la lucha contra la contrarrevolución”, de los que se contabilizaron 240. Este fracaso representó la incapacidad de las clases poseedoras para dirigir el país; en cambio, para los de abajo significó un impulso para su organización y la confianza de que no solo podían impedir un golpe militar sino también organizar el país de una manera diferente, a favor de las clases trabajadoras y campesinas.

Tras la intentona militar todo quedó al desnudo: o se tomaba el poder u otro Kornilov se impondría sobre la revolución. Durante esos días, finales de agosto y primeros de septiembre, hubo que aprender una lección de táctica revolucionaria. Recordemos que desde julio los bolcheviques eran perseguidos, que Lenin estaba escondido y Trotsky y otros dirigentes estaban en la cárcel, mientras que Kornilov había sido nombrado jefe del Estado Mayor por Kerensky y que el gobierno y la burguesía habían desencadenado una ofensiva contra las conquistas de la revolución. ¿Qué hacer? ¿Combatir contra Kornilov y defender al gobierno Kerensky? ¿Dejar que caiga el gobierno? ¿Luchar para acabar con ambos a la vez? Se estaban midiendo las fuerzas de la revolución y también sus posibilidades inmediatas. Son momentos en los que pueden producirse reacciones defensivas, del tipo “unidad de la democracia”, de situarse detrás del gobierno, por más odiado que sea. Trotsky relata que obreros y marinos se acercaban a la cárcel en la que estaba detenido con otros dirigentes, como Raskolnikov, bolchevique de Kronstadt. “¿No ha llegado el momento de detener al gobierno?”, preguntaban. “No, no ha llegado aún; apoyen el fusil sobre el hombro de Kerensky y disparen contra Kornilov. Después le ajustaremos las cuentas a Kerensky”, se les contestaba. La revolución es una escuela de táctica y estrategia. Lenin, desde su escondite en Finlandia, escribe: “La rebelión de Kornilov ha demostrado en Rusia lo que la historia había probado en todos los países: que la burguesía traiciona a su país y comete cualquier crimen con tal de retener su poder sobre el pueblo y sus ganancias”.

Las masas evolucionan hacia el bolchevismo

La respuesta al golpe de Kornilov reanimó a los soviets, debilitados tras las jornadas de julio, y orientó a las masas hacia el bolchevismo. Ya no quedaba otro camino. Las masas habían confiado en la coalición entre mencheviques y burgueses, pero todo seguía igual. La paz no llegaba, el hambre acuciaba en las ciudades, los capitalistas

cerraban las fábricas y la tierra no se repartía entre los campesinos. Mientras se combatía el golpe militar el soviét de Petrogrado acordó por mayoría una resolución a favor de que todo el poder pasase a manos de los soviets. El 5 de septiembre el de Moscú toma la misma decisión y progresivamente otras ciudades, como Kiev, Saratov e Ivanovo-Voznessenk. Durante las semanas siguientes la mayoría de los soviets de obreros y de soldados pasan a tener mayoría bolchevique. El 8 de septiembre, los marinos del Báltico exigían el armisticio inmediato en todos los frentes, la entrega de la tierra a los comités campesinos y la implantación del control obrero de la producción. Tres días después se suma la escuadra del Mar Negro. Es un impulso que ya no se detendrá. El 23 de septiembre, días después de abandonar la prisión, Trotsky es elegido presidente del soviét de Petrogrado. Una resolución propuesta por Lenin explica: “Los acontecimientos [...] se desarrollan con tan increíble velocidad [...] que el partido no debe proponerse en modo alguno acelerarlos [...]. Todos los esfuerzos deberán orientarse a no quedar a la zaga de los acontecimientos”.

¿Cómo fue posible el éxito del bolchevismo? Cuando en febrero empezó la revolución el partido bolchevique era una organización que la guerra y la represión había diezmado. La mayor parte de sus dirigentes estaban en prisión o en el exilio y durante las primeras semanas les costó orientarse en la nueva situación. Cuando en abril vuelve Lenin del exilio, el partido se rearma para que la revolución tome otro camino. Durante los primeros meses fue un partido minoritario en los soviets, pero bien implantado entre la clase trabajadora. Los bolcheviques no tuvieron miedo a quedarse en minoría, tampoco eran unos charlatanes, sino que acompañaban la acción de las masas y compartían y aprendían de sus experiencias. Basaban su estrategia en comprender las leyes del proceso revolucionario y su relación con la evolución de la conciencia de las masas. No se dejaron impresionar por la sociedad burguesa ni por los cánticos de la conciliación entre las clases. El socialista moderado Sujánov en su libro sobre la revolución supo captarlo bien: “Sí, los bolcheviques trabajaban tenaz e incansablemente. Estaban con las masas, en las fábricas y talleres, día tras día, de un modo permanente [...]. Los obreros y los soldados se sentían identificados con ellos porque estaban siempre a su lado, dirigiendo, así en las cosas nimias como en las importantes, toda la vida de la fábrica y del cuartel [...]. La masa vivía y respiraba conjuntamente con los bolcheviques. El partido de Lenin y Trotsky la tenía en sus manos”.

Sus consignas eran claras, tanto que a veces parecían fantásticas, pero tuvieron la capacidad de concentrar los objetivos de la revolución. Sus lemas de “pan, paz y tierra” eran comprensibles para todo el mundo, no eran solo palabras sino propuestas prácticas. Pan significaba garantizar el alimento para toda la población a través del control de la producción y la distribución por parte de los soviets y los sindicatos. Paz quería decir una paz inmediata para acabar con la guerra sin anexiones. Tierra representaba el reparto inmediato de las propiedades del zar y los latifundistas a los campesinos pobres. A tales objetivos había que añadir el derecho a la autodeterminación de las naciones sojuzgadas por el zarismo. No podían lograrse tales objetivos sin arrebatar el poder a la burguesía. Sus propuestas e ideas pasaron de ser una supuesta extravagancia minoritaria a constituir una necesidad imperiosa si se querían alcanzar los objetivos revolucionarios. [Una explicación popular se encuentra en el texto de Lenin: [La catástrofe que nos amenaza y como combatirla](#)].

Antes del mes de julio, los bolcheviques disponían de 41 órganos de prensa con una distribución de unos 320.000 ejemplares diarios. Tras la derrota de las jornadas de julio, en las que la reacción destruyó la imprenta de su órgano central, la edición bajó hasta unos 50.000 ejemplares. Tras el fracaso del golpe de Kornilov, vuelve a crecer el interés por el bolchevismo y sus ideas llegan por miles de canales hasta las aldeas más recónditas. Trotsky escribe: “La ardiente atmósfera de la revolución es un agente conductor de ideas extraordinariamente elevado” (*Historia de la Revolución Rusa*). Los ejemplares de la prensa burguesa llegaban por miles y eran regalados, pero tenían poca utilidad. Los representantes de la 18 División de Siberia acordaron invitar a los partidos burgueses a que dejaran de mandar sus publicaciones, puesto que “se destinan estérilmente a encender la lumbre para el té”. Por el contrario, los periódicos bolcheviques corrían de mano en mano o eran leídos en voz alta, y sus ideas penetraban en las conciencias en la medida que expresaban los intereses y la experiencia de la clase trabajadora. Los mítines, que reunían a miles de personas, eran un altavoz para transmitir los argumentos y las consignas. A través de la prensa, de los sindicatos, de los soviets y los comités de fábrica las ideas del bolchevismo llegaban a los rincones más remotos.

En julio, los bolcheviques reunieron en la clandestinidad su VI Congreso. Los delegados y delegadas representaban a 170.000 militantes de toda Rusia, 40.000 de ellos en Petrogrado. El congreso formalizó la confluencia de las mejores corrientes socialistas internacionalistas que se habían aproximado al bolchevismo, entre ellas la de Trotsky. El revolucionario alemán Karl Rádek escribiría que el partido había “acogido a lo mejor

del movimiento obrero” y que “no debían olvidarse las corrientes y arroyos que habían vertido en él”. Había vencido la concepción de Lenin sobre el partido obrero, iniciada en 1903 en su polémica con los mencheviques. A diferencia de las ideas que luego impuso el estalinismo, la dirección era un organismo vivo, en la que no siempre estaban todos de acuerdo, con opiniones y polémicas que podían expresarse abiertamente y que el debate y la acción acababan por resolver. En palabras del historiador Robert V. Daniels: “La nueva dirección lo era todo salvo un grupo de disciplinados papanatas” (*La conciencia de la revolución*). Era también una dirección joven. Lenin era el mayor, con 47 años. Once miembros tenían entre 30 y 40 años; tres tenían menos de 30 años y el más joven era Iván Smilgá, de 25 años, que en esos momentos era el presidente de los soviets de Finlandia. Serán los dirigentes de la revolución de octubre.

La juventud se organiza

En Rusia no había tradición de organizaciones específicas de juventud. La represión zarista y las dificultades para organizarse empujaban a la juventud a participar directamente en los partidos clandestinos. Como en todo movimiento revolucionario, la juventud estuvo en primera línea, tanto en el inicio de la revolución de febrero como en su posterior desarrollo y es muy interesante y desconocida la experiencia de construcción de una organización de masas de la juventud obrera de Petrogrado.

La guerra había modificado la composición de la clase obrera en la ciudad. Los hombres movilizados fueron sustituidos por campesinos, mujeres y jóvenes. Entre 1914 y 1917, la fuerza de trabajo creció un 62%, pasó de 242.600 a 392.800 obreros y obreras. El porcentaje de mujeres creció en un 110,6% y el de jóvenes un 38,8%. Se calcula que alrededor de unas 100.000 personas que trabajaban en las fábricas tenían menos de 20 años de edad, la mayoría en la metalurgia, que empleaba al 60% de la clase trabajadora de Petrogrado. Por ejemplo, en la fundición Novy Parviainen había 300 jóvenes en 1913, en 1915 eran 2.876, el 36% del efectivo total de esta empresa. Existía una gran discriminación salarial; por ejemplo, en la fábrica Putilov un obrero cualificado podía ganar entre 10 y 15 rublos al día, mientras que el salario de un joven era de 1 rublo. No es pues de extrañar que el movimiento juvenil obrero empezara en las fábricas metalúrgicas.

Parece que el movimiento se inició en la fábrica Renault. Tras la revolución de febrero los obreros consiguieron un aumento salarial del 25%, pero a los jóvenes solo se les aumentó un 15%. Se empezaron a organizar y protestaron ante el comité de fábrica, éste les apoyó y lograron un aumento más equitativo y que se aceptara que dos jóvenes formaran parte del comité de fábrica. El éxito les animó, empezaron a coordinarse con otras fábricas y al cabo de pocos días se unieron grupos de las fábricas Novy Lessner, Novy Parviainen, Erikson y Baranovsky. El movimiento empezó a extenderse con rapidez y el 26 de abril se reunieron en el barrio de Vyborg representantes de numerosas empresas que acordaron una primera plataforma: jornada de 6 horas para los menores de 18 años, con pago de jornada completa; educación gratuita para todos, organizada en las fábricas de acuerdo con los soviets de distrito; mejoras en las condiciones de trabajo, en la calificación profesional e igualdad de salarios y representación en los comités de fábrica. Se acordó también participar con cortejo propio en la manifestación del 1 de Mayo.

Unos 100.000 jóvenes se manifestaron ese día bajo sus propias banderas. Las pancartas y consignas reflejaban las tendencias políticas más radicales y su defensa de la unidad de la clase trabajadora. De ese proceso surgió la organización **Trud i Svet** (Trabajo y Luz) Era una organización amplia que llegó a agrupar a unos 50.000 jóvenes, con un funcionamiento autónomo por barrios y que, además de las reivindicaciones económicas, incorporó exigencias políticas como el reconocimiento de los derechos cívicos a los 18 años, educativas y culturales. Además de luchar por sus reivindicaciones, la juventud tenía que luchar contra las posiciones paternalistas que los obreros adultos expresaban tanto con ellos como con las mujeres. Por ejemplo, se tuvo que exigir, y se ganó, que los jóvenes pudieran estar representados en los comités de empresa o en los soviets. La evolución del movimiento revolucionario radicalizó a sus miembros y se abrió una crisis tras las jornadas de julio. Una parte de la dirección de Trud i Svet criticó la participación de muchos jóvenes en la manifestación convocada por los bolcheviques y defendió un cierto apoliticismo y que la organización debía de orientarse más hacia aspectos culturales y formativos. En una revolución tan dinámica y con la juventud tan radicalizada eso era imposible. El historiador japonés Tsuyoshi Hasegawa analiza la realidad de la juventud obrera en estos términos: “La raíz fundamental de la radicalización de la clase obrera se encuentra en esta juventud nacida en la ciudad. Libre de lazos familiares tradicionales, iniciada en la vida adulta mucho antes que sus camaradas campesinos y ligada por un mismo fondo de educación y una misma sed de conocimiento, la juventud obrera creaba su propia cultura de la juventud” (*The February Revolution: Petrograd 1917*).

Los bolcheviques no tenían una política concreta respecto a la juventud. Participaron en la creación y desarrollo de Trud i Svet, pero en su interior se expresaron tres posiciones, la representada por N. Krupskaja, la compañera de Lenin, que defendía mantener la autonomía del movimiento e influir desde el partido en su contenido ideológico; la que defendían jóvenes de Moscú y Letonia, partidarios de un movimiento de juventud ligado orgánicamente al partido, y una tercera, que fue la que se impuso en la práctica, la de mantener una organización autónoma pero definida por las posiciones bolcheviques. El estallido de Trud i Svet llevó a que el 18 de agosto se formara una nueva organización de jóvenes, la Liga Socialista de Trabajadores Jóvenes, que en sus documentos expresaba la evolución del proceso revolucionario al plantearse entre sus objetivos el desarrollo de la conciencia de clase y la lucha por el socialismo. La radicalización de la juventud obrera entroncaba con la maduración de la mayoría de la clase trabajadora que exigía que los soviets tomaran el poder.

[Este apartado ha sido elaborado a partir de los trabajos de Isabel A. Tirado, "The Socialist Youth Movement in Revolutionary Petrograd" Russian Review, Vol. 46, nº 2, y de I. Velez, "La juventud socialista en Petrogrado en 1917". Publicado en Cahiers León Trotsky Nº 24, diciembre de 1985]

La última oportunidad

El fracaso del golpe militar significó también la disolución a pasos agigantados de la mayoría de las instituciones del país. El gobierno apenas podía imponer sus decisiones. Por ejemplo, el 18 de septiembre Kerensky, para aparentar valor, dio la orden de disolver el Comité central de los soviets de la Marina de guerra. Los marinos contestaron categóricamente: "Considerar inaplicable, por ilegal, el decreto de disolución del Comité central de la Armada, y exigir su inmediata anulación". A los dos días Kerensky tuvo que anular su disposición. No era mejor la situación en el ejército. Las noticias que circulaban indicaban que "los soldados han decidido marcharse a sus casas tan pronto como aparezcan las primeras nieves". En una reunión del soviet de Petrogrado, una delegación de soldados declaró: "Si no se lleva a cabo una verdadera lucha por la paz, los soldados tomarán el poder en sus manos y decretarán para sí y ante sí el armisticio". Uno de los generales escribía: "Nos agarramos convulsivamente a no sabemos qué, imploramos un milagro, pero la mayoría comprende que ya no hay salvación". Solo los soviets representaban la salvación del país.

El gobierno Kerensky, los socialistas moderados y los burgueses, aún intentaron una nueva fórmula. Como no soportaban a los soviets, pero no podían deshacerse de ellos; como no se atrevían a convocar la Asamblea Constituyente, que tenía que legitimar las conquistas de la revolución, se inventaron lo que se llamó el Preparlamento, un organismo corporativo sin elección directa en el que los sectores burgueses estaban sobrerrepresentados y cuya función real era ganar tiempo para reorganizar las fuerzas de la burguesía y los conciliadores. Pero el tiempo se estaba agotando; será la última oportunidad para evitar el siguiente paso de la revolución.

Los bolcheviques estaban divididos. Un sector defendía la necesidad de denunciar al Preparlamento, pero permaneciendo en él; otro sector, minoritario al principio y en el que está Lenin, propuso boicotarlo. Es un debate que proseguirá cuando llegue el momento de la insurrección y de la Asamblea Constituyente, y que se refiere a cuáles debían ser las instituciones de la revolución, si las nuevas que representaban los soviets o mantener y coexistir con las que representaban a la democracia burguesa. Finalmente, los hechos, la inutilidad del Preparlamento y los argumentos de Lenin y otros convencieron al partido de que había que abandonarlo. "No se puede perder el tiempo charlando y sembrando ilusiones", se decía en una resolución de la conferencia del partido en Kiev; había que orientarse hacia la toma del poder por los soviets. Miliukov, el jefe del partido kadete, representante de la burguesía, escribirá más tarde al analizar la retirada del Preparlamento: "Hablaban y obraban como hombres que se sentían apoyados por la fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía".

El tiempo se agotaba. Cuesta mucho reunir las condiciones para una revolución, y más para que triunfe, y era una irresponsabilidad dejar pasar la ocasión. Había que tensar todas las cuerdas. Las masas estaban preparadas. Llegaban señales desde todo el país, faltaba comprobar si los dirigentes estaban a la altura. El soldado Sidor Nikolaiev explicita en una carta sus deseos: "Queridos compañeros obreros y soldados —escribe—, no dejéis triunfar esa maldita letra k, que ha sumergido a todo el mundo en una guerra sangrienta. Los nombres del primer asesino, Kolka (Nicolás II), de Kerensky, de Kornilov, de Kaledin (otro general golpista), de los K.d. (Kadetes), todos empiezan con k. Los cosacos (en ruso se escribe con k) son asimismo peligrosos para nosotros". ■

Octubre 1917

Los días que conmovieron al mundo

*De l'audace,
encore de l'audace,
et toujours de l'audace!*

(Danton (1759-1794), revolucionario francés)

Las revoluciones nos deslumbran por la capacidad que tienen de dar la voz a millones de personas, normalmente calladas y sojuzgadas, que de pronto son capaces de organizarse y movilizarse para lograr un cambio radical. Las sociedades prueban siempre otras posibilidades y solo llegan a la revolución cuando ya no queda otro camino. A diferencia de épocas de desarrollo político lento, los procesos revolucionarios suponen una aceleración de las experiencias de las clases sociales. En el mes de febrero una insurrección acabó con el zarismo y, ocho meses después, el régimen de doble poder, de conciliación entre la burguesía y los socialistas moderados, estaba agotado. Resulta sorprendente que con tanta rapidez se evaporara la confianza de las masas en los mencheviques y social-revolucionarios, hecho que solo puede explicarse por la gravedad de la crisis producida por la guerra en el país que era el eslabón más débil de la cadena imperialista y por la existencia de una organización política que logró interpretar correctamente el proceso revolucionario y acompañar a las masas obreras y campesinas en su maduración política. El momento culminante de ese proceso llegó en el mes de octubre de 1917. El mejor relato de lo que aconteció durante esos días que conmovieron al mundo se puede encontrar en el [libro del periodista americano John Reed](#) .

Ha llegado el momento

Aún hoy, cien años después, se intenta desprestigiar la revolución presentándola como un golpe de mano de los bolcheviques. ¡Qué poca imaginación! No hay revolución posible sin la participación activa y organizada de la mayoría de la población, ni puede vencer sin una dirección política. Es una ley que se ha repetido en todos los procesos revolucionarios pasados y por venir.

En octubre, todas las condiciones se habían reunido y a la luz del día se organizó el levantamiento. Los soldados decían: “¿Hasta cuándo va a durar esta situación insostenible? Si no encontráis una salida vendremos nosotros mismos a echar de aquí a nuestros enemigos, y lo haremos a bayonetazos” (Víctor Serge. *El año I de la Revolución Rusa*). Los obreros protestaban: “¿Qué han hecho para que tengamos paciencia? ¿Nos ha dado Kerensky más para comer que el zar? Nos dio más palabras y más promesas, ¡pero no nos dio más comida! Hacemos cola toda la noche para obtener algo de carne, pan, zapatos, mientras escribimos como idiotas 'Libertad' en nuestras banderas. La única libertad que tenemos es la de ser esclavos y morir de hambre” (Albert Rhys Williams, *Through The Russian Revolution*). Los campesinos tomaban sus propias decisiones: “La violencia y las ocupaciones de tierras son cada vez más frecuentes [...], los campesinos se apoderan arbitrariamente de los pastos y de las tierras, impiden las labores, fijan a su voluntad los arriendos y expulsan a los mayores y a los gerentes”. Las condiciones de vida eran inaguantables. John Reed escribió: “La ración diaria de pan descendió sucesivamente de una libra y media a una libra, después a tres cuartos de libra, y finalmente a 250 y 125 gramos. Al final, hubo una semana entera sin pan. Se tenía derecho a dos libras de azúcar mensuales, pero era casi imposible encontrarla. Sólo había leche para menos de la mitad de los niños de la ciudad. Hay que imaginarse a estas gentes mal vestidas, de pie sobre el helado suelo de las calles de Petrogrado, durante jornadas enteras y en medio del invierno ruso. Yo he escuchado en las colas del pan la nota áspera y amarga del descontento, brotando a veces de la milagrosa dulzura de estas multitudes rusas”.

No, no fue una minoría, ni un golpe de azar, sino el resultado de condiciones políticas y sociales determinadas. El 10 de octubre, la dirección del partido bolchevique acordó la preparación práctica de la insurrección. No fue fácil. Lenin llevaba semanas insistiendo en que debía acelerarse, pero un sector de los dirigentes del partido no estaba de acuerdo y dos de ellos, Zinoviev y Kámenev, votaron en contra. La reunión del II Congreso de los soviets

el 25 de octubre (7 de noviembre en el calendario ruso) era el momento adecuado. Todos los esfuerzos se concentraron en ese objetivo. Para el 22 de octubre se convocó una jornada denominada “El día del soviét” como un recuento general de fuerzas. Por toda la ciudad se organizaron mítines en los que participaron miles de personas que confirmaron el entusiasmo y la confianza en los soviets. En uno de ellos, celebrado en el Circo Moderno, John Reed describe el juramento solicitado por el orador: “¿Juráis consagrar todas vuestras fuerzas, no retroceder ante ningún sacrificio para sostener al soviét que ha tomado en sus manos la tarea de coronar la victoria de la revolución y de daros la tierra, el pan, la paz? Las manos incontables seguían en alto. La multitud asentía. La multitud juraba... Y eso mismo ocurría en todo Petrogrado. Por todas partes se llevaban a cabo los últimos preparativos; en todas partes se hacían los últimos juramentos. Millares, decenas de millares, centenas de millares de hombres. Aquello era ya la insurrección”.

La victoria de un régimen social sobre otro sólo se ha dado en la historia a través de insurrecciones de masas. Lo específico de la revolución rusa es que en su etapa decisiva fue conscientemente preparada y organizada. “La insurrección es un arte” -había escrito Marx-, y así lo aplicó Lenin. Para que fuera un éxito debía apoyarse en la clase social avanzada, no en un complot, basarse en el ímpetu revolucionario del pueblo y hacerlo en el momento del más alto nivel de actividad y organización de las masas y, sobre todo, “no jugar jamás a la insurrección; pero, una vez iniciada ésta, saber avanzar, con resolución hasta el final” (Marx). A pesar de las mentiras de la propaganda de los capitalistas derrotados, que aún hoy mantienen, el levantamiento causó pocas víctimas gracias a la decisión y superioridad de las fuerzas obreras, y quienes cayeron fueron en su mayoría hombres y mujeres de la clase trabajadora, especialmente en Moscú donde oficiales de la Escuela Militar ametrallaron a un grupo de obreros del arsenal.

La revolución en Europa

Otro elemento era fundamental para arrebatar el poder a los capitalistas: la situación internacional. Además de sufrimiento, miseria y millones de muertos, la guerra había producido una grave crisis en el movimiento socialista internacional. Unos apoyaron la guerra y a la burguesía de su país, favoreciendo el enfrentamiento entre los trabajadores, mientras que para otros la guerra era la confirmación de una grave crisis del capitalismo que abría la posibilidad de convertirla en el inicio de la revolución en Europa. Solo un puñado de revolucionarios se alzó contra la barbarie de la guerra; fueron tachados de ilusos y aventureros, perseguidos y encarcelados, pero salvaron el honor del socialismo y prepararon las revoluciones que sacudieron el continente.

Para los revolucionarios rusos, y especialmente para Lenin, la lucha de clases en Rusia no podía entenderse sin tener en cuenta la perspectiva internacional. Antes de la guerra, la mayoría de los socialistas estaban de acuerdo en considerar que una guerra europea provocaría una situación revolucionaria, y así lo hacían constar en las resoluciones de sus congresos. Por tanto, no era una obsesión de los bolcheviques, sino una opinión generalizada entre todos los marxistas europeos. Para ellos, lo más previsible era el inicio de la revolución en alguno de los países más desarrollados, ya fuera Francia, por su gran tradición revolucionaria, o Alemania, por la fuerza y organización de su clase obrera. La revolución en Rusia les cogió por sorpresa, aunque eso no les hizo perder de vista que si la revolución triunfaba en Rusia solo podía ser el preludio de la revolución en los países más avanzados. Eran muy conscientes de que la idea de un “socialismo nacional” era la que había llevado a la socialdemocracia a apoyar la guerra y a la burguesía de su propio país. La teoría del socialismo en un solo país es un invento del estalinismo y nada tiene que ver con la tradición del internacionalismo.

En el periodo que va desde febrero a octubre, Lenin sigue con enorme atención la marcha de los conflictos sociales y políticos en Europa, y en muchos de sus escritos y discursos está presente alguna referencia a la situación internacional. Cuando llega a Rusia en el mes de abril saluda a quienes le reciben: “La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era. ¡Viva la revolución socialista mundial!”. A principios de octubre escribe un artículo titulado *La crisis ha madurado* dedicado a convencer a sus camaradas de la preparación práctica de la toma del poder. Sus argumentos empiezan mostrando que las condiciones europeas son favorables. Escribe: “No hay lugar a dudas. Estamos en el umbral de una revolución mundial proletaria”. Y añade: “somos los únicos internacionalistas [...] que gozamos de una libertad relativamente amplia [...], tenemos de nuestro lado a los soviets [...], se nos puede y se nos debe aplicar aquello de que a quien mucho le ha sido dado, mucho le será exigido”.

La situación en Europa estaba madurando. Tres años de guerra, millones de muertos, hambre, miseria y una cada vez mayor exigencia de paz estaban produciendo importantes protestas. En Francia, durante la primavera

hubo motines en el ejército y huelgas exigiendo aumentos salariales. En Turín (Italia) una impresionante muchedumbre de unas 50.000 personas recibió en el mes de julio a una delegación del soviet de Petrogrado. El 23 de agosto se inició un levantamiento popular que duró cinco días. En Viena y Budapest hubo también huelgas contra la carestía de la vida y falta de abastecimientos. En Alemania tuvo lugar un movimiento de huelgas en el mes de abril. En julio se formó una coordinación clandestina de delegados de barcos de guerra que agrupaba a unos 5.000 marinos y que organizó actos de protesta que confluyeron en una acción generalizada en el mes de agosto. La protesta fue derrotada y algunos de sus dirigentes fusilados, pero la represión solo sirvió para ampliar más la exigencia de acabar con la guerra. “En pie, rompamos las cadenas como han hechos los rusos”, se oía entre los soldados y en las fábricas. Poco más de un año después estallaba la revolución en Alemania, se acababa la guerra, se echaba al emperador y se proclamaba la república.

En los debates del II Congreso de los soviets estuvo presente el problema de la revolución en Europa. Uno de los argumentos de los socialistas moderados consistía en decir que si los soviets tomaban el poder nadie en Europa reconocería ese gobierno, se quedaría aislado y el ejército alemán ocuparía Rusia. Los bolcheviques opinaban de otra manera. Lo más urgente era una paz sin anexiones, y cuando Lenin la propone a los delegados afirma: “Algunos gobiernos imperialistas se resistirán a nuestras condiciones de paz, no nos hacemos ilusiones a este respecto. Pero confiamos que pronto en todos los países beligerantes estallará la revolución y por eso nos dirigimos con particular insistencia a los obreros franceses, ingleses y alemanes”. En otro momento del Congreso, Trotsky interpela a los contrarios al poder de los soviets: “A eso respondo que, si Europa continúa gobernada por la burguesía imperialista, la Rusia revolucionaria perecerá inevitablemente [...]. Una de dos: ¿o la revolución rusa origina un movimiento revolucionario en Europa o las potencias europeas estrangularán la revolución rusa!” (citado por John Reed en *Diez días que conmovieron al mundo*).

No se hacían ilusiones sobre las dificultades de la titánica tarea del primer gobierno de obreros y campesinos y confiaban en la capacidad de respuesta de las clases trabajadoras. Entre 1918 y 1920 estallaron revoluciones en prácticamente toda Europa, se hundió el Imperio Austro-Húngaro y el alemán, también el Imperio Otomano, y hubo una revolución en Egipto contra la ocupación británica. Sin embargo, esas revoluciones no lograron acabar con la burguesía, y la revolución rusa quedó aislada.

Gobernar desde abajo

Fue necesaria una dura lucha política para reunir el II Congreso de los soviets, que inició sus sesiones el 25 de octubre de 1917. La evolución de la clase trabajadora se pudo comprobar a través de la representación política de sus delegados. En el I Congreso, celebrado en el mes de junio, las tendencias conciliadoras tenían 600 delegados sobre 832; cuando se inició el II Congreso, de 650 participantes con voz y voto, 390 eran bolcheviques, 159 social-revolucionarios y solo 80 mencheviques. En la votación final sobre el gobierno, 505 soviets votaron a favor de un gobierno soviético; 86 por el poder de la democracia (un acuerdo entre todas las tendencias soviéticas); 55 por la coalición (entre los partidos conciliadores con la burguesía) y 21 a favor de una coalición, pero sin los burgueses. El objetivo de que los soviets tomaran el poder, expresado por primera vez por Lenin en sus *Tesis de Abril*, había conquistado a una amplísima mayoría de la clase trabajadora, de los soldados y los campesinos.

Ahora había que poner manos a la obra. El congreso empezó a poner en práctica los lemas de “paz, pan y tierra”. Por abrumadora mayoría, los delegados aprobaron un llamamiento “a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos a entablar negociaciones inmediatas para **“una paz justa y democrática”**. El Congreso decidió que “queda **abolida** en el acto sin ninguna indemnización **la propiedad terrateniente**. Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y todas las dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios y de los Soviets de Diputados Campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente”. Igualmente se acuerda el “derecho de los pueblos de Rusia a la libre **autodeterminación**, hasta su separación y constitución en Estados independientes”. Se establecen medidas para ejercer “el **control obrero** sobre la producción, almacenaje, compra y venta de todos los productos y materias primas” y “en interés de la buena organización de la economía nacional, para acabar definitivamente con la especulación bancaria [...], el negocio bancario se declara monopolio del Estado [...], los intereses de los pequeños depositarios serán salvaguardados totalmente”. De las palabras se pasaba a los hechos. Unas pocas, pero decisivas decisiones empezaron a cambiar el mundo. Por primera vez la clase trabajadora se adueñó del poder y empezó a cambiar el mundo, a construir el socialismo [Los decretos se pueden leer en el libro de John Reed].

Se eligió un nuevo gobierno representativo de la mayoría con el nombre de Soviet de los Comisarios del Pueblo, cuya actividad estaría controlada por el Congreso y cuyos responsables podrían ser revocados por decisión popular. Se votaron decretos favorables para las clases trabajadoras, pero el objetivo de la revolución era que el pueblo gobernara efectivamente. La tierra pasaba a depender de los soviets campesinos y el reparto de la tierra debía ser resuelto por el campo mismo. Las fábricas eran controladas por las organizaciones de los trabajadores. Si había que ejercer el derecho de autodeterminación era el pueblo quien debía decidir. Si había que lograr la paz se contaba con la determinación de los soldados y la colaboración del resto de pueblos, y así con el conjunto de las actividades políticas y sociales del país. Se ponían en práctica nuevas formas democráticas hasta entonces nunca utilizadas. Hemos de dejar a las masas populares una total libertad de acción creadora, se decía.

A quienes creían imposible gobernar y que el Estado funcionara sin la burguesía, sin sus técnicos y funcionarios, el Congreso soviético les anunciaba que el programa aprobado se pondría en marcha “en estrecha unión con las organizaciones de masas de los obreros, obreras, marinos, soldados, campesinos y empleados”. Eran el pueblo trabajador y sus organizaciones quienes debían ejercer el nuevo poder: “El Congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, sea entregado a los soviets”. Ese era el espíritu y la práctica de la revolución.

En el Congreso la emoción embargaba a los presentes, conscientes del paso histórico que estaban dando. “Un soldado viejo y canoso lloraba como un niño -escribe John Reed-. Alexandra Kollontái se limpió a hurtadillas una lágrima [...]. Sucedió algo increíble, la gente lloraba abrazándose”. Puestos en pie cantaron *La Internacional* y no se olvidaron de quienes habían caído en la lucha y entonaron el canto ruso *La Marcha Fúnebre*:

*Vosotros caísteis en lucha fatal,
Amigos sinceros del pueblo,
Por él inmolasteis la libertad,
Por él fue vuestro último aliento.
Llegó al fin la hora y el pueblo surgió,
Liberto, gigante, potente.
¡Dormid, hermanos, cubristeis de honor
La senda más noble y valiente! ■*

Noviembre 1917

La democracia en el socialismo

*Recordad que de aquí en adelante
sois vosotros mismos los que administráis el Estado.
Nadie os ayudará si no os unís por impulso propio
y si no cogéis en vuestras manos todos los asuntos del Estado.*
(Lenin)

La toma del poder por una nueva clase social es el momento cumbre de todo proceso revolucionario y, al mismo tiempo, solo es el inicio de la titánica tarea de crear una nueva sociedad. Cuando la burguesía se adueñó del poder, en la revolución francesa o americana, previamente había conquistado buena parte de la base económica de la sociedad, sin embargo, para la revolución obrera adueñarse del poder era la condición previa para empezar a cambiar las condiciones económicas y sociales de la mayoría de la sociedad. El nuevo gobierno representativo de los soviets tuvo desde el primer día una tarea inmensa. La situación no dejaba de ser desesperada. La burguesía y los terratenientes no podían creerse lo que estaba sucediendo y confiaban que los bolcheviques no pudieran mantenerse en el poder. Kerensky, que había logrado huir, contactó con generales golpistas para marchar sobre Petrogrado, los oficiales reaccionarios intentaron organizarse y contaron, lamentablemente, con el apoyo de los mencheviques y social-revolucionarios. Al día siguiente de la insurrección, el 26 de octubre, formaron un Comité de Salvación de la Patria y la Revolución, otro intento más de conservar la alianza con la burguesía en contra de la revolución, no para hacer declaraciones formales ni para ejercer el papel de oposición, sino para llamar “a todos los ciudadanos a negar obediencia a los bolcheviques, a resistir de una manera activa a la sublevación, a echar mano del sabotaje y de la desorganización del avituallamiento. Su santo y seña era: “Todos los medios son buenos contra los bolcheviques” (publicado en el diario *Novaia Zhizn* del 28 de octubre de 1917). El fracaso militar de los primeros intentos contrarrevolucionarios permitió un pequeño respiro. El 2 de noviembre la insurrección obrera se impuso en Moscú, mientras por toda la extensa Rusia iba prendiendo la llama de la revolución. La contrarrevolución fue sofocada porque no tenía apoyos suficientes entre la población. La guerra civil, que duraría hasta 1920 y causaría millones de muertos y la devastación de todo el país, solo pudo sostenerse por la ayuda e intervención de ejércitos extranjeros. Ejércitos de diez países intervinieron directamente y fueron los gobiernos imperialistas quienes apoyaron y pagaron esa guerra contra los soviets. Sin esa intervención la guerra civil probablemente hubiera durado bien poco.

Para ganar en la guerra de clases, lo decisivo eran las medidas políticas que el gobierno iba ejecutando. En la entrega del mes de octubre explicamos que las primeras decisiones fueron el llamamiento a una paz inmediata y sin anexiones y la entrega de la tierra a los campesinos. Los Comisarios del Pueblo (los ministros en los gobiernos burgueses) recibirían un sueldo igual al salario medio de un obrero cualificado, además de un suplemento de cien rublos mensuales por cada miembro de sus familias que no estuviese en edad de trabajar. El 2 de noviembre se promulgaba “la declaración de los derechos de los pueblos de Rusia” que ponía en práctica la igualdad y soberanía de los pueblos; el derecho de los pueblos a disponer de su propio destino, inclusive la separación; la abolición de todos los privilegios nacionales y religiosos y el libre desarrollo de todas las minorías nacionales. Esta declaración se complementó el 22 de noviembre con un llamamiento a los obreros musulmanes de Rusia y de Oriente en el mismo sentido. El 5 de noviembre se firmó un llamamiento a la población para combatir el sabotaje. “Poneos manos a la obra -decía- desde abajo, sin esperar que os den señal alguna. Instaurad el orden revolucionario más severo”. El 10, se emitió un decreto aboliendo la diferencia de castas, el mismo día se dejó a las municipalidades la tarea de proveer el avituallamiento local y de resolver la crisis de alojamiento por los medios que estuvieran a su alcance. El 14 de noviembre, mediante un decreto, se invitaba a los obreros a controlar a través de sus respectivos comités la producción, los negocios y la situación financiera de las empresas. El 1 de diciembre se creó el Consejo Superior de Economía; el 2, se firmó un armisticio con Alemania; el 4, se estableció el derecho de revocación de los cargos electos por sus electores sin la necesidad de esperar a nuevas elecciones; el 7, se decidió formar una Comisión extraordinaria para luchar contra el sabotaje y la

contrarrevolución; el 9, se iniciaron las conversaciones de paz en la ciudad de Brest-Litovsk (que no finalizarán hasta marzo de 1918). El 11 de diciembre se decretó la jornada de 8 horas de trabajo en la red ferroviaria (en la mayoría de las empresas ya se había conquistado antes de octubre) y se decidió la creación de una Comisaría de Instrucción Pública para la enseñanza general, laica y gratuita (hasta entonces buena parte de la enseñanza básica estaba en manos de la Iglesia). El 14, se presentó ante el Consejo Superior de Economía el decreto sobre la nacionalización de los bancos; el 16, se estableció la elegibilidad de los grados en el ejército y se decretó la confiscación de los bienes de la Sociedad Metalúrgica ruso-belga; el 17, se hizo lo mismo con la Sociedad de Electricidad 1886; el 18, se legalizó el matrimonio civil y el 19, el derecho al divorcio; el 24, se acordó confiscar las industrias Putilov; el 29, se resolvió dejar de pagar los cupones de rentas y dividendos; el 31, se creó un colegio de protección a la maternidad y a la infancia. El 3 de enero se proclamó la República Federativa de los Soviets de Rusia. Una inmensa tarea legislativa para empezar a construir el socialismo.

Crisis de gobierno

En ningún manual estaban escritos los pasos a dar tras la victoria de la revolución. De hecho, muchos la veían como una anomalía histórica que hubiera sido mejor evitar. Los revolucionarios rusos solo contaban con el conocimiento de la revolución francesa, con las experiencias de la Comuna de París de 1871 y la revolución rusa de 1905, pero se atrevieron y tuvieron que decidir, improvisar y poner en práctica lo que nadie había hecho en la historia.

Se pretende explicar algunas de las causas de la posterior degeneración estalinista en un primigenio pecado original sobre el supuesto carácter dictatorial del bolchevismo y su rechazo hacia las otras tendencias socialistas, los mencheviques y los social-revolucionarios. Pongamos las cosas en su sitio. Lenin defendió que, dada la fuerza de los soviets que agrupaban a la mayoría de la clase trabajadora y los campesinos, era posible un tránsito pacífico si los partidos mayoritarios en los soviets tomaban el poder. Pero las tendencias socialistas moderadas rechazaron esa posibilidad y prefirieron la alianza con la burguesía, con todo lo que eso significaba: mantener la guerra, no dar la tierra a los campesinos, etc. Cuando en octubre, en el II Congreso de los soviets, los bolcheviques lograron la mayoría, el resto de tendencias socialistas abandonaron el Congreso y rechazaron sus decisiones; sólo se mantuvo una minoría menchevique, encabezada por Martov, y otra de los social-revolucionarios de izquierda, que presionaron para que se formara un gobierno de todas las tendencias socialistas. ¿Un gobierno entre quienes querían avanzar hacia el socialismo y quienes querían seguir manteniendo su alianza con la burguesía? Los bolcheviques propusieron un gobierno responsable de poner en práctica el programa decidido en el Congreso: paz, pan y tierra. “¡Que los conciliadores acepten nuestro programa y entren en el Gobierno!”, repetía Lenin, pero nadie respondió positivamente. Así fue como se conformó el primer gobierno de la revolución.

El vértigo de empezar a construir una nueva sociedad también afectó a la dirección del partido bolchevique. A los pocos días de estar en el gobierno, algunos miembros del gobierno y otros dirigentes del Comité Central decidieron dimitir de sus responsabilidades para presionar a favor de la formación de un gobierno de todos los partidos socialistas. La situación era crítica, pero pudo resolverse democráticamente. En esos tiempos las diferencias políticas solo eran eso, políticas, se debatían y se decidían por mayorías y minorías. Víctor Serge escribió en *El año I de la revolución rusa*: “No conocemos en la historia del movimiento obrero otro caso de una crisis tan grave que se haya resuelto de una manera tan sencilla y tan lógica”. No será la única ocasión. La cruel guerra civil y la paz de Brest-Litovsk con los alemanes y austríacos pusieron de nuevo al partido ante el abismo de la ruptura.

La influencia de los mencheviques y social-revolucionarios decrecía conforme se iban estableciendo las primeras medidas revolucionarias. En este cuadro se puede apreciar la evolución de la representación bolchevique en los primeros congresos soviéticos.

Congresos Soviets	Total delegados	Bolcheviques	% de bolcheviques
Primero (junio 1917)	790	103	13%
Segundo (octubre 1917)	675	343	51%
Tercero (enero 1918)	710	434	61%
Cuarto (marzo 1918)	1.232	795	64%
Quinto (julio 1918)	1.164	773	66%

Los socialistas moderados nunca quisieron colaborar con el poder soviético, mientras que los social-revolucionarios de izquierda se incorporaron posteriormente, especialmente para defender y aplicar el programa campesino. El cuaderno de los procesos revolucionarios no está escrito por adelantado, se va escribiendo en función de los acontecimientos y, a veces, las revoluciones se ven obligadas a tomar decisiones que no formaban parte de las previsiones. Trotsky escribiría: “Nada puede hacerse sin errores, y menos aún la revolución. No estaría mal, sin embargo, reducir los errores al mínimo” (prefacio a una recopilación de artículos titulada *A los cinco años*). Es una tergiversación interesada presentar el bolchevismo como un sistema autoritario y contrario al ejercicio de la democracia; eso sí, la ejercieron en el proceso de construir un régimen político y social diferente y enfrentado al de la burguesía.

La Asamblea Constituyente

La experiencia histórica hizo compleja la relación entre las libertades y derechos en el desarrollo de una nueva sociedad socialista. Dicha complejidad tiene al menos dos aspectos: primero, reconocer la ruptura con la sociedad burguesa y la necesidad, por tanto, de construir una nueva democracia; y, segundo, que la degeneración estalinista posterior y su negación de las libertades nada tiene que ver con la construcción de una sociedad socialista.

La cuestión de la Asamblea Constituyente está en el centro de ese debate. Ya antes de la caída del zarismo, para los revolucionarios rusos el proceso revolucionario debía confluir en la convocatoria de una Asamblea Constituyente que estableciera un régimen republicano, una nueva Constitución y garantizara los derechos y libertades que se hubieran conquistado. De febrero a octubre fue importante la lucha por la convocatoria de la Asamblea, para el gobierno de coalición entre los socialistas moderados y la burguesía todas las reformas debían esperar a la Constituyente, pero no hacían nada para convocarla; mientras, los bolcheviques presionaban para su convocatoria al tiempo que animaban la organización en los soviets y a no esperar para poner en práctica las transformaciones revolucionarias.

Las elecciones se celebraron entre el 12 y el 25 de noviembre, aunque debido a la situación del país en algunos distritos no llegaron a elegir diputados. Los datos que existen son solo aproximados y no coinciden todas las fuentes. Aproximadamente votaron más de 40 millones de electores. El 39,5 de los votos fueron a los social-revolucionarios; el 24% a los bolcheviques; un 4,5% a los kadetes (partido burgués); un 3,2% a los mencheviques; un 14,5% a grupos nacionalistas socialistas (ucranianos, musulmanes, etc.); un 9,6% a otros partidos de derecha y el resto a otros partidos de distinto tipo. Se eligieron 703 diputados y diputadas, de los cuales 380 eran socialistas-revolucionarios (divididos entre ellos) 168 bolcheviques, 17 kadetes, 18 mencheviques y 120 a otros. El triunfo electoral de los social-revolucionarios se explica por la influencia que todavía mantenían entre el campesinado (recordemos que el 70% de la población era campesina), pero esa influencia ya no correspondía a la de los soviets y, además, el partido se había escindido y una parte importante, el ala izquierda, apoyaban el régimen soviético. Por el contrario, en las ciudades se impusieron los bolcheviques. En Petrogrado, sumaron 424.000 (45%) seguidos de los kadetes con 246.500 (26%) y de los socialistas-revolucionarios de izquierda con 152.200 (16%). En Moscú, los bolcheviques lograron el 47% del total de votos.

La victoria de la revolución planteaba el problema de la relación entre la Asamblea Constituyente y el poder los soviets. La Asamblea se reunió el 6 de enero de 1918 y el gobierno soviético propuso que se aprobara una [Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado](#) por la que se sancionaban las decisiones acordadas por el Congreso de los Soviets. [Un documento poco conocido, pero de recomendada lectura, representativo del inicio de una nueva sociedad, como la Declaración de los Derechos del Hombre representó a la revolución francesa.] Sin embargo, la mayoría de la asamblea rechazó la declaración, o sea, rechazó el poder de los soviets que hacía poco más de un mes había tomado el poder, y pretendió erigirse como un poder contrapuesto. Continuaba la colaboración entre los partidos burgueses y los socialistas moderados que se pusieron de acuerdo para defender la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente”, que en realidad encubría la consigna de “Abajo el poder soviético”. Ante esa situación, el gobierno soviético decidió clausurar la Asamblea.

Mucho se ha escrito y polemizado en torno a esta decisión. Se ha presentado como si todos los males posteriores de la revolución tuvieran aquí un punto de partida, pero la verdadera discusión estriba en decidir si el poder y las instituciones de la nueva sociedad socialista debían coexistir con instituciones de la sociedad

burguesa, aceptar que fueran su contrapeso, o no. En un artículo sobre este debate, Lenin respondía: “Quienes señalan que antes defendimos la Asamblea Constituyente y ahora la “disolvemos”, no tienen ni una pizca de entendimiento [...] Pues antes, la Asamblea Constituyente era para nosotros mejor que el zarismo y que la república de Kerenski [...] Pero a medida que surgieron los soviets, por ser organizaciones revolucionarias de todo el pueblo, indiscutiblemente se transformaron en algo infinitamente superior a cualquier parlamento del mundo”. El nacimiento de nuevos regímenes sociales lleva siempre aparejado la creación de instituciones que les representan, no son neutras ni ahistóricas. En la Grecia y Roma del pasado o en las ciudades de la Edad Media la democracia tenía sus propias características, diferentes de las necesidades del capitalismo. La revolución francesa creó las suyas, superadoras y opuestas a las del régimen feudal y absolutista de la época; lo normal era que la revolución rusa hiciera lo mismo. La revolución socialista fue posible por el hundimiento del zarismo y la incapacidad de la burguesía de dar respuesta a las exigencias de la sociedad, el sufrimiento creado por la guerra permitió las condiciones para que siguiera adelante el proceso revolucionario y encontró en la democracia de los soviets su expresión más genuina. No era posible la coexistencia, o los soviets gobernaban o se producía una vuelta atrás si se imponía la Asamblea Constituyente, hacia una nueva dominación de los capitalistas. En otras revoluciones se vivió un proceso parecido. En noviembre de 1918, la revolución alemana se encontró con el dilema de elegir entre los comités de obreros y soldados y la Asamblea Nacional, la socialdemocracia reformista pretendió que coexistieran ambos y finalmente fue la Asamblea Nacional burguesa quien se impuso sobre los comités para mantener el poder de la burguesía.

El ejercicio de la democracia, de los derechos y libertades, no es ajeno a la clase social que dirige la sociedad. Quien tiene el poder económico y los resortes del Estado tiene la capacidad para imponerse. En el Estado español, el 15 M y otros movimientos sociales pusieron en cuestión la deficiente democracia en nuestro país. Está en cuestión que la democracia se limite a ir a votar cada 4 años, que el parlamento apenas pueda controlar al ejecutivo, que se imponga la Ley Mordaza, que los ricos tengan la justicia a su favor... La democracia soviética representaba la elección directa de los representantes del pueblo, el derecho de los electores a revocar a los elegidos, que el salario de los elegidos no excediera al salario medio de un obrero cualificado, que fuera desapareciendo la distancia entre el poder legislativo y el ejecutivo, que pueblo tomara y ejerciera las decisiones, que se estableciera una relación real entre libertad política e igualdad social, la libertad de los partidos soviéticos (aunque por las circunstancias de la guerra civil solo duró unos años) y, sobre todo, a que no es una minoría de capitalistas quien tiene el poder económico sino que la tierra, las fábricas, el poder está en manos del pueblo trabajador.

La revolucionaria alemana, Rosa Luxembourg, en su polémica con los bolcheviques situaba el problema de la siguiente manera: “siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia *burguesa*; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a estas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista”. Las revoluciones tienen sus leyes que los revolucionarios están obligados a aprender, pero eso no significa que tengan que repetirse de igual manera. Rusia era una sociedad atrasada que dio un salto enorme iniciando la construcción del socialismo, los soviets fueron la representación más popular y democrática, como luego sucedió en otras revoluciones, pero quizás el siglo XXI encuentra una forma mejor y aún más democrática. Sin embargo, no será posible evitar el choque entre las nuevas expresiones democráticas con las que representan el pasado, expresión de una burguesía en decadencia y con instituciones cada vez más autoritarias y que ya no representen la voluntad mayoritaria del pueblo.

Rosa Luxembourg

En las polémicas sobre la revolución rusa suele utilizarse un breve ensayo de Rosa Luxembourg titulado [*La revolución rusa*](#) para enfrentar sus opiniones a las del bolchevismo. Rosa, junto a Karl Liebknecht, fue una de las pocas revolucionarias que en Alemania denunció desde el primer día el carácter imperialista de la guerra y la traición de los dirigentes de la socialdemocracia alemana. Por su denuncia fue juzgada y condenada en junio de 1916. La revolución de noviembre de 1918 la liberó, pero en enero de 1919 fue asesinada por las fuerzas policiales que dirigían sus ex camaradas socialdemócratas.

Rosa escribió el ensayo en las duras condiciones de la cárcel y con poca información, al igual que Liebknecht, que se manifestaba “incapaz una vez más de enterarme como es debido de los problemas rusos”. Pero cuando

recibió la noticia de la caída del zarismo no pudo más que exclamar: “Una ventana se ha abierto al fin bruscamente y ha penetrado una corriente de aire puro y vivo”. En su trabajo polemizó con los bolcheviques sobre la política agraria, sobre la autodeterminación de las naciones y sobre la Asamblea Constituyente, pero, curiosamente, quienes pretenden utilizarla contra el bolchevismo solo suelen referirse a esta última cuestión. Efectivamente, Rosa plantea toda una serie de críticas y reservas sobre la política de los bolcheviques, en el sentido de que sus medidas ahogan la vida democrática y defiende “la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites”. Es más que probable que los bolcheviques apoyaran esa afirmación y, de hecho, son numerosos los llamamientos a la iniciativa audaz de las masas, a que sean ellas mismas quienes gestionen el Estado. “La organización proletaria tiene que hacer prodigios”, repetía Lenin. Pero todo eso sucedía con una guerra civil en marcha y con el retraso y posterior fracaso de la revolución en Europa.

La polémica de Rosa se desarrolla a partir del reconocimiento y la importancia de la revolución rusa, y expresa sus críticas teniendo en cuenta esas circunstancias. Se lee en su ensayo: “Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán”. Y continúa más adelante: “Pues una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la Guerra Mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro”. No pretendemos negar las diferencias de Rosa, que no tuvo ocasión de compartir con Lenin o Trotsky, y sobre las que no volvió a insistir desde que salió de la cárcel en noviembre de 1918, pero sí denunciar el abuso interesado de sus opiniones para desprestigiar la revolución. Peter Netti, biógrafo de Rosa Luxemburg, escribe que ese ensayo “cumpliría mejor su objeto si lo viéramos como un análisis de la revolución ideal basado, como buena parte de la obra luxemburguiana, en una forma de diálogo crítico [...]. Los que se sienten felices con las críticas a los fundamentos de la revolución bolchevique harían mejor en dirigirse a otra parte”. ■

1917 - 2017

El porvenir de la revolución

*Las revoluciones son momentos de arrebatadora
inspiración de la historia. (León Trotsky)*

Para conmemorar el centenario de la revolución rusa de 1917 hemos seguido mes a mes los acontecimientos que sucedieron y analizando los diversos problemas políticos que tuvo que afrontar el movimiento revolucionario. La revolución rusa sigue siendo motivo de un gran interés, se han publicado innumerables libros, se han escrito miles de artículos, convocado actos, debates y congresos, porque es uno de los acontecimientos que ha marcado la historia contemporánea y continúa siendo una fuente de lecciones para quienes quieren transformar el mundo. Este aniversario ha servido también para repensar la actualidad de la revolución. En los ataques contra la revolución de 1917 se ha hecho un coctel imbebible entre la situación actual en Rusia, la degeneración estalinista o que toda la evolución histórica estaba ya en las ideas y práctica de Lenin y Trotsky, con el declarado fin de negar que sea posible un cambio social y político, un cambio de contenido revolucionario. Hemos intentado lo contrario: las causas de la revolución están dentro del sistema capitalista, ni son un sueño ni las inventamos.

La revolución se enfrentó a tareas inmensas, nada estaba escrito por anticipado. Sobre la base de las anteriores experiencias, sobre todo la Comuna de París de 1871 y la revolución rusa de 1905, los revolucionarios rusos tuvieron que emprender un camino hasta entonces nunca explorado: construir el socialismo sobre las ruinas de una larga guerra imperialista y una posterior intervención militar de los ejércitos imperialistas en la Rusia de los soviets. Hay que tener muy presente estos hechos para poder entender las posteriores dificultades del proceso revolucionario. Los capitalistas utilizaron toda la resistencia posible antes de ser derrotados. Lo más importante para ellos era mantener sus propiedades y beneficios, lo de menos todos los sufrimientos que pudieran causar al pueblo. Esa es la eterna lucha de clases de los capitalistas, aún hoy. Si la guerra imperialista entre 1914-1917 causó en Rusia más de 2 millones de muertos y unos 5 millones de personas heridas, la llamada guerra civil entre 1918-1923 causó alrededor de 9 millones de muertos. La producción industrial era en 1921 el 31% de la de 1913 y solo el 21% en la industria pesada. En ese mismo año, la extensión de tierra cultivada era sólo el 62% de la de 1913. Dejaron un país arrasado sobre el que hubo que empezar a construir la nueva sociedad. Trotsky escribiría en su autobiografía *Mi vida*: "Entonces no podía preverse si habíamos de seguir en el poder o íbamos a ser arrollados pero lo que desde luego era indispensable, cualesquiera que fuesen las eventualidades del mañana, era poner la mayor claridad posible en las experiencias revolucionarias de la humanidad. Más tarde o más temprano, vendrían otros y seguirían avanzando sobre los jalones que nosotros dejásemos puestos. Tal era la preocupación de los trabajos legislativos en todo el primer período".

En pocos años el proyecto de construcción socialista demostró su superioridad sobre el capitalismo, tanto en el terreno del desarrollo industrial y agrícola como en el de los derechos y libertades, participación en el ejercicio del poder, reconocimiento de derechos de las mujeres, ambiciosos planes contra el analfabetismo, desarrollo de la cultura y las artes, etc. La previsión de los revolucionarios rusos contaba con el éxito de la revolución en los países más desarrollados para poder avanzar en la vía del socialismo y, sin embargo, la revolución en Europa no triunfó. Rosa Luxembourg escribió acertadamente: "En Rusia, el problema solo podía plantearse. No se puede resolver en Rusia, solo se puede resolver a nivel internacional". Sobre el fondo de una revolución aislada en un país destruido y atrasado fue surgiendo una burocracia que se impuso sobre las conquistas de la revolución y a la que Stalin representó. La victoria de la burocracia estalinista representó la degeneración política y social definitiva de las conquistas socialistas. Citando al poeta ruso Óssip Mandelstam, "lo que podría haber sido un amanecer se convierte en un ocaso". La movilización popular y una sociedad colapsada económicamente acabó con el poder burocrático en 1989. Los procesos sociales no se desarrollan sobre una línea recta, se aceleran o se enlentecen, avanzan o retroceden. La revolución francesa acabó con la monarquía y la nobleza, pero años después se reinstauró la monarquía y fue necesaria otra revolución para volver a instaurar la república. Es evidente que el camino hacia el socialismo será mucho más complejo de lo

que nos habíamos imaginado, pero, al mismo tiempo, las condiciones materiales y culturales de la sociedad están más maduras que en otras épocas. No hay ninguna duda de que son las revoluciones quienes modifican el mundo y permiten que la humanidad avance en la mejora de sus condiciones de vida y en sus derechos. [Muchos balances y artículos de reflexión se han escrito en este centenario, de todos ellos recomiendo la lectura del [escrito por Adolfo Gily](#) y publicado en *Sin Permiso*]

Hemos conmemorado el centenario de 1917 y parece como si la revolución no fuera hoy posible, como si se tratara de una cosa de otros tiempos, circunscrita al pasado. Los procesos revolucionarios no se improvisan ni son el resultado de un deseo, es el propio capitalismo y sus contradicciones quien genera las condiciones para la revolución, sea por una crisis económica, política o por la decisión de las masas trabajadoras de no poder soportar la miseria y la explotación. Marx y Engels lo analizaron en el Manifiesto Comunista: “Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre las que se produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su propia fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables”. La globalización capitalista representó un enorme proceso de concentración del poder económico en unas centenas de empresas multinacionales y la profunda crisis que sufrimos desde 2008 aún ha agudizado más ese proceso. Cualquier sector que se analice de la economía mundial o española sirve para mostrar esa tendencia intrínseca del capitalismo de acumulación del poder en cada vez menos manos a costa del sufrimiento de la mayoría. Por ejemplo, en 2008 las cinco mayores entidades bancarias españolas controlaban el 42% de los activos y créditos, en 2017 es el 72%. Esa es la razón objetiva por la que inevitablemente se acaban enfrentando los intereses de la mayoría con los de esa minoría capitalista, ahí está la base por la que en un momento u otro la acumulación de conflictos económicos o políticos da un salto y se convierte en un proceso revolucionario.

Sigue siendo actual el viejo debate en las filas del marxismo y del movimiento obrero sobre la inevitabilidad de la revolución. A principios del siglo XX, el marxista ruso Plejanov (que durante la revolución de 1917 se pasó al bando de los defensores de la guerra imperialista) polemizaba con el sindicalista italiano Labriola y decía: “La historia la hacen los hombres, cuya voluntad y conciencia se hallan condicionados por las relaciones sociales. [...] Pero la ley fundamental de la evolución de todo sistema social consiste en que engendra su propia negación, o si se quiere, su modificación o infracción. Por lo tanto, si una clase determinada de hombres modifica un sistema, o, en otros términos, si dicho sistema se modifica bajo la influencia de la actuación sistemática de los hombres de una clase determinada, esto se produce, no porque los hombres se emancipen de la influencia de la ley fundamental de la evolución de dicho sistema, sino precisamente porque se someten a la misma”. En 1939 el debate seguía vivo y Trotsky escribe: “Marx no quiso decir que el socialismo vendría sin la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo. Marx previó que la socialización de los medios de producción sería la única solución del colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos. Las fuerzas productivas necesitan un nuevo organizador y un nuevo amo, y dado que la existencia determina la conciencia, Marx no dudó de que la clase trabajadora, a costa de errores y derrotas, llegaría a comprender la verdadera situación y, más pronto o más tarde, extraería las necesarias conclusiones prácticas” (*El pensamiento de Marx*). El capitalismo engendra las bases materiales de su transformación, y de su desaparición, y las revoluciones son actos conscientes que se basan en esas contradicciones objetivas. Mucho tiempo ha transcurrido, muchas experiencias y procesos revolucionarios se han vivido y a pesar de las enormes dificultades no ha cambiado lo fundamental: el carácter explotador y depredador del capitalismo. El porvenir de la revolución está asegurado.

En ningún modo hay que interpretarlo como si no existieran dificultades, al contrario, es tarea de los revolucionarios afrontarlas y resolverlas. El principal, el de la conciencia y organización de la clase trabajadora. Si lo comparamos con la revolución de 1917 o incluso con los años 30 del siglo XX, hoy existe una clase trabajador mucho más numerosa, muchísimas más personas que dependen para subsistir de vender su fuerza de trabajo, y también con mayor formación y conocimientos que en cualquier época anterior. Bajo el capitalismo la clase trabajadora es la única clase social que puede aspirar a dirigir al conjunto de la sociedad para avanzar hacia una sociedad solidaria, socialista. Pero la clase obrera está desorganizada, millones están en el paro, su trabajo precarizado, en la mayoría de los países desarrollados se han reducido las grandes concentraciones fabriles, los sindicatos de clase están debilitados y falta confianza en sus propias fuerzas. De hecho, alguna gente que se considera de izquierdas llega a teorizar que la clase trabajadora ya no puede jugar el papel histórico que se le asignaba como sujeto político revolucionario.

Tampoco es una novedad. En otras épocas se llegó a acusar a la clase trabajadora de haberse aburguesado o adaptado al capitalismo, confundiendo a los dirigentes políticos o sindicales con las masas obreras, o sin tener en cuenta un proceso de agotamiento o el resultado de algunas derrotas. Algunos procesos de cambio de carácter municipalista o ciudadano expresan una movilización social y electoral interclasista en los que se combinan el carácter progresivo y radicalmente democrático con la dificultad para establecer relaciones claras entre clases aliadas. Cuando vemos que en la mayoría de Europa gobiernan partidos de derecha o aliados con sectores de la extrema derecha es la constatación de la falta de perspectiva política de las izquierdas. La lucha de clases es intrínseca con la existencia del capitalismo y el problema se concentra en que la clase trabajadora no tiene la conciencia y organización necesaria para ser una alternativa a la crisis capitalista.

Los procesos revolucionarios tienen sus propias leyes, ligados a la evolución del propio sistema capitalista y a la experiencia acumulada por las clases sociales, y, al mismo tiempo, son la expresión del tiempo histórico en que suceden. La guerra imperialista fue determinante en el estallido y posterior desarrollo de la revolución de 1917, como las condiciones de absoluta falta de libertades bajo la dominación zarista. Es imposible prever por anticipado las condiciones en que de nuevo pueda iniciarse un estallido revolucionario en Europa, por más que ahora parezca bastante difícil, pero sí que tendrá especificidades históricas y nacionales. Al objetivo general de que los medios de producción, financieros y de distribución pasen a ser controlados por la sociedad, algunas otras cuestiones seguramente tendrán un peso importante: la práctica de la democracia y la transparencia en las decisiones (como se expresó en el 15M); el papel de la mujer, no solo en cuanto a sus reivindicaciones, sino también en su lugar dirigente en los procesos políticos y la defensa de la naturaleza como elemento distintivo de la nueva sociedad solidaria y socialista. Como ya lo fue en la revolución rusa, el contenido europeo de un proceso revolucionario tendrá un peso decisivo, la internacionalización de la economía y la existencia de la Unión Europea obligará a tener muy en cuenta las condiciones internacionales, en negativo lo pudimos comprobar cuando se impusieron a Grecia las condiciones draconianas para evitar un proceso de cambio político y social.

Como hemos analizado a través de los acontecimientos de 1917, hay dos elementos también fundamentales para la victoria de la revolución: disponer de una organización política que eduque a los activistas y luchadores y tener una teoría que guíe la acción de las clases sociales oprimidas.

Ambos aspectos están unidos. “Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”, explicaba Lenin. El marxismo no está de moda, pero cuando estalló la crisis de 2008 se buscaban los libros de Marx para encontrar una explicación a una nueva crisis capitalista. Repensar la revolución para el siglo XXI exige pasar cuentas con el fracaso de la degeneración burocrática de la revolución de octubre en todos sus diferentes aspectos, en darle la vuelta a sus concepciones para levantar un marxismo como guía para la acción revolucionaria, en construir organizaciones democráticas y revolucionarias para transformar la sociedad, no para adaptarse a ella, y en unificar la teoría (el marxismo) con la acción y la organización de la clase trabajadora. Si el centenario de la revolución de 1917 nos ha permitido avanzar, aunque sea un poco, en esa dirección, ¡ha valido la pena! ■

La emancipación de la mujer

*Esperamos que los representantes obtengan
los derechos cívicos y políticos
para ellos y para nosotras, las mujeres rusas,
que somos tratadas injustamente
incluso en nuestras propias familias.
Recordad que una esclava
no puede ser la madre de un ciudadano libre.*

(Petición firmada por campesinas rusas
de la aldea de Nagatkino durante la revolución de 1905)

La revolución de febrero de 1917 la iniciaron las mujeres y no fue una casualidad; su lucha venía de lejos. Ya en 1870 se había formado un grupo de estudiantes de ambos sexos, el Círculo Tchaikovsky, con el fin de denunciar la explotación capitalista y la represión zarista en el que, por primera vez, las mujeres participaban igual que los hombres en las discusiones y en las actividades políticas. En años posteriores, organizadas en torno al movimiento “La Voluntad del Pueblo”, algunas mujeres mostraron una enorme valentía y capacidad de sacrificio y lucha contra el zarismo. A finales del siglo XIX, las trabajadoras empezaron a jugar un papel importante en las protestas por sus condiciones de trabajo. Tras unas huelgas en el sector textil en Moscú, el zarismo organizó un proceso contra las dirigentes, conocido como el “juicio de las cincuenta”, que tuvo mucha repercusión. El periodista Kravinsky lo relató así: “Antes de este juicio, los socialistas sólo eran conocidos por la juventud. Ahora un público asombrado mira las caras radiantes de estas jóvenes mujeres que con sus sonrisas dulces como las de un niño se dirigían hacia un camino sin retorno, sin esperanza, hacia la prisión central, hacia largos años de trabajo forzoso. La gente se decía: ‘Regresamos a la época de los primeros cristianos, empieza a existir una nueva fuerza’”. Posteriormente, en una serie de huelgas en Petrogrado en los años 1894-1896 y una gran huelga textil en Moscú en 1896, las mujeres trabajadoras dieron un impulso al movimiento obrero.

La revolución de 1905 fue otra ocasión para demostrar su capacidad de lucha. Uno de sus objetivos era la conquista del derecho al voto. Podían ser madres, ser explotadas, luchar, pero no votar y elegir a sus propias diputadas; por eso organizaron una protesta y se dirigieron enérgicamente a la comisión parlamentaria que discutía esa cuestión: “Las diputadas obreras no pueden participar en la comisión de la que es presidente. Esta decisión es injusta. En los talleres y fábricas de San Petersburgo hay más mujeres que hombres. El número de mujeres empleadas en fábricas textiles aumenta cada año. Los hombres son contratados en las fábricas que ofrecen mejores salarios. La carga de trabajo de las mujeres es más pesada. Los empleadores se benefician de nuestra impotencia y falta de derechos. Somos tratadas peor que los hombres y nos pagan menos que a ellos. Cuando se anunció esta comisión, nuestros corazones se llenaron de esperanza; al fin, pensamos, se acerca el momento en que la obrera de San Petersburgo pueda dirigirse al conjunto de Rusia, y en nombre de todas sus hermanas obreras denunciar la opresión, insultos y humillaciones que sufrimos y de las que los hombres trabajadores no conocen nada”. Más de 40.000 personas firmaron una petición a favor del voto para las mujeres.

También las mujeres campesinas alzaron su voz. Ante la preocupación de que en una eventual distribución de tierras solo se les concediera la propiedad a los hombres, se movilizaron para decir: “Si se toman las tierras de los propietarios y se las dan solo a los hombres, eso será sinónimo de esclavitud absoluta para nosotras. Actualmente, al menos ganamos nuestros propios kopecs (moneda rusa), pero si dividen la tierra de esta manera, trabajaremos simplemente para los hombres en lugar de trabajar para los propietarios”.

En la evolución del movimiento se produjo una diferenciación política entre lo que Alexandra Kollontai llama el feminismo burgués y el feminismo de las mujeres trabajadoras. Todas ellas se declaraban partidarias de la igualdad de derechos, pero las diferencias se hicieron visibles cuando se plantearon otros problemas de la lucha

de clases. Durante el proceso revolucionario de 1905, se convocaron asambleas en Petrogrado y Moscú de mujeres del servicio doméstico (numerosísimo en aquella época en los hogares burgueses y de la pequeña burguesía). La iniciativa tuvo mucho éxito y la movilización superó todas las previsiones. Alexandra Kollontai escribe: “Echad un vistazo a los periódicos de 1905 y veréis la cantidad de informaciones sobre las huelgas y manifestaciones en la calle de jóvenes del servicio doméstico en las que mostraban su insatisfacción incluso en las regiones más atrasadas de Rusia. Las cocineras, las lavanderas y las doncellas iban a la huelga [...]. Las reivindicaciones habituales eran una jornada de trabajo de ocho horas, un salario mínimo, habitaciones separadas para las empleadas y una mayor consideración por parte de los empleadores”. (*Para una historia del movimiento obrero femenino en Rusia*). El movimiento chocó con las mujeres de la burguesía y la pequeña burguesía que hacían de “patronas” de las empleadas en el servicio doméstico.

En diciembre de 1908, después de la derrota de la revolución, pero en un momento en el que aún se podía ejercer una actividad política semi-legal, se convocó el primer congreso panruso de mujeres. Por iniciativa de los sindicatos semi-legales, en las grandes fábricas y barrios populares se organizó la presencia de delegaciones de mujeres trabajadoras. No fue fácil, pues había que sortear la vigilancia policial, y para hacerlo se convocaban “fiestas de cumpleaños”, “cursos de bordado” o “lecciones de aritmética”, y así se logró que asistieran 45 mujeres representado al movimiento obrero organizado, por 700 representantes del feminismo burgués. No hubo posibilidad de acuerdo sobre las reivindicaciones y exigencias de las mujeres, y se abrieron mayores diferencias entre los sectores obreros femeninos y el resto.

No es pues de extrañar que las mujeres obreras estuvieran concienciadas y organizadas para iniciar el movimiento de protesta que desató la revolución de febrero de 1917. La guerra también las había movilizado, por miles habían sido incorporadas a las fábricas para sustituir a los hombres enviados al frente, y como madres, hermanas o hijas tenían que aguantar el sufrimiento y la miseria de la guerra. Aunque participaron activamente en los cambios históricos, muy pocas de esas mujeres han sido recordadas. Ciertamente que en el desarrollo de la revolución parece que pasaron a un segundo plano, en parte porque muchas de ellas apenas sabían leer y escribir y, probablemente, también por esa costumbre patriarcal de arrinconar e infravalorar a las mujeres. En los últimos tiempos se han realizado no pocos estudios sobre el papel de las mujeres en todo el proceso revolucionario que empiezan a colocarlas en el lugar que merecen.

Mostraremos algunos ejemplos. El mes de abril comenzó en Petrogrado con una protesta de 40.000 personas que exigían igualdad de derechos para las mujeres. El gobierno provisional no había acordado nada al respecto. Las mujeres ocuparon el centro de la ciudad exigiendo con grandes pancartas “Derecho de voto”, “Si una mujer es esclava, no hay libertad”, “¡Viva la igualdad para las mujeres!”. Se presentaron ante la residencia del gobierno y allí permanecieron hasta que lograron el compromiso de legalizar el derecho de voto para las mujeres. En la primavera de 1917, en un país atrasado, las mujeres rusas conquistaron un derecho que en Europa solo tenían las mujeres finlandesas.

El 11 de abril, 15.000 mujeres de soldados se plantaron frente al Palacio de Taurida, sede del Soviet, para exigir “el regreso de los hombres y contra la carestía de la vida”. El presidente del Soviet, el menchevique Dan, les respondió que “las arcas estaban vacías”. La bolchevique Alejandra Kollontai, que estaba presente, las animó a que eligieran sus propias delegadas al Soviet para defender sus propias exigencias. En sus memorias, Krupskaja, la compañera de Lenin, cuenta que cuando regresó a Rusia en abril notó un desarrollo significativo de la conciencia política de las trabajadoras. “Verdaderamente, estaban preparadas para tomar la iniciativa: las primeras en llevar adelante la agitación bolchevique entre los soldados fueron las vendedoras de semillas de girasol, de sidra y las esposas de soldados”. El trabajo había sido iniciado por obreras como Anastasia Deviatkina, que militaba con las esposas de los soldados desde principios de la guerra.

Otro ejemplo es el de la joven P. G. Glizer, una costurera de 19 años, que el 27 de febrero confeccionó con sus compañeras una pancarta con la consigna “Larga vida a la libertad”. Como pasaba el tiempo y las cosas no mejoraban, las obreras del taller donde trabajaba pidieron a los patronos agua caliente para el almuerzo y otras mejoras. Sus peticiones no fueron satisfechas. Glizer había oído que en el sindicato podían ayudarlas. No sabía dónde encontrarlo, así que se lo preguntó a un transeúnte “que le pareció un sastre”. Una joven delegada sindical llamada Skharova fue al taller y al final del día, bajo amenaza de huelga, las demandas habían sido satisfechas. Al día siguiente, casi todas las obreras se adhirieron al sindicato. Glizer fue elegida presidenta del comité de fábrica, y en agosto fue delegada al Soviet local. Un camino parecido recorrieron cientos, miles de

mujeres trabajadoras. En mayo, Vera Slutskaia, militante revolucionaria desde 1902, fue la primera mujer elegida para el Ejecutivo del Soviet.

En los meses de abril y mayo las huelgas adquirieron un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados, mayoritariamente femeninos. Reclamaban aumento salarial, mejores condiciones de trabajo, abolición del trabajo infantil, beneficios por maternidad (desde 1912 existía una licencia de dos semanas antes de dar a luz y un mes después del nacimiento, pero los patronos nunca la concedieron). También denunciaban el abuso y el acoso sexual de patronos, capataces y clientes y exigían la prohibición de la revisión corporal que se hacía en empresas y negocios. Cuarenta mil lavanderas –Sofía Goncharskaia era la mujer que dirigía el sindicato– fueron a la huelga exigiendo mejoras salariales y de condiciones de trabajo, y defendieron una reivindicación realmente interesante: que se nacionalizaran los lavaderos bajo control municipal. Las siguieron las trabajadoras de comercio, las de limpieza, las empleadas domésticas. El personal de restaurantes y confiterías exigió un trato respetuoso de los clientes; veían en el tuteo y las reverencias una rémora del régimen de servidumbre.

Pero las dificultades no eran pocas. Aprovechando el colapso de la economía, los patronos intentaban reemplazar a los trabajadores calificados con trabajo femenino más barato (por ejemplo, en las fábricas de munición). En junio, la patronal metalúrgica fue más lejos: dijo a los delegados que mantendría los puestos de trabajo masculinos a cambio del despido de las obreras, con el argumento de que los sueldos femeninos eran “complementarios”, un argumento que no resulta tan lejano. Cuando Kollontai propuso en el partido bolchevique que se debían organizar comisiones de mujeres, parece que solo logró el apoyo de las pioneras en el trabajo de la mujer y de Lenin. Tenemos que situarnos en la sociedad rusa de primeros de siglo, o en la española de la misma época, mayoritariamente campesina y con un alto grado de analfabetismo. La guerra había cambiado muchas cosas, pero la igualdad entre mujeres y hombres estaba aún lejos. Excepto en el sindicato textil, mayoritariamente femenino, cuya dirección compuesta por 20 personas había 11 mujeres, la presencia femenina en la dirección del movimiento era muy limitada. En muchas fábricas, incluso en las que eran mayoría, las mujeres no eran votadas en los comités de fábrica, que eran los órganos de control de la producción. Se calculó que sólo entre un 15% y un 20% formaban parte de los partidos y sindicatos, aunque su participación y presencia en los soviets de barrio era muy superior. Un buen observador explicó que esas mujeres “se habían abalanzado contra el zarismo sin haber tomado la palabra más que en las colas de pan y arenques”.

Durante la revolución sólo existió un periódico específicamente dedicado a la mujer; se llamó *Rabotnitsa*, La Mujer Trabajadora. Fue editado por los bolcheviques y, según las autoras del trabajo *Comadronas de la revolución* (Jane McDermid y Anna Hillyar), la redacción realizó un extenso trabajo de agitación entre las mujeres. En ella participaban bolcheviques como Krupskaia, Armand, Stahl, Kollontai, Eliazarova, Kudelli, Samoilova y Nikolayeva, pero también militantes recientes, la mayoría jóvenes obreras recién alfabetizadas. Contó con una amplia red de corresponsales (fabriles, barriales y esposas de soldados). *Rabotnitsa* no sólo cumplió una función educativa entre las obreras; también fue un vehículo para combatir los prejuicios contra las trabajadoras dentro de la clase obrera. Trataba las cuestiones políticas generales en lenguaje sencillo, se esforzó por establecer el vínculo entre los problemas “domésticos” (escasez de alimento y combustible) y la guerra e hizo hincapié en las reivindicaciones “específicas” (guarderías, beneficios maternas, legislación protectora del trabajo). Al correo del periódico llegaban abundantes cartas anónimas de lectoras (“una costurera”) que utilizaban el periódico como vehículo de denuncia. “El cuadro que emerge es de una implicación cada vez mayor de las obreras en huelgas y acciones callejeras”, dicen las autoras de *Comadronas de la revolución*. El periódico se sostenía con las aportaciones económicas de las lectoras. Por ejemplo, Rodionova, conductora de tranvía, donaba tres jornales para ayudar a editarlo. Pronto la invitaron a que escribiera. Aunque había aprendido a leer después de la revolución de febrero, “sus notas describen agudamente las condiciones de vida de las obreras”.

Tras la represión contra los bolcheviques en el mes de julio, *Rabotnitsa* fue la única publicación del partido bolchevique que siguió editándose. Cuando la policía y los soldados entraron en la redacción, la encontraron vacía. Las mujeres, siempre más previsoras, habían trasladado sigilosamente las máquinas y el material.

A veces suele utilizarse como un lugar común que el marxismo y la tradición del movimiento obrero no ha dado suficiente importancia a la lucha de la mujer por su emancipación. No puede negarse que en algunos periodos de la historia la práctica no fue consecuente con la teoría; mientras que ésta daba la importancia necesaria a la lucha por la emancipación de la mujer, la práctica obviaba el problema o lo supeditaba a otras

consideraciones. Sin embargo, los iniciadores del movimiento socialista, como Fourier, ya enunciaron la relación de la emancipación de la mujer con la emancipación general. A mediados del siglo XIX, muy por delante de la sociedad de la época, los teóricos del marxismo se ocuparon de ese problema.

Fue Engels, el compañero de Marx, quien estudió el origen del patriarcado y de la explotación de la mujer en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. En una selección de trabajos de Marx y Engels se puede leer: "El cambio de época histórica siempre se puede determinar por el avance de las mujeres hacia la libertad, porque aquí, en la relación de la mujer con el hombre, del débil con el fuerte, la victoria de la naturaleza humana sobre la brutalidad es más evidente. El grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general" (*La Sagrada Familia*). Y en 1879, August Bebel, socialdemócrata alemán, publicó un extenso estudio titulado [*La mujer y el socialismo*](#) que dio argumentos teóricos y políticos para la lucha por la emancipación de la mujer.

El triunfo de la revolución de octubre empezó a modificar las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres. Las grandes transformaciones sociales y políticas que se anunciaban no serían completas sin lograr su plena emancipación [En el capítulo del mes de febrero se señalan las principales conquistas en el terreno de los derechos de las mujeres]. No obstante, una cosa son las leyes y otra la dura realidad. No es este el lugar para profundizar en los déficits, errores y retrocesos que sufrió la emancipación de la mujer. Digamos sólo que se quebró la esperanza de que el desarrollo económico facilitaría la igualdad real, que no fue capaz de imponerse a la realidad de un país atrasado y aislado por el fracaso de la revolución en el resto de Europa; y que posteriormente se encontró con la reacción social que a partir de los años 30 representó el estalinismo. La burocracia estalinista comenzó a eliminar todas las leyes introducidas al principio por los bolcheviques y que permitían tanto a hombres como a mujeres la plena expresión de su potencial. La homosexualidad y la prostitución se declararon ofensas criminales en 1934, castigadas con un mínimo de ocho años de prisión. En 1936 se ilegalizó el aborto, y el divorcio para los trabajadores corrientes se convirtió en algo difícil y costoso. Es muy recomendable la lectura de la novela *La guerra no tiene rostro de mujer*, de la premio Nobel Svetlana Aleksievitx, en la que entrevista a mujeres que combatieron en primera línea durante la Segunda Guerra Mundial y que fueron rechazadas, ocultadas y a veces hasta perseguidas porque habían compartido con los hombres la vida de la guerra. Y eso estuvo mal visto por el poder y por la sociedad.

Los planes de las y los revolucionarios eran bien distintos. Así los describe Trotsky: "La revolución trató heroicamente de destruir el antiguo "hogar familiar" corrompido, institución arcaica, rutinaria, asfixiante, que condena a la mujer de la clase trabajadora a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y, en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular (*La revolución traicionada*).

Cualquier proyecto político y social emancipador no puede ser completo sin la aportación y la fuerza de las mujeres. La revolución en el siglo XXI tendrá que ser también la de su liberación práctica y material. ■

La autodeterminación nacional

*"No, pueblo ruso,
no te atrevas a avasallar a Finlandia;
el pueblo que oprime a otros pueblos
no puede ser libre"*
(Lenin)

La llamada cuestión nacional es un problema complejo. Resultado de procesos históricos, afecta a las relaciones entre las clases sociales, expresa también un conflicto entre una nación opresora y otra oprimida, tiene que ver con elementos culturales e idiomáticos y aparece con mayor intensidad en tiempos de crisis social, política y económica. Por eso, es fundamental entender e interpretar el conjunto de esos elementos y la relación entre ellos.

El imperio ruso era una cárcel de pueblos. A través de los siglos, el zarismo se había ido constituyendo como una gran potencia mediante la conquista y extensión de territorios y el sojuzgamiento de numerosos pueblos. A principios del siglo XX, Rusia se acercaba a los 130 millones de habitantes, de los que solo unos 56 millones eran rusos, un 43%. Esa minoría dominaba sobre más de cien nacionalidades y grupos étnicos e idiomas distintos. Ucrania era la más numerosa, con más de 22 millones de habitantes; Polonia, alrededor de 8; la actual Bielorrusia, 6; Finlandia, 2; Lituania, 1,6 y Letonia, 1. Más de 5 millones de judíos vivían esparcidos por el territorio. Los pueblos del Cáucaso superaban los 5 millones; los turco-tártaros más de 13 y hasta vivían casi dos millones de alemanes (emigrantes desde el siglo XVIII) en la zona sur del Volga. Con razón escribió Engels en 1866 que "Finlandia es finesa y sueca, Bessarabia rumana, el reino de Polonia polaco. En este caso no se trata de la unión de razas dispersas pero emparentadas para que todas lleven el nombre de rusos, lo que tenemos aquí es la descarada conquista por la fuerza de territorio extranjero, simplemente eso. Rusia posee una cantidad enorme de bienes robados que tendrá que devolver el día que se pasen cuentas".

De eso tenía que ocuparse la revolución. La opresión del zarismo fue brutal para todos los pueblos: se prohibía la enseñanza en la lengua materna; imperaba una política de rusificación en todo el Imperio y regularmente los judíos sufrían pogromos. Para los revolucionarios rusos el debate sobre las nacionalidades fue uno de los más importantes y conflictivos y se prolongó hasta mucho después del triunfo de la revolución. Muy lejos de la realidad esa equivocada idea de que desde el principio tuvieran clara una posición. En su Congreso de 1903 definieron como objetivos de su programa: "Abolición de las castas e igualdad completa de todos los ciudadanos [...], derecho de la población a recibir instrucción en la lengua materna [...], derecho de todos los ciudadanos a emplear la lengua materna en las reuniones; empleo de la lengua materna, junto con la lengua oficial del Estado, en todas las instituciones locales y estatales. Derecho a la autodeterminación de todas las naciones que forman el Estado".

Con la guerra imperialista el debate sobre el derecho de autodeterminación volvió al primer plano. Para los socialistas moderados, los mencheviques y socialrevolucionarios, el derecho de autodeterminación se dejaba para los discursos, sin que se trasladara a los hechos. Efectivamente, esa fue la política que adoptó el gobierno provisional que, en la práctica, significaba negar el derecho. Entre los revolucionarios de la época se expresaron dos posiciones: la que representaba Lenin, que defendía incondicionalmente el derecho a la autodeterminación, y eso incluía la posibilidad de la separación, como un derecho democrático y como una alianza entre la clase trabajadora y los pueblos oprimidos; y la de quienes, como Piatakov y Bujarin (dos dirigentes bolcheviques), o también la revolucionaria polaca Rosa Luxemburg, consideraban que había que oponerse a todo tipo de opresión, pero que la autodeterminación desviaba a la clase trabajadora de la lucha por la revolución social y daba alas a la burguesía nacional.

Para Lenin y los bolcheviques, la clase trabajadora y los demócratas debían tener una posición radicalmente democrática en la defensa del derecho de las naciones a tener su propio Estado, si así lo consideraba la mayoría de la población. Lo decisivo era acabar con el zarismo y conquistar todas las libertades en el camino hacia la

emancipación social, el socialismo. Combinaban la defensa radical de la democracia con la lucha por la unidad de la clase trabajadora por encima de las naciones, y Lenin polemizó duramente contra quien, con la excusa de la unidad obrera o de un internacionalismo mal entendido, se oponía a la autodeterminación de las naciones. Le gustaba repetir la idea de Marx de que el internacionalismo de la clase obrera inglesa consistía en apoyar la separación de Irlanda.

Al mismo tiempo, los revolucionarios rusos combatían el nacionalismo, en primer lugar, de la nación opresora, pero también el nacionalismo de la burguesía de la nación oprimida, no para negar el derecho de autodeterminación, sino, al contrario, para establecer una alianza entre la clase trabajadora y los oprimidos y, por lo tanto, para no dejar en manos de la burguesía nacionalista esa bandera. La lucha de clases también está presente en el debate sobre la emancipación nacional. Para los revolucionarios rusos el programa de la más completa democracia 1) procuraba nuevos aliados y la utilización de un potencial revolucionario inmediato; 2) tenía un valor pedagógico en su calidad de mejor medio para inmunizar al proletariado contra el nacionalismo y educarlo en un espíritu internacionalista; 4) permitía derribar el más grave obstáculo que se alzaba ante los proletarios de la nación dominadora, la contaminación del nacionalismo gran-ruso, que los “embrutece, les quita los sesos, los desune” (Lenin).

En el desarrollo de esos debates, aparecieron posiciones contrarias al derecho de autodeterminación bajo el argumento de que la internacionalización de la economía y la existencia del imperialismo habían superado la etapa de la formación de naciones. Pero, como fue evidente, muchas naciones exigían sus derechos y surgieron nuevas con el hundimiento de los imperios europeos tras la Primera Guerra Mundial. Solo hay que pensar que al final de la Guerra Mundial habían desaparecido cuatro imperios (el alemán, el ruso, el austro-húngaro y el otomano) y que de esa crisis surgieron nuevas naciones y se modificaron muchas fronteras. El desarrollo imperialista no es un proceso lineal ni uniforme y, por esa razón, las reivindicaciones nacionales siguen todavía presentes.

Otra de las posiciones contrarias a la autodeterminación era la que limitaba los derechos de las naciones a un simple reconocimiento de una autonomía cultural o del idioma, sin defender el derecho del pueblo a constituirse como nación.

La posición de los revolucionarios rusos podría expresarse así:

- a) Defensa del derecho de autodeterminación política; reconocimiento del derecho de separación.
- b) Igualdad de derechos de todas las naciones y ningún privilegio de una sobre otra.
- c) Ninguna imposición de un idioma sobre otro.
- d) Unidad estrecha de la clase trabajadora de todas las naciones.

Algunos ejemplos

En julio de 1917, los conflictos nacionales tendieron a agudizarse. Finlandia fue uno de ellos. Durante casi 700 años había pertenecido a Suecia. Como resultado de las guerras napoleónicas se desató una guerra entre Suecia y Rusia, que ganó esta última e incorporó a Finlandia. Sin embargo, siempre mantuvo un estatus especial, tenía su propio parlamento y las organizaciones obreras eran legales. En julio de 1916, fue el primer país en el que la socialdemocracia ganó la mayoría parlamentaria, 103 diputados sobre 200, aunque el control militar y administrativo ruso dejaba pocos límites en el ejercicio del poder. La revolución de febrero abrió nuevas perspectivas mediante la alianza entre la población obrera finlandesa y rusa y las numerosas tropas rusas estacionadas. El escritor conservador Henning Söderhjelm lo expresó así: “El proletariado ya no rogaba ni rezaba, sino que exigía y reclamaba. Nunca, supongo, ha estado el obrero tan hinchado de poder como en el año 1917 en Finlandia”. Un líder socialista explicaba en julio que “hasta ahora hemos sido obligados a luchar en dos frentes: contra nuestra propia burguesía y contra el gobierno ruso. Para que triunfe nuestra guerra de clase, para ser capaces de concentrar toda nuestra fuerza en un frente, contra nuestra propia burguesía, necesitamos independencia, para lo cual Finlandia está preparada”. El 18 de julio, la mayoría socialista del Parlamento propuso la completa soberanía del país a través del proyecto de ley *valtalaki* (poder), con la dura oposición de los conservadores (en ese momento, la burguesía finlandesa prefería seguir dependiendo de Rusia antes que de un poder socialista).

El jefe del Estado Mayor ruso declaró: “Sus ciudades, empezando por Helsingfors (la actual Helsinki) serán devastadas”. Tanto es así, que el gobierno de coalición sencillamente envió tropas para disolver el Parlamento. Trotsky explica en su *Historia de la Revolución Rusa* que “para dar sensación de una firmeza que no tenía, el

gobierno emprendió el ataque contra Finlandia”. Los propios socialistas moderados que gobernaban en Rusia disolvieron la mayoría socialista en Finlandia. Lenin y los bolcheviques condenaron esa agresión, la compararon con la tradicional política del zarismo y defendieron el derecho de Finlandia a su propio destino. Un congreso regional de los soviets reunido en Helsingfors en la primera quincena de septiembre ofreció su ayuda: “Si la democracia finesa juzga necesario reanudar las sesiones del Seim (parlamento) el Congreso considerará actos contrarrevolucionarios todas las tentativas que se opondan a esta medida”. Eso es en la práctica una alianza entre la clase trabajadora y la nación oprimida. Cuando meses después se volvieron a convocar elecciones, la burguesía finesa logró una pequeña mayoría parlamentaria y supo organizar sus fuerzas para debilitar al movimiento obrero y declarar la independencia en diciembre de 1917. El gobierno soviético la aceptó, poniendo en práctica su política sobre la autodeterminación de las naciones. En 1918, la burguesía, con la ayuda de tropas alemanas, derrotó al movimiento obrero y se perdió una oportunidad para que la revolución también triunfara en Finlandia.

En Ucrania, el movimiento nacional empezó pidiendo autonomía en todas las decisiones que les afectaran y aceptaban mantener su relación con Rusia. El gobierno de Kerenski les amenazó con disolver la Rada (el parlamento nacional que habían constituido). En un artículo de denuncia, Lenin escribe: “Accedan al pedido de los ucranios, ordena la razón, pues de otro modo las cosas empeorarán; por la fuerza no lograrán contener a los ucranios, sino sólo irritarlos. ¡Accedan al pedido de los ucranios y allanarán el camino para la mutua confianza entre ambas naciones, para su alianza fraternal sobre la base de la igualdad!”. En eso consistió la política nacional de los bolcheviques: libertad para las naciones; no hay que imponer la amistad a nadie; hay que esforzarse para conquistar la amistad tratándolo como igual, como aliado, como hermano, en la lucha por la emancipación y el socialismo. Así es como pudo establecerse una alianza estratégica entre el movimiento nacional y el movimiento obrero. Fue Trotsky quien dijo que sin esa política hacia las nacionalidades hubiera sido imposible la victoria de la revolución de octubre.

Polonia, el otro gran país europeo bajo la bota del zarismo, estuvo ocupada por Alemania durante toda la guerra, y solo tras la caída de la monarquía alemana se abrió un proceso revolucionario, de lucha entre los obreros y campesinos, apoyados por los trabajadores soviéticos, contra la burguesía polaca, respaldada por Alemania. Lenin había polemizado con los revolucionarios polacos, particularmente con Rosa Luxemburg, sobre el problema de la independencia de su país. En uno de esos debates les dijo: “Mirad, comprendo vuestra posición. Sois socialdemócratas polacos. Vuestro primer deber es luchar contra los nacionalistas polacos. Desde luego, debéis hacerlo. Pero los compañeros rusos no os decimos que eliminéis de vuestro programa la consigna del derecho a la autodeterminación del pueblo polaco. Porque, como socialdemócratas rusos, nuestro primer deber es luchar contra nuestra propia burguesía, la burguesía rusa y el zarismo. Sólo de esta forma los socialdemócratas rusos podemos demostrar a los polacos que no deseamos oprimirlos, en esto reside la unidad de ambos pueblos en la lucha revolucionaria”. Parecen palabras de mucha actualidad.

Revolución social y cuestión nacional

Algunas interpretaciones interesadas pretenden solo dar importancia a la autodeterminación en razón de que en Rusia había un proceso de revolución social, y presentan el hecho nacional como un fenómeno transitorio y ajeno al movimiento obrero. Para esas opiniones, como la cuestión nacional es básicamente un problema burgués, la clase trabajadora solo debería estar interesada en la medida en que le permita la conquista del poder. Es una interpretación que no se corresponde a la experiencia, ni de los movimientos nacionales ni de la lucha del movimiento obrero.

Tomemos el ejemplo de Marx y Engels respecto a Irlanda. Primero pensaban que la independencia de Irlanda sería el resultado de la revolución en Inglaterra, pero posteriormente tuvieron que cambiar de opinión. En 1869, Marx escribe a Engels: “Durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa [...]. Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera no conseguirá nada hasta que no se haya librado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso, la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general”. Tomemos nota: la cuestión nacional “es tan importante para el movimiento social”. En otra carta, en abril de 1870, dirigida a Sigfrid Meyer, escribe: “Por lo tanto, la tarea más importante de la AIT (la Primera Internacional) es acelerar la revolución social en Inglaterra. El único medio para acelerarla es independizar a Irlanda”. Unos años después, en febrero de 1882, es Engels quien escribe a Kautsky: “Ya no será la revolución social la que solventará el problema nacional, sino que la liberación de la nación oprimida constituye un supuesto previo para la emancipación social de la clase obrera”.

La experiencia soviética

En la convulsión de la revolución de octubre y la posterior guerra civil la aplicación de la autodeterminación de los pueblos estuvo ligada a muchas consideraciones que superan el marco de este trabajo. No fue un camino de rosas. Las burguesías nacionales, que con la caída del zarismo vieron la posibilidad de tener su propio desarrollo, mantuvieron al principio una posición favorable al mantenimiento de una Rusia unida; se volvieron separatistas cuando se apercibieron de que la revolución social les amenazaba. En muchas ocasiones, las potencias imperialistas apoyaron la independencia de ciertas nacionalidades para enfrentarlas al gobierno soviético. Sólo la radicalidad democrática en la defensa del derecho de autodeterminación permitió a los soviets sostenerse en el poder y convencer a otras pequeñas naciones. No por casualidad en las denominaciones del país, cuando fue Federación o cuando se proclamó la URSS, desapareció el nombre Rusia. Fue un reconocimiento de esa igualdad entre las naciones.

Pero, como es sabido, la vida es muy dura, y la lucha de clases no lo es menos. El fracaso de la revolución en Europa, el aislamiento de la revolución, los años de guerra civil, el atraso y la desorganización que todo ello produjo generaron una burocracia que volvió a sacar a la luz el chovinismo gran ruso. En el momento de constituir la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) se produjo un agrio debate entre quien consideraba que la nueva entidad debía ser el resultado de sumar a la República Rusa el resto de las repúblicas: Ucrania, Georgia, etc., o que la URSS debía ser el resultado de la igualdad entre las naciones. Lenin se opone a un sistema dominado por la República Rusa y escribe: “El sentido de esta concesión es claro: nos reconocemos iguales en derecho con la República de Ucrania, etc., y entramos con ella en pie de igualdad en una nueva unión, una nueva federación” (citado por Helene d’Encausse en *Lenine et la theorie de l’autodetermination*).

Esta fue una de las últimas batallas de Lenin, ya enfermo, contra los abusos de los dirigentes de la incipiente burocracia contra las naciones pequeñas, en este caso Georgia. En su testamento escribió: “La responsabilidad política de toda esta campaña de verdadero nacionalismo ruso debe hacerse recaer, claro, sobre Stalin y Dzerzhinski”. Curiosamente, un georgiano y un polaco.

La lucha por la autodeterminación nacional sigue bien presente, como lo muestran los ejemplos de Escocia y Cataluña, o Palestina y Kurdistán. La evolución del capitalismo no ha resuelto los problemas de la opresión nacional sino, bien al contrario, los ha agudizado y la lucha de las pequeñas naciones por su emancipación nacional sigue siendo un factor progresivo y revolucionario en esta época de la globalización capitalista. ■



Sin Permiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia es sólo posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a la donación altruista de sus lectores y lectoras.